Glòria de Castro



Los templos solemnes

Lumen

Los templos solemnes

Glòria de Castro

Traducción del catalán
de la autora

Lumen

narrativa

A mi madre

No sabíamos que hubiera en nuestro cuerpo tanto miedo, tanta fragilidad; jamás habíamos sospechado que pudiéramos sentirnos tan ligados a la vida por un vínculo de miedo, de ternura desgarradora.

NATALIA GINZBURG, *Las pequeñas virtudes*

Luego
cuando se mueran
yo bailaré

ALEJANDRA PIZARNIK, «Luego»

Camina despacio porque, a cada paso, las zarzas, las ortigas, las ramas secas le arañan las piernas desnudas. El sol del mediodía se desploma sobre su cabeza. Se detiene y, entornando los ojos, observa la feroz devastación del paisaje. Los bordes abruptos del desfiladero. La concavidad oscura del pantano, ahí al fondo. Y, ante ella, la extensión de piedras y manchas abrasadas de lo que fueron matorrales de jara, de romero, de brezo. Tiene la sensación de estar caminando por encima de la piel salvaje y cuarteada de un animal que está dormido pero que en cualquier momento...

—¿Vienes?

Cegada por la luz, apenas distingue la silueta de Iván, que, sorteando la maleza, ya se ha abierto paso hasta el porche. La casa llevará más de veinte años cerrada. No sabe si es un lugar lo bastante seguro. Y mucho menos después del incendio. Tendría que advertírselo. Sin embargo él ya se acerca a la puerta de madera con la llave grande y oxidada que ella le ha dado. Forcejea con la cerradura un buen rato. La puerta no se abre. Retrocede unos pasos, toma carrerilla y la golpea con el hombro. La madera se curva ligeramente sin ceder del todo. Da cuatro pasos hacia atrás, inspira

y, como un gimnasta a punto de hacer un triple mortal, se abalanza contra ella. La puerta cede, resquebrajándose y arrojándolo hacia dentro. «Ya podría venirse todo abajo», piensa ella. El tejado, el techo, el esqueleto. Sigue avanzando, dudosa, entre los cardos de flores pálidas que han invadido el porche, y las hojas puntiagudas trazan nuevos surcos de sangre en sus piernas. Se escupe en la palma de la mano y se frota las heridas para calmar el escozor. Iván se impacienta. Asoma la cabeza por la puerta. Su cabello está lleno de polvo.

—¿Vienes o qué?

«No, no voy a ir», piensa ella, sin levantar la vista. Ya sabe lo que hay del otro lado de esos muros, desde donde está le llegan el olor a cerrado, la densidad pesada del aire, el hedor de algo que lleva mucho tiempo pudriéndose ahí dentro. Siente una punzada en el vientre, se aleja de la casa, se inclina sobre un matorral y, con una gran arcada, expulsa un chorro de vómito caliente y ácido.

—La estructura es fuerte. La piedra es buena. Antes las casas se construían para que durasen eternidades —dice él, pero ella ya no lo ve. Se ha metido otra vez dentro de la casa, golpeando las paredes, comprobando su firmeza. Puede que incluso haya subido al piso de arriba, donde está el agujero, y ella se pregunta cómo se verá el cielo desde ahí, si parecerá una pieza de puzle mal colocada que alguien hubiese intentado encajar a tijeretazos. Mira hacia la autocaravana, donde los espera Ariel, con sus dieciséis años de rencor adolescente. No ha querido bajarse. Iván sigue hablando, pero el estridor de las cigarras se come sus palabras. Ella, la mujer, la madre, Nina, sonríe y saluda con la mano a su hijo. Como si no acabase de vomitar. Porque eso es lo que hacen las madres.

—Sube —grita Iván.

Ahora sí que ha oído su voz, pero no se mueve de donde está. Nota los pies pegados al suelo, enraizados entre las piedras como el romero, y percibe la gravedad y el peso de su cuerpo.

—¿Nina?

Ya vuelve a estar fuera, a su lado. Debe de haber bajado los escalones con el sigilo de un reptil, examinando su estabilidad.

—Creo que servirá... —añade Iván, apoyando la palma de la mano en la pared de la fachada, rugosa y de un blanco sucio—, hay partes bastante estropeadas, pero con un poco de esfuerzo podremos reconstruirla.

Y, por unos instantes, Nina cree que está hablando de sus vidas.

«Cada sitio tiene sus propios monstruos», piensa Nina mientras se hurga el talón del pie derecho con la hoja de la navaja, tratando de evitar las partes oxidadas. «Ser de un lugar. Pertenecer a un lugar. Como si pudiésemos convertirnos en parte de algo, parte de la tierra, la bola que flota en la nada misma. Una nada que a la vez está dentro de otra nada». Pero pensar mucho rato en eso le da dolor de cabeza.

Ella no ha elegido este sitio.

La espina que tiene clavada en el talón no quiere salir. Podría seguir escarbando con la navaja hasta llegar al músculo, al hueso, a una arteria vital.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Ariel.

No lo ha oído acercarse. A veces cree que la vigila. Se limpia la sangre del talón con la mano y pliega la hoja de la navaja hasta que queda escondida dentro del mango de madera.

—Nada —contesta, seca.

A veces también le gustaría plegarse dentro de una especie de vaina de madera. Ariel suspira con aire cansado. Nina recuerda cuando era pequeño y le leía los cuentos de los hermanos Grimm; los héroes y los malvados, los ángeles y los demonios, las hadas y las brujas, y después él le preguntaba: «¿Somos de los buenos o de

los malos?». Ahora tiene la voz demasiado grave como para hacer este tipo de preguntas, pero aun así a Nina le da la impresión de que sigue dudando si se encuentra en el bando correcto. Lo mira de reojo alejarse, pasar de largo la autocaravana, el descampado lleno de maleza, el porche de la casa, donde su padre está apartando la puerta de madera de la entrada, dañada por el golpe, y esconderse detrás del tronco de la higuera que hay cerca de la casa. Tendría que advertirle que no puede mear ahí, pero entonces él preguntará por qué. Con ese tono que parece que escupa las palabras. No hace mucho de aquel niño dulce pidiendo «mamá, otro cuento, por favor», y de repente, un día, se convirtió en esto que es ahora. ¿Cómo hablarle a un adolescente que ya tendrá una mata de vello púbico poblada y espesa como la de su padre?

—¡¿Qué miras?! —La encara, de lejos, apuntándola con sus ojos de iris claros, donde el orificio de la pupila flota, diminuto, como la espina que lleva su madre clavada en el talón.

Cómo se puede utilizar el lenguaje cuando la sensación es que ya hace tiempo que no es ella la que lo utiliza, sino más bien que el lenguaje la está utilizando a ella. Nunca ha aprendido a hablar como una madre. A escoger las palabras adecuadas. Porque ella es más bien cuerpo. Puede crear la escena, puede caminar como Pina Bausch en *Café Müller*, derribando sillas a su paso.

—Qué mierda, todo esto es una grandísima mierda. No quiero estar aquí. ¡Quiero volver a casa! —grita Ariel mientras arranca una especie de bulbo del árbol y lo arroja contra una de las columnas de piedra del porche.

Debería acercarse a abrazarle y decirle, con voz suave, que todo irá bien, pero ella nunca ha sido ese tipo de madre.

—¿Era un higo eso que has tirado? —pregunta, sorprendida.

—¡Yo qué cojones sé, si era un higo!

—Siempre fue una higuera estéril. Nunca dio frutos.

Nina señala el árbol, se incorpora, pero, al intentar dar un paso, la espina se le vuelve a clavar en el talón, obligándola a sentarse de nuevo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Hay más?

—Más ¿qué? Solo era un bulto que le salía. —Pero Ariel no está mirando el árbol, se está subiendo la bragueta del pantalón—. ¿A qué te refieres con que nunca dio frutos?

Nina presiona con tanta fuerza el talón con las uñas de los pulgares que la carne se vuelve blanca y, cediendo a la presión, la espina emerge seguida de un líquido transparente que se mezcla con filamentos de sangre.

—Cuando viví aquí.

—Ni de coña has vivido tú aquí. ¿Por qué nunca nos hablaste de este sitio?

Habría podido hacerlo. Hablar de la casa. Era una palabra que tenía metida entre los dientes, como un resto de bistec que, a medida que pasaba el tiempo, se iba pudriendo, generando una bolsa de pus en las encías. Pero no fue hasta ese último día en el piso de la Gran Ciudad que la palabra emergió, supurando de una herida abierta e infectada.

—Sabía que acabaría pasando. «Son solo unas grietas sin importancia», nos dijeron. ¿Sin importancia? ¿Unas grietas que atraviesan el edificio de arriba abajo? ¡Y una mierda! —gritaba Iván, sorteando las barras metálicas que apuntalaban el piso, abriendo y cerrando cajones, puertas de armario.

Nina quería pedirle que tuviese cuidado, que no diese esos golpes. Les habían dado diez minutos para recoger lo imprescindible. Cosas que quizás alguna vez sí fueron esenciales, pero en aquellos momentos no lo parecían en absoluto. De vez en cuando Iván se detenía para sacudirse los restos de yeso cayendo sobre su maraña de pelo claro, haciéndolo parecer más canoso de lo que ya era.

Hacía tiempo que Nina sentía cómo todo se derrumbaba. Pero esa vez era literal. «Busca el umbral de una puerta que esté en una

pared maestra y métete debajo». ¿Cómo diferenciar una pared maestra del resto? Todas las paredes de ese piso enclenque parecían de cartón.

—¿Qué haces ahí parada en la puerta de la cocina? No tenemos mucho tiempo. Ni tiempo, ni ningún otro maldito lugar al que ir.

Nina se preguntaba por qué Iván se empeñaba en cerrar los cajones, las puertas de los armarios, por qué no los dejaba abiertos como mandíbulas dislocadas, qué importancia tenía el orden en esas circunstancias. En eso pensaba..., o quizá solo dejaba pasar el tiempo, intentando esquivar la idea gelatinosa que sentía deslizarse del cerebro hasta la garganta.

—Sí, sí que hay un lugar. —Y, señalando la silla de fórmica, pasándole la mano para quitarle la capa de yeso blanco, dijo—: Siéntate.

Fue entonces cuando le habló de este sitio.

Alrededor de la casa se dibuja un círculo, más allá de su radio, todas las gamas de verde que Nina recuerda han sido sustituidas por un paisaje en blanco y negro. La era debió de detener el incendio. Fue eso, o el halo impenetrable que parecían desprender las paredes de piedra metros más allá. «Ojalá se hubiese quemado entera», piensa Nina mientras cuenta dieciséis pasos desde la casa hacia fuera antes de que empiecen las secuelas aún visibles de la quema. La vegetación, poco a poco, se ha ido regenerando, pero, como un soldado con restos de metralla en la cabeza, lo ha hecho de manera poco amable. Los arbustos se retuercen sobre sí mismos, crecen horizontales, reptando por las piedras, haciendo aflorar a escondidas ramas secas y espinosas. Masa vegetal que parece ser capaz de sobrevivir sin agua. De alguna manera, el paisaje emite chillidos inaudibles al oído humano, pero perceptibles en forma de vibraciones. Por eso el cardo ha vuelto, pero la gente no. La gente es incapaz de soportarlo. De vivir en la negrura. En la ausencia de luz. Solo la higuera como único árbol. Un árbol feo y áspero, de tronco gris y ramas que crecen retorcidas, con bultos y quistes en la corteza. Un árbol que, como todas las higueras, emana un látex irritante que provoca ampollas y urticaria. Pero Nina la supo domesticar. Supo sobreponerse una y otra vez al escozor, hasta que

fue capaz de trepar por sus ramas y pasarse ahí horas. Convertirla en su fortaleza y su escondite. Un árbol inútil que ningún verano había dado fruto y que en invierno se transformaba en un esqueleto amenazante. Busca entre los tallos señales de nuevos brotes, pero es en vano. Las manos se le llenan de ceniza y se las frota contra la ropa.

«¿Qué pudo provocar el incendio?». Es verdad que últimamente eran muy frecuentes las descargas eléctricas, que se prendiesen el tendido de cables y las torres de luz. Los periódicos hablaban de que el sol se había llenado de manchas oscuras, de erupciones, de llamaradas, y que había entrado en una fase de máxima actividad desencadenando tormentas solares que alteraban las señales de GPS e inutilizaban satélites. Por eso era posible ver auroras boreales en latitudes tan poco habituales, incluso en la Gran Ciudad, llenando los cielos nocturnos de luces azules, rojas, amarillas, verdes.

«¿Fue el sol?», se pregunta Nina, ¿o alguien que, como ella, quería acabar con la casa y al prenderle fuego, por mala suerte, las llamas en vez de quemar hacia dentro habrían quemado hacia fuera?

—¿Qué le pasó al tejado? Tiene un buen boquete —pregunta Iván, que sale de la casa cargado con un haz de maderas rotas. Nina, concentrada en la lectura, se encoge de hombros con aire ausente.

—Toma, he encontrado esto.

Le acerca una cinta de Julio Iglesias con la tapa de plástico rota.

—¿Dónde?

—Abajo. Junto a un radiocasete a pilas.

—Mi padre la solía llevar en la guantera del coche, era lo único que sonaba en mi casa.

—¿La tiro ahí, con las cosas por quemar?

Nina observa la foto de la tapa: el cantante abrazando a Chábeli, los dos con la misma camiseta marinera. Y piensa en cómo le hubiese gustado de pequeña que ella y su padre se pareciesen a ese ideal de seres bellos y bronceados. En su empeño por dominar su maraña ingobernable tratando de lograr ese peinado pulcro de trenzas atadas con gomitas de corazones. Como si fuese tan fácil como eso.

Su casa era un lugar en guerra. Lo que ocurre en las guerras es que el arte y la cultura son expoliados.

—No, dámela.

Se la mete en el bolsillo y reanuda la lectura del libro que tiene en su regazo. En la casa tampoco había libros. Los cogían de la biblioteca. Su hermano nunca se acordaba de devolverlos. Iván sigue ahí, plantado, con el haz de maderas. Nina cierra el libro, señalando la página con un dedo.

—¿Qué?

—¿Hoy tampoco vas a hacer nada? Dijiste que tenías que ordenar la autocaravana, pero ya hace dos días de eso. Además, ¿cuántas veces te has leído ya ese libro?

Tiene razón. Se lo sabe de memoria. Como todos los que están en la caja que se llevó del piso de la Gran Ciudad. Podría preguntarle a Iván si quiere jugar a este juego. Al que jugaba con su hermano. Ordenados de la manera correcta, los comienzos de esos libros escribirían una historia. Su historia. Podría contarle que lo que está tratando de hacer es encontrar un hilo que dé sentido a todo. Que separe lo limpio de lo amorfo, como el canto claro del ruiseñor venciendo el estridor insistente de las cigarras. Pero cómo contarle sobre Nándor, sobre su padre, cómo contarle que en la casa las palabras de estos libros eran un medio de supervivencia, una alternativa al ahogo.

Sabe que, si mira al suelo el tiempo suficiente, si presta atención a su alrededor, entre el follaje, y, unos kilómetros más allá, si remueve el sotobosque con los pies, encontrará los restos de cartuchos con la vaina de plástico reventada y el culote de metal oxidado.

—Aquí construiremos una nueva vida —les dijo su padre.

Todos los veranos, la familia cargaba las maletas y la escopeta de caza en el Renault 12 y venían aquí, a la casa que nadie más de la familia había querido. Porque ¿quién quiere una casa en medio de la nada? Solo alguien a quien no le guste la gente, ni tener que utilizar demasiado las palabras. El padre de Nina era un exmilitar retirado a la fuerza. Cuando Nina y Nándor todavía eran pequeños, se había disparado un pie por accidente y se había quedado cojo. Nunca había sido un padre cariñoso. Los había tenido ya de mayor y los niños eran más bien un estorbo. Por eso se había aficionado a la caza. Que pedía quietud y silencio. A veces Nina pensaba, cuando hacían demasiado ruido en el bosque y asustaban a las presas, que lo que realmente deseaba era dispararles a ellos dos.

Eso nunca fueron vacaciones, y sobre todo desde la muerte de su madre. Su padre les hacía trabajar duro. Todo estaba hecho un desastre y, además, había que reparar lo que el invierno había estropeado. Había que desbrozar, y blanquear paredes desconchadas

con cal viva, y arreglar las tuberías rotas, y cortar leña porque la cocina era una económica, y sujetar con piedras las tejas que se habían movido con el viento, y arrancar la maleza que había ido invadiendo lo que antes había sido un sembrado de plantas aromáticas, y sacar agua del pozo con los cubos, que pesaban como un muerto, y si su padre pillaba a Nándor leyendo, le soltaba:

—Los libros son solo una distracción para vagos. ¿Acaso no te basta con la realidad? ¿Acaso tienes alguna queja sobre tu vida? Fernando, ponte a trabajar, joder.

Nándor nunca respondía cuando le llamaban Fernando. Así que seguía sentado con el libro entre las manos, sin inmutarse. A Nina a menudo le parecía que era el libro el que sujetaba a Nándor y no al revés. Que si le quitaba uno a uno los dedos de la página, caería en un abismo, como los escaladores de escalada libre que se resbalan al borde del vacío. Así que su padre arrastraba solo a la hija a las cacerías y le ponía la escopeta en las manos, mientras se quejaba de su hermano:

—No quiere aprender nada útil. Si alguna vez viene una guerra, va a morir el primero.

Nina no lo escuchaba porque estaba tarareando *Life on Mars?* «Ya estamos en una guerra», pensaba. Nándor escribía en unas libretas de tapas negras y su padre, si las descubría, las arrojaba a la chimenea. Para impedirlo, Nándor metía algunas dentro de bolsas de plástico herméticas y le pedía a su hermana que las enterrase bajo la higuera que había junto a la casa. Nina era el cuerpo y su hermano era el pensamiento, como si fuesen dos partes separadas del mismo ser. De hecho, eran gemelos y se parecían como dos gotas de agua. Por las noches, en la cama, Nándor le leía

fragmentos de los libros que había cogido de la biblioteca (y algunos de esos libros son los que están en la caja, porque Nina los fue comprando con el tiempo). Tenía todos los comienzos subrayados, los transcribía en fragmentos de papel y los colgaba en las paredes de la habitación. Mientras él se entretenía ordenándolos y desordenándolos hasta que les encontraba algún sentido, Nina ayudaba a su padre, que iba y venía cojeando, arrastrando cadáveres sangrientos del Renault 12 hacia el cobertizo. Y allí, a hachazos, a cuchilladas, separaba las cosas que se comerían ellos de las que dejarían a los buitres.

—Mira —le decía a Nina—, tienes que mirar. Tienes que mirar si quieres entender de qué va todo esto, la vida es lo que ves, vísceras y sangre; puro cuerpo.

Y luego pasaba junto a Nándor, empujándolo, como si fuese algo que también hubiese que dejar a los buitres.

—Nos ahogaremos, aquí —la advertía Nándor—. Llegará un día, en esta casa, en el que ya no podremos respirar, y entonces habrá terminado todo.

Muebles con carcoma, maderas astilladas, trozos de viga, cadáveres de roedores, placas de yeso que se han desprendido de las paredes, tacitas con el mango roto, una encima de la otra. Después de una semana de limpieza, el montón de basura para quemar parece una montaña. Padre e hijo la delimitan con grandes piedras. La luz del sol les ha aclarado aún más el cabello, que flamea como antorchas. Pone a calentar un cazo de agua en el fogón de la autocaravana. Mientras espera a que hierva, abre el armario y hace recuento del contenido del botiquín. Gasas, apósitos, yodo, frascos de pastillas caducadas y paracetamol. Aliviada, comprueba que no hay nada lo suficientemente letal. Ni siquiera una sobredosis de paracetamol sería peligrosa. Como máximo, produciría una disfunción hepática muy a largo plazo. Una agonía de años. Vuelve a cerrar el armario. La puerta, de contrachapado blanco roto, tiene los bordes redondeados. De hecho, todos los bordes del mobiliario del interior del vehículo son curvilíneos. Seguramente está pensado para minimizar el peligro en caso de colisión. Ahí fuera, en cambio, todo parece pensado justo para lo contrario.

Se pregunta si, después de tantos años, todavía será transitable el sendero que salía de detrás del cobertizo y se adentraba en el fondo del desfiladero, hacia el pantano, hasta encontrarse con la antigua

carretera de la orilla que estaba flanqueada por un ejército de chopos y donde el asfalto se había resquebrajado por falta de uso. Si seguirá existiendo la playa de piedras y, un poco más lejos, la verja de hierro que alertaba del peligro de seguir avanzando.

AUTÉNTICO PELIGRO, se leía en el cartel, que había ido perdiendo parte de la pintura. Aquel adjetivo era demasiado goloso como para impedir el paso a dos preadolescentes en esos veranos de chancletas, shorts y camisetas de los Juegos Olímpicos del 92 con las mangas cortadas. Hacía mucho tiempo que la antigua colonia que se escondía detrás de la verja estaba abandonada. Habían intentado reconvertirla en un lugar de veraneo: la sombra de los plátanos, las barquitas, la playa de piedras... Pero entonces pasó lo de la familia ahogada. Lo contaban las abuelas del pueblo cuando Nina y Nándor iban con sus bicicletas a por víveres y provisiones de Ducados para su padre:

—El niño salió a nadar al pantano y, como no volvía, fue a buscarlo su hermano; como tampoco volvió, fue su padre, después el tío, la madre, y así. Todos ahogados. Dicen que debajo del pantano hay corrientes subterráneas que te chupan hacia dentro. ¡Ni se os ocurra bañaros!

Por eso la colonia se había convertido en un lugar fantasmagórico donde las hiedras habían ido invadiendo las construcciones, metiéndose por todos los agujeros, penetrando grietas, rompiendo cristales, levantando tejas, estropeando paredes, enroscándose en

los columpios llenos de óxido y acogiendo telarañas y ratas. Nina se bañó muchas veces en el pantano, con Nándor.

—¡Ni se os ocurra bañaros! —decía Nina, burlándose, imitando el quejido de las abuelas.

El miedo lo hacía más emocionante. «Auténtico peligro». El hormigueo en la tripa. A veces, en broma, hacía como que una corriente subterránea la tragaba hacia dentro y se hundía en el agua negra de lecho cenagoso y plantas viscosas. Hasta que Nándor se ponía a gritar su nombre:

—¡Ninaaaaaa! —Y se sumergía para buscarla—: ¡Ninaaaaaa!

Al instante Nina subía a la superficie, estallando como una burbuja de aire entre grandes carcajadas. La ira de Nándor. El horror de perderla:

—¡Cabrona, cabrona, cabrona!

Nina siempre supo nadar mejor que él.

El agua del té, que ha empezado a hervir, ya se derrama y se extiende por el fogón de la cocina microscópica de la autocaravana dibujando un pantano en miniatura.

—¡Qué desastre! No sé dónde tengo la cabeza —se queja Nina, que se apresura a apagar el fogón y apartar el cazo, pero aun así el agua chorrea repicando contra el suelo de polietileno.

Clop, clop, clop, clop. Recuerda cómo, en noches de tormenta, si escuchaba con atención, podía oír el chirrido agónico de los columpios oxidados de la colonia.

Piensa en el niño, y en su madre, y en todos aquellos a los que se tragó el pantano. Nunca encontraron los cuerpos. En el cementerio del pueblo había lápidas con sus nombres, pero ninguna tumba. «¿Cuánto tiempo tiene que pasar para que se dé por muerto a alguien que ha desaparecido? ¿Hay algún plazo establecido por ley?», se pregunta mientras recoge el agua con un paño que tiende después a secar en la ventana entreabierta. Guarda los platos y los vasos secos del escurridor en el armario. Además de lo que hay en la cocina, en la autocaravana tienen lo básico para sobrevivir: linternas, cerillas, jabón, pastillas para hacer fuego, un botiquín, una colcha de patchwork con los bordes descosidos, la caja de libros, las bolsas del Ikea llenas de lo que salvaron del piso, una toalla de Bob Esponja

enrollada que esconde una botella de mezcal. También faltan un montón de cosas. La lista sería mucho más larga. Abre del todo la ventana deslizando una de las hojas de cristal por delante de la otra, con la esperanza de que entre un poco más de aire, pero no consigue nada más que el quejido que emiten los desgastados raíles. Coge un limón del cuenco, lo parte por la mitad con un cuchillo y lo exprime con las manos sobre el té. Luego escoge unas hojas de menta, las más tiernas, y también se las echa. Las aromáticas que plantaron hace tanto tiempo han sido colonizadas por la menta, que, imitando la hiedra en la colonia, ha desterrado con sus tentáculos invasivos el tomillo, el romero y la salvia, obligándolos a buscar otros lugares donde reproducirse y enraizarse. Por eso crecen en lo más inhóspito, entre las piedras, entre las grietas de las rocas. Plantas que podrían sobrevivir a un cataclismo. A un incendio. A la sequía. Al abandono. Plantas zombis. Coge tres tazas y el cazo de agua hirviendo por el mango enrollándole el extremo de la camiseta, sale de la autocaravana bajando con cuidado el escalón que la separa del suelo y se acerca hasta el porche de la casa, donde está el banco de piedra, cojeando ligeramente por la herida que se ha hecho en el talón al sacarse la espina, y piensa en su padre, en si sus pasos sonarán igual que los de él. Ese leve roce al arrastrar la pierna derecha. Tendrán que arrancar la maleza, que vuelve a arañarle las piernas, las espinas que amenazan con clavarse de nuevo en sus pies, por entre las aberturas de las chancletas. Lleva el pantalón vaquero que se ha cortado a la altura de las ingles y una camiseta blanca de tirantes. Podría parecer que está bronceada, pero su piel es así. Iván dice que el sol del verano la vuelve dorada, como si se unificase con el tono de sus ojos, que, según cómo les dé la luz,

resplandecen con un raro color de oro viejo. Nándor también tenía la piel bronceada, como ella, pero sus ojos eran de un marrón común. Si no fuese porque eran gemelos, Nina habría fantaseado con que era adoptada, con que en algún sitio la esperaban unos padres afectuosos de ojos dorados. Por eso siempre se había sentido tan ajena a todo lo que la rodeaba, como un personaje al que han soltado sin ensayar en un escenario en medio de la función, sin saber qué tiene que hacer y que no tiene ni puta idea de nada —aunque finja que sí—: de la naturaleza, de plantas aromáticas, de primeros auxilios, de hacer un fuego (ni siquiera con las pastillas y las cerillas y la lata de gasolina), de reconstruir una mierda desde cero.

Pero al menos sí que sabe utilizar una escopeta. Acabar con el pesado trabajo de la respiración, de la oxigenación celular. Justo lo contrario de lo que intentan hacer aquí.

Juró que nunca más pondría los pies en esa casa. Así que se detiene en el porche y los llama:

—¡Iváááááááán! ¡Arieeeeeeeeel!

Ella vivirá en la autocaravana, se quedará en el porche. Nunca cruzará el umbral. Teme que, al igual que el abismo subacuático del pantano, la casa, de algún modo, la engulla.

Esa tarde también gritaba, retorciéndose de dolor:

—¡Iváááánnnn!

Una fuerza desconocida la mantenía presa en ese charco de color negro donde había quedado tumbada, jadeando y chillando, mientras se agarraba el vientre preñado con las dos manos. Se había puesto duro como una piedra, y dentro algo parecía atravesarla de lado a lado.

Una lanza.

Una espada láser.

Aún era demasiado temprano.

Tenía que intentar llegar al móvil, que estaba en el bolso, que estaba colgado en la entrada. Avisarle. Que volviese a casa. Que llamase a un médico. Desde el baño, que quedaba en la otra punta, esos cuarenta metros cuadrados de piso que siempre le habían parecido tan limitados, tan incapacitantes, se le hacían inabordables. «Las mujeres de los poblados indígenas paren solas. Se alejan de la tribu, se agachan junto a un árbol y empujan». Nina no tenía ni tribu ni árbol. Tenía veintiún años. El único vegetal vivo del piso agonizaba por falta de sol en el alféizar de la ventana. En el pequeño baño, intentaba recorrer con los ojos los caminitos de moho entre las juntas de las baldosas, ahora en vertical, ahora en horizontal. Pero

con cada contracción, con cada embestida en las entrañas, las líneas se desdibujaban y se convertían en puntos difusos rodeados de aureolas. «Solo tienes que respirar, y no dejar de respirar en ningún momento, pase lo que pase». Intentaba avanzar a cuatro patas, sosteniendo los diez kilos de acero y plomo que tenía por barriga, pero esa cosa densa y negra, acuática, que podía ser hierro licuado, o petróleo, que le humedecía las manos, las rodillas, las piernas, los empeines de los pies, que ya llenaba todo el suelo, la hacía resbalar una y otra vez, y perder el equilibrio. Su cuerpo sonaba igual que los cadáveres de los jabalíes desplomándose tras el disparo.

Un milano dibuja círculos en el cielo. Ella se ha alejado unos pasos del porche para que la vean Iván y Ariel desde el piso de arriba. Ahí era donde dormía, con Nándor. El pájaro aparece y desaparece tras el tejado a dos aguas de la casa. La habitación de su padre estaba abajo, porque en el desván hacía un calor infernal en verano. Ahora los ve, a través de la pequeña ventana. Están sacando los escombros. Hacen un montón de ruido.

—¡Iváááááán!

Grita más fuerte.

Iván ahora la ha oído y se asoma a través de las tejas partidas.

—El agujero lo debió hacer un rayo —le explica, alzando la voz, con su tono de profesor de Geología, señalando la supuesta trayectoria—. Tal vez fue el día del incendio.

A Nina le dan ganas de responderle que por qué cree que lo malo tiene que venir necesariamente de fuera, pero se queda ahí de pie, en silencio, apoyando el peso del cuerpo en la herida del talón. El dolor es el ancla que le permite aferrarse al aquí y ahora. Que no se derrame el té. Que no se caigan las tazas. Intentar no pensar en esa noche. La del agujero.

Había tormenta, esa noche. Había aparcado la bicicleta en el cobertizo y había vuelto a subir al desván. La lluvia golpeaba fuerte contra los cristales y los rayos partían el cielo, seguidos de truenos que hacían temblar las paredes. Iba empapada, la camisa de dormir pegada a la piel, y estaba llena de rasguños. Pero no notaba nada, no sentía el cuerpo. Tampoco el dolor. Parecía que flotase en el aire. Le daba miedo esa sensación, porque era casi como estar muerta. ¿Y su hermano? ¿Dónde estaba su hermano? ¿Por qué se había marchado? ¿Cuándo volvería? Tendría que haber oído sus pasos alejándose, horas antes, bajando deprisa los siete escalones de la escalera. Sieteseiscincocuatrotresdosuno. Se miró los pies, estaban llenos de barro. Sus pies, que eran un poco como los de su hermano. Cuando él decía: «Ve ahí, tráeme eso», con un libro entre las manos, sin levantar la mirada, ella iba ahí y le traía eso. A menudo ni siquiera tenía que decirle dónde era ahí ni qué era eso. Hasta ese punto sabían lo que pensaba el otro. ¿Por qué había dejado de escuchar la voz de Nándor dentro de su cabeza, entonces? De lo único que era consciente era del peso que sujetaba su mano derecha, aunque no notase la mano ni los brazos. Era un mazo. Lo había sacado del montón de herramientas que guardaba su padre en el cobertizo. Al dejar la bicicleta, un rayo lo había

iluminado como si le indicase: «Cógelo». «En cierta manera, sí fue un rayo». Lo levantó y, con todas sus fuerzas, golpeó la parte del techo del desván que estaba más a su alcance. Siguió golpeando con una fuerza que no sabía de dónde salía, hasta que empezaron a desprenderse cascotes de yeso, pedazos de las vigas de madera, escombros. De repente, un fuerte crujido, de algo partiéndose. No, eso no era otro trueno. Era un trozo de tejado que cedía. Tuvo el tiempo justo para apartarse antes de que se le desplomase encima. Tendría que haber continuado. Golpear hasta derribar la casa. Pero unas sirenas a lo lejos la detuvieron. A lo mejor había sido su padre, que los habría alertado. O el ruido de los disparos. Soltó el mazo y, a toda prisa, metió unas mudas de ropa en una mochila y corrió escaleras abajo. En la cocina, cogió el dinero de la caja metálica de galletas danesas y, en el recibidor, agarró el impermeable del colgador, su bolso, y salió a oscuras, bajo el chaparrón. Se dirigió al cobertizo a buscar la escopeta de caza que había dejado apoyada en el umbral de la puerta. Lo arrojó todo dentro del maletero del Renault 12 y se subió al asiento del conductor. Tenía las llaves puestas. Su padre nunca las quitaba. No tenía carné, pero había aprendido a conducir porque él a veces estaba demasiado bebido para hacerlo. Condujo toda la noche. Circuló campo a través y por caminos de tierra, por carreteras secundarias, por vías de servicio, ojeando el retrovisor, por donde solo se veía un rectángulo de soledad y oscuridad. No paró hasta que llegó a la periferia de la Gran Ciudad. Aparcó el coche en un polígono de las afueras, justo al lado de una boca de metro, dejó las llaves en la guantera, se escondió la escopeta en el impermeable, cogió el bolso, se colgó la mochila en la espalda y se sentó en las escaleras de la estación a

esperar a que abriesen. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aún llevaba la camisa de dormir, que iba empapada, que estaba helada, que le dolía todo. Pero eso era bueno porque era una señal de que su cuerpo todavía no estaba del todo muerto. Que apenas estaba despertándose.

Nota el tacto frío de la piedra del banco en la parte de las nalgas que no consiguen cubrir los shorts. El frío hace que sienta esa tirantez en la tripa. Se palpa la cicatriz de la cesárea, que, cuando está sentada, tiene forma de sonrisa. Una sonrisa macabra, de una boca cerrada con cremallera. Por aquí le sacaron a Ariel. No tiene ningún recuerdo del momento del parto en el hospital. El cerebro se le apagó entre los gritos de Iván al teléfono, que buscaba toallas e intentaba parar el chorro de sangre que le salía de entre las piernas.

—Es negro como el pantano —decía ella con un hilo de voz, mirándose la mano llena de aquella sustancia viscosa mientras iba y venía de la luz a la oscuridad.

—¡Es sangre! —se lamentaba Iván—, ¡dios santo, Nina, está por todas partes! —Y al mismo tiempo gritaba al teléfono—: ¡No quiero hablar con ningún médico, mandadme una puta ambulancia ya, se me está desangrando! —Y a ella—: Nina, Nina, ¿me oyes? ¡No te duermas! ¡Háblame! ¡No, no cierres los ojos! —Y al teléfono de nuevo—: Lo sé, sé que no debe dormirse. ¡Nina, Nina! ¡Por favor, por favor! —Secándose las lágrimas, dejándose un rastro de sangre en la cara.

Después todo fundió a negro. Más tarde, en el hospital, todavía débil, tras las transfusiones, el informe, las enfermeras yendo y

viniendo, le trajeron a Ariel. Un bebé blanco y rubio, de aspecto eslavo, idéntico a su padre. «He parido a Iván», pensaba. En el fondo, debajo de esa estampa de luz, había una sombra alargada y fría de decepción, porque lo que Nina deseaba era haber parido a su hermano, su mitad: un ser de pelo grueso de color azabache y piel morena. Por eso, durante mucho tiempo, la acompañó una sensación de alienación cuando se lo acercaba al pecho, al ver cómo se alimentaba de ella y no sentirlo parte de sí misma. A veces, como ahora, que espera para que vengan a tomarse el té, sigue teniendo esa misma impresión que le hace pensar en términos de «ellos» y no de «nosotros». Dijeron que había sido un parto de alto riesgo, porque la placenta oclusiva casi obstruía el orificio cervical como un muro de acero impidiendo el paso del bebé, y que pudo morir desangrada de no haber llegado la ambulancia a tiempo. Después de Ariel ya no hubo más hijos. Iván le explicó lo que le había dicho la doctora mientras ella todavía estaba inconsciente: en casos como el suyo, si volvía a quedarse embarazada, si no seguía todos los controles, podía poner en peligro su vida. Pero que aun así las secuelas hacían imposible que su matriz deshecha y parcheada, con una sutura que la recorría de arriba abajo, pudiese albergar algún tipo de vida en un futuro. De modo que eso era todo lo que sabía hacer. Un solo hijo. Iván había puesto los genes, ella fue solo el conducto, el material de desecho.

Le ordenaron, después de parir: «Haz reposo, quédate muy quieta». A Nina la quietud la angustiaba. Le recordaba las cacerías, con su padre, antes de abatir a la presa. Aquella necesidad constante de hacer micromovimientos con el cuerpo, que después heredaría Ariel, para recordarse que seguía viva.

—Estate quieta, ¿quieres?

—¿Durante cuánto rato?

—El que sea necesario.

—¿Y si tengo sed o pis?

—Entonces, Nina, es que lo estás haciendo mal.

—¿Y si me da miedo disparar?

—¡Menuda gilipollez! Si tú tienes la escopeta, la única que debe tener miedo es la presa.

—Las manos están para utilizarlas —dice Iván.

Habla de acciones prácticas. Desescombrar. Blanquear. Preparar mortero. Cuando era bailarina, las manos de Nina habían dibujado líneas invisibles en el aire al son del *Liebesträume* de Franz Liszt como Picasso dibujaba una paloma blanca en un cristal y parecía que lo hiciese sobre la nada. Pero todo lo que había creado ya no está. No puede mostrárselo a Ariel y decirle: «Tu madre hizo todo esto». Los cazadores decapitan a las bestias, les extraen el cerebro, les colocan ojos de cristal, y cuelgan las cabezas en las paredes. Su padre tenía razón, qué sentido tiene el arte cuando el sol lanza llamaradas a través del espacio, cuando los edificios se agrietan y se desploman, cuando las líneas de alta tensión se asan, los satélites se funden, ¿qué sentido tiene bailar? Es inútil, como el arte. Y de todas las artes, la más inútil de todas. Pero era justo eso lo que más motivaba a esa Nina adolescente que ponía capa tras capa de cinta americana a las zapatillas de danza destrozadas: dedicarse a lo que más la alejaba de esa casa.

Esa.

Casa.

Su padre se estaría riendo ahora a carcajadas. Una risa de encías menguantes y dientes manchados de sarro y nicotina. Una risa de

estalactitas surgiendo de las tinieblas. Ahí donde estuviese.

Por muy distintos que fuesen, uno en las antípodas del otro, en eso Iván y su padre estarían de acuerdo: las manos están para utilizarlas. Deben ser útiles. Deben ser extremidades y no apéndices.

—¿A quién conoces que sea capaz de sujetar su propio peso? —le preguntaba Iván.

—¿Y de qué le sirve, esa habilidad, a un administrativo o a un oficinista o a alguien que trabaja en un banco?

—Imagina que estás agarrada a la rama de un árbol o al borde de un precipicio. Tienes que poder salir de un hoyo, de un pozo, del mar en una costa de rocas en medio de una tormenta donde el golpe de cada ola te empuja contra la piedra, empleando solo la fuerza de las manos. Aprendemos cosas muy inútiles en la vida y casi nadie sería capaz de salvarse si se quedara colgando de la parte de fuera del alféizar de una ventana, si se diese el caso.

—¿Si se diese qué caso? —insistía Nina.

Él se quedaba en silencio y miraba a los lejos, como si buscase en el horizonte el país de donde venía. Hacia el este. Obligaba a Ariel a realizar flexiones de brazos cada día. Otras cosas se la sudaban.

Hace mucho, cuando tenía la misma edad que Ariel, Iván había sido gimnasta. Le había mostrado a Nina unas imágenes en ese tono sepia desvaído y granulado que tenían las grabaciones en vídeo de cuando eran adolescentes. Llevaba una camiseta imperio de color blanco y unos shorts cortísimos. Vendas elásticas alrededor de muñecas y tobillos. Sujetaba el peso de su propio cuerpo con los brazos en horizontal y las manos agarrando las anillas. Se le tensaban todos los músculos, se le veían las venas en relieve. Aquella figura se llamaba la cruz de hierro, le contó.

—¿Sabes? Me pasé toda la adolescencia entrenando para aguantar en esa postura un minuto entero, y ya de mayor me enteré de que el secreto para lograrlo no es tanto la fuerza física como tener los brazos más cortos. Irónico, ¿verdad? —le contaba con amargura, desde su metro noventa.

Iván ya no era gimnasta por culpa de una lesión. Y muy en el fondo Nina temía que en realidad lo que los había unido no era el amor sino ese poso de rabia, como el fuego que sigue ardiendo inadvertidamente bajo la superficie durante meses una vez apagado el incendio, porque hay suficiente materia orgánica enterrada que lo alimenta.

También había rabia, ese último día en el piso de la Gran Ciudad. «La rabia es la emoción más pura», solía decir Iván. Pero las palabras de Nina («Sí, sí que hay un lugar»), la casa de la que le había hablado y que ya empezaba a imaginarse, lo habían abstraído incluso de las grietas, de los cimientos desintegrándose, de los bomberos golpeando con insistencia las puertas de los vecinos para que se marchasen, que pronto llegarían a la suya.

—¿De qué año es la casa? ¿Está en buen estado? ¿El tejado? ¿Las paredes son firmes? ¿Tiene pozo? ¿Electricidad? ¿Es fácil el acceso? ¿El camino es transitable?

Mientras la interrogaba, Iván dibujaba en la mesa de la cocina, pasando el dedo por la capa de polvo de yeso, un cuadrado y un triángulo con una chimenea con humo y una puerta con dos ventanas con un caminito serpenteando con un árbol con unas montañas con una nube con un sol. Pensando que sería ese tipo de casa.

—Tenemos poco tiempo. Deberíamos coger las cosas y marcharnos.

Nina señaló unas bolsas del Ikea que había dejado en el suelo. Se agachó para coger una y la desplegó en el aire para abrirla del todo, como un paracaídas. Podría parecer que se disponía a escoger

lámparas Tvärhand para la mesita de noche, ignorando que debajo de sus pies se estaba abriendo un abismo. Cogió las otras bolsas del suelo y las dejó sobre la mesa de la cocina, justo donde estaba el dibujo de la casa, intentando hacerlo desaparecer.

Desde que era adolescente, Nina había aprendido que sobrevivir era tragarse el miedo. Su padre le hacía comerse el bol de cereales frente a la tele, donde aparecían niños de Somalia con los vientres hinchados y las moscas chupándoles la humedad de los párpados. «Esto os va a curtir», les decía. Y ella pensaba: «Si puedo comer esta cucharada de Corn Flakes sin vomitar, me haré inmune al horror».

Hace tanto calor que siente como si alguien la hubiese colocado en medio de un círculo en llamas. Las cigarras la ensordecen. Si cantan tan fuerte es que ya han llegado a la pubertad, han salido de las raíces de la higuera que las ha alimentado con su savia y, ascendiendo por el tronco, se disponen a disfrutar del verano, con una apariencia nueva y brillante de alas plateadas. Si cantan tan fuerte es porque solo les quedan cuatro semanas de vida y deben atraer a una pareja con la que reproducirse. Será el último verano de su existencia.

Entrecierra los ojos hasta ver solo una línea finita de horizonte. Podrían ser casi como las vacaciones que imaginaba de pequeña, de mar y castillos de arena.

—¡Vamos a nadar! —ha dicho Ariel quitándose la camiseta sucia y sudada, cada sílaba ascendiendo un poco más arriba, en una escala musical, hasta el cielo despejado.

Recuerda la última vez que se bañó en el pantano. Mira con asco sus pies en las chanclas. También están llenos de suciedad, igual que esa noche. Las uñas medio rotas. La falta de pedicura. La pelusa negra en el dedo gordo.

«Vamos a nadar». El miedo y al mismo tiempo... las ganas de bajar corriendo el sendero, adivinando su trazado entre la invasión de matorrales, esquivando las piedras y los arbustos secos, y atravesar la playa de piedras hasta zambullirse en el agua helada del pantano, y, al salir a la superficie, volver a tener dieciséis años, volver a oír esa voz, entre la risa y el enfado, gritándole: «¡Cabrona, cabrona, cabrona!».

Nina se dirige al cobertizo, lo rodea y se detiene al inicio del camino. Debería decirles que se pongan protector solar. Sus pieles son demasiado blancas. Pero preocuparse por eso, a estas alturas, le parece ridículo. Recuerda las madres escandinavas que veía en la playa, protegiendo a sus hijos del sol con camisetas de manga larga, bañadores que los cubrían hasta los tobillos, gorras con un trozo de tela detrás para proteger la nuca, gafas de sol, y pensaba: no hay suficientes metros de tela que puedan hacer inmortal a ese niño.

—¿Mamá? —la llama Ariel.

—Detrás del cobertizo —responde ella.

Esto es lo único que desearía, que su hijo fuese inmortal.

—Ten cuidado con las ortigas, ve por el camino, no cruces campo a través.

Pero Ariel, ignorando las advertencias maternas, decide atajar a través de los matorrales de ortigas de pelos urticantes llenos de ácido fórmico. Al instante gime y se lamenta.

—No te rasques que es peor.

Corre a la pata coja y pide que alguien haga algo. Iván, que va detrás de él, trata de quitarle importancia.

—¡No seas exagerado! No te morirás por eso.

Es verdad, piensa Nina, hay un montón de otras razones por las que podría morirse y las sabe porque las tiene apuntadas en una lista mental. A veces se pregunta si será muy diferente a las listas de las otras madres. Las que están de vacaciones de verdad, de mar y castillos de arena, viendo a sus hijos hacer equilibrismos en las rocas de la costa, buscando el punto más alto desde donde saltar al agua. Tal vez ser madre es no poder estar sola en el mundo nunca más. Porque ya no existe la placidez de pensar «lo peor que puede pasarme solo me puede pasar a mí».

Podría ser una playa en Marte. Mide unos veinte metros de lado a lado. No es una playa de folleto de vacaciones o de anuncio de cervezas con velero y actores atractivos vestidos con ropa de lino. Es la playa de un pantano. Es una playa sin poesía ni romanticismos. El agua es oscura y de aspecto gélido y poco amable, como si tuviese un montón de cosas por esconder. En verdad, las tiene. No hay arena. La orilla está cubierta de piedras grises. Mirando hacia arriba, solo se ven las dos paredes de roca del desfiladero, donde los árboles crecen aferrándose a la piedra con las raíces, como si fuesen crampones, erigiéndose hacia arriba y dejando ver una franja de cielo. La luz del sol planea sobre el agua solo unas horas al mediodía. Algunas rocas de la pared se han desprendido y han caído en la orilla. Otras ya estaban ahí (Nina y su hermano las utilizaban de trampolín para saltar al agua). Se pregunta con qué frecuencia, si pasa cada milenio o cada siglo y cuándo fue la última vez. Antes, mucho antes, hace millones de años, este lugar debía estar cubierto por el océano, y si busca entre las piedras más enterradas encontrará fósiles de amonitas, conchas y caracoles. Vestigios de antiguas existencias marinas.

Iván no sabe que está haciendo estadísticas, calculando ángulos de caída. Ariel, que se ha quitado la ropa y está en calzoncillos, da

saltitos por encima de las piedras entre gritos por los cantos que se le clavan en los pies y después, al entrar en el agua, por la temperatura helada del pantano.

—¡Ven! —grita—. Mamá... —Con la voz entrecortada por el frío—. ¡Vamos! —Haciéndole señales desde dentro del agua.

Su hijo flaco y hermoso, el torso blanco como la porcelana, le hace pensar en los preciosos jarrones chinos de la dinastía Ming.

—¡Mamá!

Se levanta y se quita despacio la ropa. La va doblando en orden, primero los shorts, después la camiseta, después se quita las chanclas y, en bragas, se acerca a la orilla. Echa un vistazo a su alrededor y piensa: «Sigue siendo un lugar precioso», precioso en el sentido de salvaje. De inhóspito. A sitios como este no viene nadie. Lugares donde el agua tiene garganta y se traga a la gente. Quiere advertirle a Ariel que no se aleje de la orilla, que no nade hacia el centro del pantano, pero está harta de vivir con angustia. Mira su cuerpo desde arriba, su estructura de formas angulosas y con aristas, como la montaña, los pechos casi inexistentes, los diminutos pezones oscuros apenas sobresaliendo de la extensión de su esternón. Pero, eso sí, sus brazos pueden sujetar su propio peso corporal. Podría sobrevivir, si se diese el caso.

—¡Mamá! ¡Vamos!

Vuelve a llamarla Ariel.

Puede hacerlo.

Una. Dos. Tres. Inspira.

El miedo, como surfear la ola antes de que golpee contra la piedra.

Ariel ata una cuerda entre las dos columnas del porche para tender la ropa mojada. Nina se pregunta de dónde habrá sacado la cuerda y repasa en su lista mental los usos que le puede dar un adolescente a una cuerda en caso de desesperación.

La cuerda. La línea. La quietud. La superficie. El horizonte. El encefalograma plano.

—Su hijo a veces está aquí y otras aquí. —La psicóloga pediátrica de la Gran Ciudad señalaba dos planos con las manos, una a ras de la mesa de la consulta y la otra suspendida en el aire—. Y lo que queremos —entonces buscaba un punto medio y dejaba la palma de la mano, como una cometa en una playa, un poco sudada, un poco seca y aséptica, de tanto ponerse gel hidroalcohólico— es que esté aquí.

«¿Quién? ¿Quién quiere eso? ¿Quiénes son esa gente?», quería saber Nina. La cuestión era alejarse de las montañas rusas con recetas de benzodiazepinas. «Tenemos que organizar el caos». A Nina le hubiese gustado ser más culta, tener estudios suficientes para rebatirla. Hacerle ver que todo lo que se creaba salía del caos. El *big bang*, el vacío del espacio, los microorganismos. Podría haberle hablado del nacimiento de Ariel a través de las vísceras de

un cuerpo que se desangraba. Cómo el orden le recordaba una mesita de noche vacía.

Iván dice que han hecho bien en traerlo aquí, donde «tiene todo este espacio para», y deja la frase tendida, sin punto y final, abriéndose paso a través de la vegetación con un silencioso reptar de lombrices.

Un día Nina cogió el blíster de benzodiazepina y lo arrojó al váter.

—¿Qué haces, mamá? El plástico del blíster tiene que reciclarse, no puedes tirarlo por el váter.

—¡Me importa una mierda el reciclaje! —le gritó—. ¡Me importa una mierda todo!

Construían pisos con cocinas de dos metros cuadrados donde apenas podías moverte y después decían que tenías que tener media docena de cubos de basura para reciclar los desperdicios, que esto salvaría el mundo. Al final, los pisos eran básicamente metros cuadrados que tenían que ganarse a la inmundicia.

Nina hacía ver que reciclaba, pero a menudo echaba adrede la bolsa de basura en el contenedor que no correspondía.

Piensa en si se quedan aquí, en la casa. Si se quedan para siempre. Viviendo como una especie de familia Robinson. A la larga, puede que Nina ni siquiera recuerde sus apellidos, con lo que le había costado aprender a escribir bien Petrovski, ni la dirección del piso en la Gran Ciudad, si es que aún está en pie. Sus cabellos serán mucho más largos, la barba de Iván, que ahora solo es una sombra rojiza, le habrá crecido hasta la mitad del pecho, la ropa hecha harapos, la piel bronceada, las heridas y las cicatrices. La familia sin conexión,

sin periódicos, sin recetas. La familia que habla de materia fecal, de cómo se construye un baño seco. Piensa en si alguien los encuentra, de casualidad, al cabo de mucho tiempo. Le hará preguntas incómodas a Ariel, que todavía será virgen. A Nina le preguntará qué clase de madre es. Ser madre es algo que nace del caos.

Les dirá que qué sitio tan bonito han elegido, tan salvaje (en unos años la naturaleza ya habrá borrado los restos del incendio), y señalará el cielo despejado, las montañas, el árbol y la casita a la que se llega por el camino ligeramente en zigzag, porque le recordará un dibujo infantil, pero no verá todo lo que se esconde debajo.

En el suelo del cobertizo todavía hay manchas de sangre de los animales que descuartizaba su padre. Nina no quiere entrar. Ellos no las ven. Pasan por encima como si fuesen costras de liquen. Hizo todos esos kilómetros con la ropa empapada, huyendo en un Renault 12 que olía a alcohol y a Ducados de su padre. Y ahora, años más tarde, ha regresado a la casilla de salida. A Iván el cobertizo le parece el lugar adecuado para usar de despensa.

—Es fresco —dice—. Es sombrío.

También es un lugar adecuado para realizar carnicerías. Los víveres no sobrevivirán todo el mes de agosto en la autocaravana. Él la obliga a ir acogiendo los espacios, como en una terapia.

—Toma, lleva ahí estas latas.

Y ella obedece hasta que se da cuenta de la trampa. Descubre que el cobertizo todavía está lleno del material que dejó ahí su padre. Hay hachas, sierras, cajas con clavos, una segadora manual, llaves inglesas, una hoz, tijeras de podar, sacos de cemento en polvo, botes de pintura y latas abolladas con líquidos desconocidos y que desprenden un olor muy fuerte. En la pared más alejada de la entrada descubre las dos bicicletas Orbea Furia idénticas, con las cadenas oxidadas y las ruedas deshinchadas. Se acerca. Pese al tiempo que ha pasado, sabe diferenciar la suya de la de Nándor.

Recorre sus formas con la mano, como si fuesen animales salvajes en cautiverio, arrastrando polvo y telarañas. Alguien las debió de meter aquí al fondo, salvándolas de las inclemencias. ¿Dónde solían guardar el inflador?

—Está todo lo necesario para reparar la casa —dice Iván, que ha entrado, mientras deja un saco de harina en el suelo—. ¿Por qué nunca la terminasteis de reformar?

Pero Nina no responde.

—¿No quieres hablar de ello?

«Céntrate en las bicicletas», murmura para sí.

Hinchar las ruedas. Untar aceite mineral en las partes oxidadas. Subir el asiento.

—¿Nina?

Por fin ha encontrado el hinchador, en la estantería de hierro, junto a la caja de herramientas. Se lo muestra, triunfante.

—Te he hecho una pregunta. Cada vez que te pregunto cosas sobre la casa me respondes con evasivas o directamente me ignoras, y todo el tiempo tienes esta actitud de mierda. ¿Podrías ponerle algo de ilusión? Hazlo aunque sea por Ariel, ¿quieres?

Nina asiente.

—Lo intentaré —susurra, sopesando el tono de voz para que suene dócil y creíble, mientras se dirige hacia las bicicletas.

Ahí, en la parte más profunda, se está fresco. Las paredes del cobertizo son gruesas y apenas entra la luz. A pesar de la suciedad, a Nina le parece el paraíso, en comparación con el bochorno de ahí fuera, donde sale Iván a buscar a Ariel para que les eche una mano. Nina dice que le deje en paz, que es demasiado para él. No habla del peso de las bolsas, de las latas, de los sacos de patatas y de

harina, del hinchador que se atasca, sino del peso de lo que no se puede ver, que pesa más que toda la autocaravana entera. Cuando termina, guarda el inflador en la vieja caja de herramientas. Iván entra con más bolsas. Coloca latas de comida entre los espacios que dejan las latas abolladas de líquidos inciertos. Nina quiere preguntarle si no sería mejor separar lo comestible de lo tóxico. Que podrían envenenarse con la lata equivocada. Pero ha prometido intentarlo. Será amable. No tendrá una actitud de mierda. Así que se limita a ayudarle pasándole los paquetes de la bolsa.

—Podríamos acercarnos hasta el pueblo —dice Iván al cabo de un rato.

—¿El pueblo?

—El que vimos viniendo hacia aquí, el que estaba en lo alto de la colina. Tendríamos que comprar fruta y verdura.

—No creo que quede nadie después del incendio.

—Los viejos. Puede que no se hayan ido. Cuando nos desalojaron del piso de la Gran Ciudad los tuvieron que sacar a la fuerza, ¿te acuerdas?

—El pueblo se hunde, un poco cada año, resbala colina abajo. Es por las lluvias que vinieron después del incendio y por el suelo arcilloso. Por eso nadie puede vivir allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en algún periódico.

—Pero ¿nunca regresaste?

—No.

—¿Hasta ahora?

—Hasta ahora. ¿Terminamos el trabajo?

—Podemos conducir hasta un supermercado, entonces.

—Sí.

—Vale.

Hablar sobre cómo sobrevivir impide que hablen de otras cosas que, en esos momentos, parecen tan superfluas. Hablar, por ejemplo, de si todavía se quieren.

Las familias le parecen un agujero negro de combate y de violencia del que es imposible escapar y que atrapa cualquier atisbo de luz.

Nina, cuando se marchó de casa, dijo: «Seré libre». «No querré nunca a nadie». «No tendré hijos». «No tendré casa». Las variables, piensa. Al final de su historia de mujer sola haciendo grandes cosas, o haciendo cosas minúsculas, qué más da, le han salido un montón de variables como si fuesen las ramas de la higuera. Y de cada rama, un tallo, y de cada tallo, un brote; y así, cíclicamente sin fin, hasta que se muera. Y, además, si lo piensa bien, son brotes como los de la higuera, estériles, que nunca dan ningún fruto.

El único hombre al que había amado hasta la adolescencia era su hermano gemelo. A veces jugaban a intercambiarse los papeles, Nándor se vestía con la ropa de ella y Nina, con la de él. Llevaban el mismo cabello encrespado y largo hasta media espalda, eran huesudos, morenos, de ojos almendrados y rasgos angulosos. Los límites de lo masculino y lo femenino se desdibujaban como las fronteras de los países en guerra.

A veces ese juego consistía en engañar a su padre.

Su padre, si se daba cuenta, le arrancaba el vestido a Nándor, se sacaba el cinturón y lo golpeaba fuerte en la espalda y en las nalgas con la hebilla, gritándole:

—¡Maricón!

Cuando fueron más mayores, Nándor le preguntaba:

—¿Quieres que te enseñe a besar? —Acercándole la boca llena de babas, haciéndole cosquillas.

A Nina le daba vergüenza que le notase los pechos incipientes, por debajo de la camiseta. Ella solo quería ser el reflejo idéntico de su hermano y la pubertad la alejaba de él sin remedio. Así que lo rechazaba con un empujón y escapaba escaleras abajo, campo a través. Intentaba no correr demasiado rápido para asegurarse de que su hermano podría alcanzarla, atrapándola con un gran abrazo. Nándor no era alguien que pudiese hacerle daño. Sin embargo, ahora, esta afirmación le dibuja una mueca amarga en la cara. Nina no recuerda la última vez que se besaron. Un beso de verdad, con babas y lengua, Iván buscándole los pechos por debajo de la camiseta, persiguiéndola por la casa, y ella escapando y riendo, deseando que él pudiese alcanzarla y atraparla por la espalda con un gran abrazo.

El verano de sus dieciséis años, cuando ya se acercaba el fin de las vacaciones y Nina se apresuraba a recoger y hacer el equipaje para volver al piso de la ciudad, ilusionada por empezar ese septiembre a estudiar danza en la Ópera, donde le habían concedido una beca, su padre los sentó en la cocina. Era tarde. La cena no estaba hecha. Su padre no se sentó, apoyó ambas manos sobre el respaldo de madera de la silla y, después de mirarlos en silencio a los dos, les dijo que volviesen a guardar las cosas que habían metido dentro de las bolsas, que no se irían. Había decidido dejar el piso de alquiler y trasladarse de forma definitiva a la casa. Ya había arreglado todos los papeles. ¿Arreglado? ¿De qué forma se arreglaban unos papeles cuando la vida acababa de partirse por la mitad? Nina sentía como si la cocina se fuese haciendo más y más pequeña, como si las paredes se fuesen acercando las unas a las otras y el techo se desplazase hacia el suelo. «¿Por qué?», preguntaba Nina. «Por qué por qué por qué», deseando que cada *por qué* fuese un proyectil detonando contra las baldosas aturquesadas. Pensaba en esos papeles, en dónde estarían, si en el cajón de la cocina donde guardaban ese tipo de cosas. Nina instaba a su hermano a quejarse, a decir algo. Pero Nándor estaba concentrado en algo que tenía escondido en su regazo. ¿Un libro? A lo mejor le daba igual todo.

«¡Pero tenemos que estudiar!». Su padre le respondió que era inútil, que estudiar no servía de nada, que el conocimiento los alejaba de los auténticos instintos, que lo que quería hacer ella, bailar, arte (lo decía levantando la voz con tono irónicamente pomposo: «A-R-T-E»), que del arte no se podía vivir, que el arte era para vagos, que se moriría de hambre.

Los milanos, los topos, las abejas, las lagartijas, ¿acaso no sobrevivían? ¿No sabían cómo procurarse comida, construirse un hogar, buscar cobijo, cuidar de sus hijos? ¿Quizás habían estudiado?

—Aprenderás a cazar. Aprenderás a hacer un huerto. Aprenderás a trabajar de verdad —dijo, dando por terminada la conversación con un puñetazo en la mesa.

A veces se imagina la voz de su padre, burlándose de lo que está pasando: «¿Lo ves? El arte no es necesario. El arte no puede proporcionar comida, ni casa, ni trabajo a la gente. Es inútil».

Nina había hecho el equipaje muchas veces. Metía camisetas y bragas dentro de la mochila, el cepillo de dientes, las zapatillas de danza, la sudadera. Caminaba los cinco kilómetros hasta el pueblo. Se sentaba en la parada de autobús con el cristal roto, llena de polvo y latas de cerveza vacías que hacían pequeños brindis al moverse con el viento, porque el servicio de autobuses llevaba ya muchos años suspendido. Se pasaba la tarde allí mirando los milanos, abejas, nubes, moscas, cómo, a su manera, había una danza en todos ellos. Sobrevivían porque se movían, porque había un ritmo en todo, una cadencia, un latido. La gente no dejaba de moverse porque se moría, era al revés, se morían porque dejaban de moverse. Al anochecer volvía a casa, que era aquel punto de luz contra el que se recortaba la silueta de Nándor, esperándola en la

ventana de arriba. «Mamá está muerta, no podemos dejar a nuestro padre solo», se excusaba Nándor. En realidad, era un cobarde. «¡Hijo de puta! —le gritaba desde abajo, al verlo—. Sin ti no iré a ninguna parte».

En cierta manera sigue teniendo dieciséis años, sigue habiendo una silueta en la ventana que la empuja a volver una y otra vez.

El dinero que había robado de la caja de galletas danesas de la cocina. La escopeta de caza escondida en el impermeable. Una mochila con tan pocas cosas que parecería que solo fuese para pasar un par de días. El Renault 12 que había dejado abandonado en un polígono con las llaves puestas. Estaba convencida de que aquella vez había escapado para siempre.

Cuando abrió el metro de la Gran Ciudad, a las seis de la mañana, lo cogió en dirección al centro. Alquiló una habitación en un hostal lleno de turistas británicos que bebían cerveza y generaban el caos imprescindible para recordarle lo lejos que estaba de esa casa. Se lavó la ropa en el lavabo de la habitación, escondió la escopeta bajo el colchón y durmió dos días seguidos.

De día estudiaba danza en la Ópera. De noche trabajaba de camarera en una discoteca que vomitaba música tecno lo suficientemente ruidosa como para permitirle no pensar. Salía de madrugada. Dormía tres o cuatro horas. Unas compañeras de danza que vivían en un piso compartido de la periferia le habían alquilado un plegatín en una habitación estrecha que daba a un patio de luces. A veces, al llegar, se tumbaba sin siquiera quitarse la ropa ni

deshacer la cama. Se quedaba muy quieta, respirando, aún con el bum bum bum de la música metido en las sienes, que se mezclaba con el estruendo de las sirenas de policía, los autobuses nocturnos, las motos de poca cilindrada, el camión de la basura y alguna pelea de borrachos. Aquella banda sonora le ayudaba a hacer más soportables las noches. Ahorrarse pesadillas. Pero cuando había tormenta y el estrépito de los truenos lo cubría todo, incluso evitaba el piso compartido y, al salir del trabajo, se cambiaba los zapatos baratos de tacón por las botas que llevaba en el bolso e iba directamente a la Ópera para ahorrarse las horas de sueño. Le daba igual la ropa apestando a tabaco y sudor, el rímel corrido. Esperaba fuera, junto a la puerta de servicio, hasta que llegaban las empleadas de la limpieza a las cinco de la mañana. El ejército de uniformes blancos y el ñec ñec gomoso de las Crocs, empujando carretillas de las que salían fregonas y escobas, «un cargamento de lanzas», lo llamaba Nina. Sigilosa como un gato, se colaba en la Ópera con ellas. Una vez dentro, recorría el laberinto de pasillos bajo la luz tenue y fría del alumbrado de emergencia y se dirigía a la zona noble; el vestíbulo, la escalinata de mármol, la antecámara de las columnas, hasta el gran teatro. La sala tenía cuatro pisos de balcones decorados con un relieve barroco de faunos con trompetas, doncellas tocando liras, grabados esculpidos de plumas de pájaros y de ángeles, ninfas con coronas de laurel, tiras de hiedra petrificada enroscándose por las barandillas de todos los palcos. Nina se sentaba en una de las butacas de terciopelo rojo de la última fila a contemplar su majestuosidad, su belleza. A veces se preguntaba qué pensaría el arquitecto del siglo XIX o el pintor de esos frescos, si llegase a viajar en el tiempo y pudiese ver el piso compartido en el

que vivía. La fealdad vomitiva del gotelé, la fórmica, el poliéster, el terrazo y las persianas de plástico.

A menudo, trocitos de techo de la cúpula de la gran sala se desprendían y le caían en los ojos, en la nariz, y la hacían estornudar. Eran pequeñísimos, como escamas de pez. El techo estaba a unos veinte metros de altura, en la penumbra. Sin embargo, Nina podía distinguir el contorno de las figuras de los frescos: Hermes, Apolo y, debajo de este, Teseo, desnudo y blandiendo una espada. La de Teseo era la historia que más le gustaba. Cuando tenía dieciséis años, el héroe, levantando una piedra, descubrió las sandalias y la espada de su padre y así supo que sería rey de Atenas. Nina había levantado un montón de piedras. Debajo solo había ciempiés y bichos bola.

Fue en una de esas noches de tormenta cuando lo vio por primera vez.

Hacía días que veían operarios entrar y salir de la Ópera, descargando material de obra de camiones aparcados delante. Habían cortado el paso a la zona noble con cintas de plástico y señales de prohibido el paso. Nina se coló igualmente, hasta el gran teatro. Encontró el pasillo entre butacas impracticable, invadido por unos andamios que subían hasta la cúpula. Ignorando las señales de advertencia (peligro, casco obligatorio, solo operarios), empezó a subir por la estructura temblorosa, trepando por los hierros que, en uno de los laterales, trazaban una especie de escalera. Al llegar a lo más alto, se estiró sobre la plataforma. Le habían contado que, para pintar la Capilla Sixtina, Miguel Ángel lo hacía tumbado y la pintura le iba cayendo en la cara y en los ojos. Los cerró, «solo un momento», se dijo, sentía que, de algún modo, mientras descansaba, esos héroes la protegían.

Se despertó de repente y vio a alguien de pie, ante ella, que la contemplaba. ¿Era Teseo? El porro que se había fumado al salir de la discoteca le espesaba la cabeza. Se frotó los ojos, se subió por completo la cremallera de la vieja sudadera de Adidas y se

incorporó. ¿Qué hora era? ¿Ya era de día? Las gruesas puertas impedían el paso del sonido y de la luz.

El hombre llevaba algo en la cabeza que emitía un haz de luz que la apuntaba.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Es peligroso. Podrías haberte matado.

Tenía acento de fuera, como de país del Este. Las eses y las erres retumbaban por el efecto reverberante de la cúpula. Nina se cubrió los ojos con la mano.

—Perdona, te estoy deslumbrando.

Se quitó un casco con un frontal encendido, su tono de voz se hizo más suave.

—No te muevas, ahora te ayudo a bajar.

Dejó el casco en uno de los salientes del andamio y empezó a desabrocharse una correa que le rodeaba la cintura y que iba unida a un arnés. En esa posición, el frontal los dejaba en penumbra, iluminando una de las escenas de mitología griega de los antiguos frescos. Bajo la luz, las pinturas perdían su magia, estaban desconchadas y estropeadas. A los héroes les faltaban brazos y piernas. Teseo era cojo. A Nina ya no le parecían escenas triunfantes, sino más bien los cadáveres amputados de una carnicería. Troya, tal vez.

—Toma, póntelo —le ordenó el hombre, dándole el arnés—, yo te sujetaré mientras bajas.

Se dirigió a una de las barandillas del andamio, encendió un potente foco de luz y apagó el frontal. Entonces vio la cara del hombre. Sus ojos azules. La piel pecosa. Era la primera vez que veía a alguien tan rubio. «Es Teseo», se dijo de nuevo. Un Teseo que se

habría materializado desde la cúpula, apareciéndose con forma humana, porque sin duda estaba soñando y, de un momento a otro, se despertaría, de la misma manera que se despertaba cada vez que, en sueños, se le aparecía su hermano Nándor y le sonreía tendiéndole la mano.

—¿Hola? ¿Me oyes?

Pero ese hola no se lo decía su hermano. Era una voz real, que salía de la boca de ese hombre. Detrás, un grupo de sirenas de los frescos, de colas escamadas, parecían mirarla con ojos que brillaban extrañamente en la oscuridad, emitiendo un resplandor dorado, como si estuviesen vivas.

—Tienes que pasar una pierna por cada agujero, y luego subírtelo hasta la cintura, yo ahora te lo ajusto.

Nina hizo lo que le decía. El hombre se acercó, rodeándola con los brazos, para abrocharle la correa. Era casi como si la abrazara. Pensaba en la última vez que alguien la había abrazado. Teniéndolo tan cerca, se dio cuenta de que a su lado era muy pequeña y apenas le llegaba a la altura del pecho. Olfateó su pelo. Olía a bosque de pinos después de la lluvia. Cuando él se separó de nuevo, mientras le mostraba la cuerda que tenía en sus manos y sujetaba el arnés, le dijo:

—Ahora bajas por este lateral, ¿de acuerdo? Las barras transversales te servirán de escalera.

Siguiendo las instrucciones, Nina empezó a descender. Sabía que, si se soltaba, él la cogería.

Cuando llegó abajo, el hombre gritó:

—¡Ya está, salvada!

Mientras se sacaba el arnés, las palabras del hombre, desde el andamio, le parecía que se extendían por la media esfera de la cúpula y caían después encima de ella mezcladas con los copos de pintura desconchada, como en una bola de nieve de cristal que alguien hubiese sacudido.

—Por cierto, tienes que salir a la calle, hay un arcoíris increíble —le dijo desde arriba—. Incluso se puede distinguir el color añil. ¿Sabes cuál es? Casi nunca se ve. Aquí en la ciudad, cuando llueve, el agua, en vez de limpiar, parece que ensucie. Vale la pena.

No, Nina no sabía qué color era el añil, pero podía ser el azul que había visto en los ojos del hombre. Era extraño, aunque ya se había quitado el arnés, mientras caminaba hacia la puerta sentía como si todavía llevase la cuerda que la ataba a él.

Antes de abrirla, el hombre volvió a hablar:

—Los frescos se están deshaciendo, por las filtraciones, la humedad, la cal... Eres bailarina, ¿verdad? Tenéis el cuello tan largo...

—Tenemos el cuello como todo el mundo. Es por la postura, todo el santo día te machacan: «Cabeza levantada, barbilla arriba, espalda derecha, baja los hombros», y al final caminas como un avestruz en estado de alerta.

Escuchó cómo el hombre se reía.

—Sé de qué hablas. Yo no bailaba, pero fui gimnasta, a tu edad daba volteretas y mortales en el aire... —dijo mientras se sacaba un aparato del bolsillo del mono de trabajo y lo acercaba a las pinturas —. Me hice daño. Ahora soy geólogo y de vez en cuando hago trabajos verticales, echaba de menos el vértigo... —Miró el aparato y

luego hacia el patio de butacas, buscando algo—. Mierda, me he dejado la bolsa ahí abajo. —Sorteando la barandilla, se dirigió hacia las escaleras del andamio y le señaló uno de sus pies—. El tendón de Aquiles.

Nina volvió a pensar en Teseo. En si sería verdad lo que le contaba el hombre o solo una historia inventada.

—Me hubiese encantado vivir en otra época, como la del fresco —añadió mientras bajaba—, barcos..., aventuras..., todo eso...

A Nina le costaba recordar una época pasada que hubiese sido benévola con las mujeres. Más benévola que entonces.

—Perdona, debes de tener clase, no te entretengo más —dijo mientras cogía una bolsa del suelo, que parecía bastante pesada, y se la colgaba del hombro.

Nina entreabrió la puerta empujando con fuerza. El hombre se acercó para ayudarla. La sujetó para que ella pasase. Fuera, la antecámara de columnas, las escalinatas de mármol hasta el vestíbulo, el día que ya había comenzado con el alboroto de voces, bolsas, sudaderas, zapatillas de deporte camino de clase.

—Por cierto, me llamo Iván —dijo dándole la mano, y Nina sintió, primero, que la aparente suavidad de la piel del hombre escondía zonas más ásperas y con duricias, y que su textura era la misma que la de un cactus al que le hubiesen quitado las púas. Después, cuando la mano ya se retiraba, notó el tacto frío y duro de un anillo de casado en el dedo anular.

—Hola, Iván, soy Nina.

Y las heroínas de la cúpula, retirándose el vestido con una mano para mostrarles un pecho a los guerreros, mientras con la otra

sostenían una lanza, parecían advertirla: «Ve con cuidado, el amor solo puede concebirse a partir de la destrucción».

Destrucción.

Desolación.

Desmantelamiento.

Y todos los *des*- posibles.

Para Iván todo empezó a hundirse la noche que fueron a desalojarlos del piso de la Gran Ciudad. Para Nina, había empezado mucho antes. Por eso se lo tomó con tanta parsimonia.

Peligro estructural.

Riesgo de derrumbe.

Daños inminentes.

Los bomberos gritaban en medio de la noche, subiendo escaleras, sacando abuelas aferradas a sus camas, a los retratos familiares, a media docena de gatos.

—Tenéis que dejar vuestra casa, una vez que apuntalemos la estructura, podréis venir a buscar vuestras pertenencias.

Todos estaban asustados. Nina no. Nina bajaba las escaleras en camisón, recorriendo con la mano la barandilla de madera pulida del edificio, llena de agujeros de carcoma. «¿Vuestra casa?», quería gritarles por el hueco de la escalera. «¿Habéis oído qué ha dicho el bombero? ¡Vuestra casa!». Como si esos pisos hubiesen sido suyos alguna vez. Como si no fuesen inquilinos a merced de un dueño que

venía de vez en cuando en su Mercedes, su traje de Emidio Tucci y su: «Son solo unas grietas sin importancia». Grietas por donde ya cabía la mano entera. Los vecinos la empujaban porque iba demasiado despacio.

—¡Señora! ¡Rápido! —gritaban los bomberos.

—Vamos, no te quedes tan atrás —le imploraba Iván, impaciente, tres pisos por debajo de ella, intentando atrapar a Ariel, que ya debía de estar en la calle.

Nina colocaba un pie descalzo en el escalón, después el otro en el escalón de más abajo —belleza, elegancia, delicadeza—, mientras tarareaba a los Smiths: *«Driving in your car, I never, never want to go home because I haven't got one, anymore»*.

—No se hace así —dice Ariel con los pies apoyados en la misma mesa donde Nina intenta dibujar el paisaje que ve a través de la ventana—, deberías intentar..., no, no tienes que dibujar haciendo líneas. Mira a tu alrededor, ¿ves que las cosas tengan líneas? ¿Verdad que no? Solo son luces y sombras. Tienes que intentar difuminar los bordes.

Pero Nina no presta atención a su alrededor. Mira los pies de su hijo. Cómo se han vuelto de enormes. ¿Qué número debe de calzar ya? También lleva una cinta de cuero trenzada en el tobillo. Le devuelve el cuaderno de dibujo y el lápiz de carboncillo.

—Toma, hazlo tú.

—No me apetece.

—Desde que estamos aquí apenas has dibujado. Es una lástima, Ariel. Tienes... todo esto —le dice Nina abriendo los brazos.

—Todo esto... quemado, querrás decir.

—Pues ideal para dibujarlo con carboncillo, ¿no crees?

—Habré perdido el don.

Aparta el cuaderno de dibujo y recupera el móvil de encima de la mesa. Pulsa el botón de encendido y se ilumina. Pero no le basta con eso, porque sigue pulsando el mismo botón repetidamente con un tic nervioso.

—¿Cuándo funcionarán las redes?

Dándose por vencido, Ariel tira el aparato otra vez sobre la mesa. La pantalla está rota. Decía que ahorraría para cambiársela. Ahora da igual.

—Cuando arreglen los satélites.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando deje de haber tormentas solares.

Nina recupera el dibujo que estaba haciendo y trata de difuminar las líneas con la yema del dedo.

—Los dones no se pierden, Ariel. Tendrías que sufrir un accidente cerebrovascular.

—¿Podríamos morir todos, de una tormenta solar?

—Desgraciadamente, no. —Se mira la yema del dedo, negra como el carbón.

—Ja, ja —añade Ariel con tono irónico.

Ariel tira con los dientes de una cutícula seca. Desde que llegaron ha vuelto a hacerlo. La piel de alrededor de las uñas está llena de heridas. Después la escupe.

—No lo hagas. Se te infectará. Y de una infección sí puedes morirte. Se llama sepsis.

Nina observa de nuevo el dibujo. Es algo de la perspectiva de la casa, desde ahí, que no le sale.

—Solo se estropean los satélites y los cables de alta tensión. Por eso agujerearon media ciudad a contrarreloj, para instalar fibra óptica.

—¿Por eso el piso se fue a la mierda? ¿Por los agujeros?

Ariel también tiene las plantas de los pies llenas de pequeñas heridas, los talones secos y agrietados. Se le ha roto una chancla

cuando iba a buscar troncos para leña y Nina le ha dicho que busque pegamento en el cobertizo, que hay un montón de envases de productos y que quizá..., pero él le ha dicho que ahí solo había mugre, y que en caso de que encontrase pegamento seguro que estaría seco. Y entonces se han enfadado y Nina le ha propuesto que dibujaran. Pero solo está dibujando ella. Ariel vuelve a coger el móvil y toca la pantalla, pasa fotografías. Las habrá visto infinidad de veces. Después tira de nuevo el aparato encima de la mesa.

—De todas formas, mamá, me apuesto lo que sea a que aquí no hay cobertura.

—Seguramente.

—O sea, que da igual si arreglan los satélites.

Coge la chancla rota. Usa la tira como si fuese un tirachinas.

—La estropearás aún más, Ariel.

—Pues iré descalzo, me da igual.

Le recuerda que si las piedras, que si las espinas, que si las ortigas. Y él se encoge de hombros. Nina piensa en lo fácil que hubiese sido todo esto sin ellos. Ahora mismo podría estar sola y ni siquiera estaría aquí intentando hacer un maldito dibujo, intentando pensar dónde coño está la crema hidratante, dónde coño está la caja de cosas que sirven para arreglar otras cosas. Tendría que haberse quedado. Como las abuelas aferradas a los armarios de la vajilla buena. Podría haberse escondido bajo la cama. A salvo de los bomberos. Morir como el cisne de Tchaikovski, con la misma poesía, con la misma dignidad, implosionando, con los techos de los que llueven copos de yeso y las paredes de gotelé agrietadas, pensando: «No dejo más que este cuerpo que se deshace».

La puerta de la casa, la era, la tierra quemada. El camino. El pantano. Los plataneros en fila india a un lado y a otro. La carretera. La curva. La parada de bus donde ya nadie espera. El pueblo deslizándose ladera abajo. Cada año se desplaza unos centímetros. Como la Torre de Pisa. Como los glaciares. Como las manchas solares. Puede que incluso el universo entero esté sufriendo un prolapso similar al de un trozo de intestino que ha perdido su agarre. Pero eso Nina no puede saberlo. No sabe a qué está aferrado el universo, si todo es negro y vacío, y hasta dónde alcanza ese negro y ese vacío. La niña del volcán colombiano, Omayra, con esos ojos también negrísimos anunciando «Dios me quiere y me voy con Él» mientras se la tragaba el barro. Le gustaría tener esta certeza.

Dios.

Iván y Ariel también la quieren, aunque nunca le digan «mamá, te quiero», «Nina, querida». De todas formas, ¿qué familias van diciendo «te quiero» todo el rato? Solo en las películas. E incluso con guionistas profesionales suena falso e impostado.

Abre la guantera y coge la cinta *De niña a mujer*. La autocaravana tiene un reproductor de los antiguos. La inserta en la ranura, que se la traga. La cinta empieza a sonar en medio de una canción, Nina

gira la ruedecilla para subir el volumen. Cuando eran pequeños y su padre ponía esta música en el coche, era el único momento en que a Nina le daba la impresión de que eran una familia de verdad, cantando todos a coro, con las ventanas bajadas. Su padre desafinaba y su madre lo regañaba con una sonrisa. Luego él le ponía la mano en el muslo y ella giraba la cabeza hacia el asiento de atrás para incluir también a los dos hermanos en su sonrisa. Sube el volumen al máximo y se lanza a cantar por la ventana abierta sobre la voz algo rayada:

—«Quiero sabeeer qué fue de tu vida. Quiero sabeeer si todo se olvidaaa. Para volveeer a empezaaar»... —Mamá, ¿Julio Iglesias? ¿En serio?

—¿Y qué quieres que ponga?

—En la guantera está tu viejo estuche de cedés. Lo cogí del piso.

—No tiene ranura para cedés este trasto.

—¡Hay que joderse!

A continuación, la mano de Ariel pulsa el botón de apagar y de repente todo está en silencio. Y a Nina le parece que ese silencio es mucho más atronador que la música.

Conducen por paisajes de sierras ásperas de roca caliza, pueblos abandonados de casas encogidas las unas contra las otras, viñedos retorciéndose bajo el sol. Las ventanas abiertas, la caravana no tiene aire acondicionado. Parece ese anuncio antiguo en el que una mano aleteaba a través de un desierto. Les hace pensar en *road movies*, Arizona, Quentin Tarantino, el coñazo de Kerouac y moteles de carretera. Iván, que conduce, apoya la mano sobre el muslo desnudo de Nina. Hombres buscando puntos de anclaje.

—¿Por qué dices que Kerouac es un coñazo? ¿Cómo puede no gustarte *On the road*?

—¿Gustarme? ¿Acaso pasa algo interesante en el libro? Se supone que el protagonista va a algún sitio, pero ¿adónde?, ¿con qué intención?, ¿era necesario dejar a una mujer y a un hijo atrás?

—Para vivir experiencias..., aventuras apasionantes..., encontrar un significado a la vida...

—¿Aventuras? ¿Sabes que en la vida real Kerouac solo vio a su hija dos veces? ¡Dos!

Los shorts, tan cortos, se le clavan en las ingles. Tiene el coño sudado. Levanta el trasero del asiento y se baja un poco las cortísimas perneras. No le gusta viajar de copiloto. De vez en

cuando pulsa un pedal imaginario con el pie derecho, como si así pudiese hacer que Iván corriese más.

—¿Me dejas conducir un rato a mí?

—Ya casi estamos, mira —dice Iván, señalando unas construcciones enormes con tejados de aluminio rodeadas de unas amplias superficies asfaltadas con plazas de aparcamiento.

El ruido ensordecedor de un generador eléctrico les da la bienvenida. Aparcan a la sombra. No hay muchos más coches. Los constantes cortes eléctricos hacen que los productos lleguen una sola vez por semana y que todo el mundo vaya ese día. Luego solo quedan los restos y un montón de estantes desérticos, lámparas fluorescentes de luz parpadeante y neveras que desprenden un hedor de leche agria. A Nina le parece que no hay imagen que describa mejor el apocalipsis que un Lidl con los lineales vacíos. Iván y Ariel desbloquean un carrito del aparcamiento y atraviesan las puertas automáticas. Iván conduce hacia la zona de la verdura. Ariel se sube a uno de los laterales del carrito, como hacía cuando era pequeño, apoyando los pies sobre las barras de hierro. Desde atrás, Nina ya vislumbra las hojas marchitas que cuelgan del expositor en la zona de frescos; en cambio, las sandías se ven lisas, brillantes y uniformes, como bolos, y piensa si tal vez son de plástico, como el sushi de los escaparates de los restaurantes japoneses. Les dice que va a buscar pilas y cerillas y pastillas de encender fuego. Los estantes ofrecen restos de lo que nadie quiere: pepinillos en vinagre, latas de maíz modificado genéticamente, piña en almíbar, después estantes vacíos, estantes vacíos, estantes vacíos, hasta que llega a la sección de bebidas. Está arrasada, a excepción de un pack incompleto de cerveza con limón de marca blanca y una botella de

ratafía. Lo mete todo dentro de una caja de cartón vacía que antes había contenido botellas de vinos de oferta.

—He cogido cervezas —le dice a Iván, dejándolas en el mostrador de la caja automática.

—¿Y esto? —pregunta él cogiendo la botella de líquido oscuro.

La ratafía está hecha de nueces tiernas. Es dulce, anisada, pero tiene un final amargo. Es una bebida que poca gente entiende. Iván tampoco, el alcohol le produce una mueca de asco, así que la deja apartada y sigue pasando el resto de los códigos de barras. Nina mira la botella, tan cerca y tan inabarcable. Se imagina el cristal reventándose contra el cráneo de Iván, un cráneo que exuda la lucidez implacable de los abstemios, provocándole una herida que tendría el mismo aspecto que la pulpa de los tomates macados que pasan ahora por el dispositivo de láser haciendo piiip. La mueca no es solo por la ratafía, es una mueca que se extiende a todo su pasado de camarera de discoteca, de padre borracho, de shorts cortados demasiado a ras de la ingle, de Xibecas heladas para afrontar la larga agonía de aburrimiento materno durante los primeros años de Ariel, las tardes enteras de partidas de Uno y maratones de capítulos de *Bob Esponja*.

—¿Qué pasa? ¿Crees que pillaré una cirrosis, como Kerouac? ¿No lo sabías, que murió de esto? Había vuelto a vivir con su madre, tenía cuarenta y siete años y se meaba encima. Tenía varices en el esófago, de tanto beber, y un día, mientras estaba escribiendo, le reventaron y empezó a vomitar sangre y más sangre sin cesar y la boca se le llenó de trozos de tejido del tubo digestivo y, más tarde, en el hospital, le tuvieron que hacer una transfusión, pero cuando trataron de atarle los vasos sanguíneos rotos, al no funcionarle el

hígado, la sangre no se coaguló y por eso la palmó. Tú no sabes qué significa beber, beber de verdad, lo que hago yo ni se acerca a eso y, además, nunca tomo whisky.

—¿De verdad, mamá? ¿Se puede vomitar sangre?

—Déjalo, Ariel.

Iván recupera la caja de cartón, mete la sandía e intenta distribuir los otros víveres a su alrededor, tratando de hacer un tetris que encaje a la perfección.

—Gracias, Nina, por ser tan descriptiva.

A Nina le fastidia su manía de perfección, de orden. Le horroriza pensar en el horizonte plano que es la sobriedad como único estado anímico al que puede aspirar durante el resto de sus días. Es verdad, hace muchísimo que no bebe más que alguna cerveza de vez en cuando. Iván no lo entiende. Cree que los estados anímicos positivos pueden alcanzarse saliendo a correr veinte kilómetros y haciendo cincuenta flexiones de brazos o estando los tres sentados en el sofá viendo viejas películas de *Indiana Jones*.

Iván da por cerrada la compra y le hace un gesto por si ella necesita algo más que no sea aquello que ya han quedado en que no y en que no discutirán por eso, que han llegado a un acuerdo y tendrán la tarde en paz. Dicen de las parejas de casados que no hablan. Que van a los bares y restaurantes y salas de espera y se quedan sentados sin decirse nada. No saben que pueden hablar sin palabras, como si tuviesen poderes telepáticos. «Sé que piensas que me estás salvando. Sé que sabes que te lo agradezco. Pero también sabes que cuando bebo me entran ganas de follar. Por eso también callas y no pones el grito en el cielo cuando intento colar botellas de alcohol en el carrito del súper. Por eso las cervezas sí, de vez en

cuando. Que me ponga a tono. Que te desabroche la bragueta y te meta la mano por dentro del pantalón después de un par de latas y te acaricie la polla». Todo esto se dicen. Todo esto quisiera gritar Nina a las parejas que acaban de conocerse y que aún tienen que perder el tiempo verbalizando los deseos y los reproches.

—¿Paramos? —pregunta Ariel, de regreso, al atisbar el pueblo desde la ventanilla. No es mucho más que una docena de casas en equilibrio sobre una colina coronada por un castillo en ruinas.

Cada casa parece sostener la de más arriba. Algunas fachadas han ido perdiendo la capa de mortero y muestran su esqueleto de piedra. No hay ni un árbol, más allá de los tres cipreses agonizantes del cementerio que anuncia la llegada al pueblo. En parte, eso salvó al pueblo de la quema. Pero no de las fuertes lluvias. La arcilla tuvo vía libre para descender entre las casas y debilitar sus cimientos. Después se había acumulado en la parte baja de la carretera dejándola impracticable. Nina, que ha querido conducir a la vuelta, aparca la autocaravana junto al muro del cementerio, a la sombra escuálida de los cipreses.

—Tendremos que seguir a pie.

Baja del vehículo como lo habría hecho Yuri Gagarin si alguna vez hubiese llegado a pisar la Luna. Le cuesta creer que vuelva a estar aquí. Ya de pequeña, cuando venía al pueblo en pleno mes de agosto, en las calles no había ni un alma. La escuela siempre había estado cerrada. Las familias con hijos se iban a vivir a las ciudades o a lugares con parques y sombra en las aceras.

—Vamos por aquí —dice, señalando la única calle; como si hubiese más opciones—. Podemos ir hasta la plaza.

—¿Qué hay en la plaza, mamá?

—Un bar.

Al ver cómo se le iluminan los ojos a Ariel, y cómo acelera el paso por el polvoriento camino de barro seco, se apresura a añadir, levantando la voz para que la oiga:

—Pero estará cerrado.

Nina no sabe por qué lo ha tenido que mencionar. Hay más cosas en la plaza, las antiguas fachadas de piedra centenaria que se levantaban sobre porches llenos de sombra donde se estaba fresquísimo, los bancos de listones de madera a pleno sol donde se sentaban las abuelas con las bolsas de ganchillo, la fuente, el pórtico de la iglesia, de peldaños tan desgastados que parecían hechos de seda.

«Aquí es donde venía mi padre», piensa Nina, y le sube un escalofrío por la columna con patitas de hielo. Ariel coge tres sillas apiladas. Ha desenredado la cadena que las ataba y ahora las coloca en círculo alrededor de una mesa de plástico llena de excrementos de paloma. La persiana de hierro del bar está bajada y la suciedad se acumula debajo. Le parece distinguir los restos secos de algo muerto. ¿Una rata? Trata de ignorar estos pequeños detalles. Y sonreír. Sonreír es importante, piensa. Aunque parezca una especie de gesto de gimnasia facial.

—¡Mamá! ¡Mamáááá!

—¡Nina! ¿Dónde estás? Ariel te estaba hablando.

—¿Qué pasa?

—¿Qué desearía tomar, señora?

Ariel le retira la silla para que se siente. Está llena de polvo y telarañas, pero Nina se sienta igual, sujetando la sonrisa con todos los músculos de la cara.

—Una caña, gracias.

—Una tónica —dice Iván, sentándose a su lado.

Nina nota cómo, a pesar de los esfuerzos, su sonrisa se deshace en una especie de mueca de hastío.

Ariel se aleja hasta la persiana de hierro y simula quitar el tapón de unas botellas. Al cabo de un rato se acerca sosteniendo una bandeja imaginaria y deposita las bebidas invisibles sobre la mesa.

—¿Quién quiere una cerveza de verdad? —pregunta Nina cogiendo la bolsa que ha dejado colgada en el respaldo.

Saca dos latas.

—¿Quieres un poco?

—Ya sabes que no y, además, está caliente —dice Iván tocando la lata.

—¿Puedo, mamá? —pregunta Ariel.

—No —dice Iván.

—Ya tengo dieciséis años.

Le acerca la lata para que dé un sorbo. Ariel toma un trago y, acto seguido, escupe en el suelo.

—¿Qué te esperabas? —le recrimina su padre.

Nina da un trago tibio y casi sin gas. Eructa y regurgita una sustancia agria y densa. Como si en vez de cerveza se estuviese bebiendo su propia orina. Al instante le parece que la rata se ha movido. Se levanta y se acerca. Es imposible. Debe de haber sido el viento. La rata es apenas una mancha de pelo, los atisbos de dos patas. Al bajar la persiana la debieron de partir por la mitad.

—¡Vámonos! —grita.

Y empieza a bajar por la calle de casas fantasma, donde, pese al sol implacable, nota una corriente de aire helado.

—¿Vienen de vacaciones al pantano?

Nina da un respingo. El hombre ha aparecido detrás de la autocaravana, como si estuviese espiando su interior.

—No es un buen sitio el pantano. No vayan.

—Gracias —responde Iván saludándole con la mano y abriendo la puerta del conductor.

—Ha muerto mucha gente ahí, ¿saben? Ahogados.

—Ya, como si en el resto de los sitios no se muriese nunca nadie —añade Ariel, bajito, burlándose.

Iván ríe. Ariel ríe. Nina calla.

El atardecer ha convertido el cielo en una escenografía delirante y barroca, como una de las suites de violonchelo de Bach. La luz se desgarra en vertical y a Nina le recuerda un órgano vital desprendiéndose. Una matriz. Vacía. Una bolsa de plástico. Su madre mostrándole «Se hace así para plegarlas, la estiras bien estirada y la vas doblando haciendo triángulos». Iván detiene el vehículo y hace contemplar a Ariel el espectáculo. A Nina las auroras boreales le parecen arcoíris en descomposición. Desde el inicio de los episodios de tormentas solares han visto muchísimas, pero no termina de acostumbrarse a su apariencia apocalíptica. No siente el tipo de comunión con el firmamento que experimentan Iván y Ariel. Preferiría protegerse de las formas espectrales que engendra el cielo. Las líneas como de niebla densa de holocausto nuclear. O de almas hundiéndose en el pantano.

—Volvamos a casa —les ruega al cabo de un rato.

Minutos más tarde, la autocaravana avanza por la carretera. «Volvamos a casa», se repite Nina, como si la frase estuviese escrita con una tiza de color blanco en una pizarra y se la hiciesen copiar cien veces, hasta que la frase, de tanto leerla, ya no tuviese el mismo significado que al principio. Nunca intentó contactar con su padre. Él tampoco intentó contactar con ella. No sabe si está

muerto. Si murió ese día, de los disparos, u otro, o puede que sobreviviese y se esté muriendo ahora mismo, en este preciso instante, en una residencia, languideciendo tras una larga enfermedad sin recordar nada de lo que pasó.

«El muchacho rubio descendió un último trecho de roca y comenzó a abrirse paso hacia la laguna». Es del libro *El señor de las moscas*. Lo ha cogido de la caja y se lo ha llevado a su hijo, que está tumbado en la hamaca entre las dos columnas del porche. Quiere contarle que muchos comienzos de libros, puestos en el orden correcto, podrían contar su historia. Una pierna le cuelga por fuera y, empujándose con el pie contra el suelo, se columpia. Coge el libro, dudoso. Lee la contraportada, lo hojea.

—Apesta a viejo —dice, devolviéndoselo.

—¿Quieres mirar dentro de la caja por si hay alguno que te guste?

—Ya sabes que no me gusta leer.

Ariel con el brazo doblado detrás de la cabeza le hace pensar en Huckleberry Finn. Puede que tenga razón al dudar de la utilidad de la lectura. Quizá no lleve a ninguna parte. Cómo un país que ha hecho leer masivamente en las escuelas y en los institutos a Lorca, Mark Twain y el *Quijote* puede a la vez votar a todos aquellos partidos absurdos que lo gobiernan.

—Además, los libros en realidad son solo una tapadera, mamá.

—¿Qué quieres decir?

—La caja de los libros está llena de piedras, por eso pesa tanto. Están escondidas debajo.

—No son solo piedras.

—Da igual, mamá, teníamos que coger lo esencial para sobrevivir todo el verano en la autocaravana y tú vas y coges la colección de pedruscos. No me mires con tu mirada láser. Por eso los escondiste bajo los libros. Así que no me des el coñazo con la importancia de la lectura.

Nina abre el libro por una página al azar. Es verdad que huele a cerrado.

—Las piedras me recuerdan a tu padre.

—Papá está ahí, ¿lo ves? —dice Ariel señalando a Iván, que está manipulando un cable que sale de la casa, quizá buscando un lugar donde conectarlo que no se hubiese quemado por el incendio o deshecho por las tormentas solares—, no necesitas piedras para recordarlo.

—A veces sí, Ariel, a veces necesitamos que nos recuerden quiénes somos. A veces lo olvidamos.

—Será por piedras... —protesta, y se levanta con dificultades de la hamaca, peleándose, como si la tela le tuviese atrapado y no le dejase salir—. Tiene cojones, con la de cosas que me hicisteis dejar en aquel piso. Cosas que para mí sí eran importantes, ¿me oyes, mamá?

Ariel le quita el libro de las manos y lo arroja al aire. Las páginas se abren levantando el vuelo, pero no tardan en realizar un aterrizaje catastrófico y se esparcen por toda la explanada. Nina coge una que ha caído a sus pies.

—Es nuestra isla. Es una isla estupenda. Podemos divertirnos muchísimo hasta que los mayores vengan a buscarnos.

Iván ha pulido la mesa de la cocina. La ha barnizado. La ha puesto a secar en el porche. El barniz estaba pasado y ha dejado grumos. Pero aun así, entre las verrugas del disolvente, brilla. Nina nunca ha pulido nada. Busca la belleza en las cosas tal y como son. En las irregularidades y la imperfección. De hecho, la asustan los objetos demasiado perfectos, demasiado bonitos, su fragilidad.

Si tuviese que aferrarse a algo sería al tronco de la higuera, con todos los bultos que la deforman, las toxinas, la aspereza.

Iván puede convertir cualquier cosa que encuentra entre los escombros en un objeto útil.

Él dice: «Todo lo destruido puede ser reconstruido».

Su padre pensaba justo al revés: «Todo lo construido puede ser destruido».

Iván puede mirar un trozo de madera e imaginarse una mesa.

Puede mirar unas ruinas e imaginarse una casa.

Nina solo puede decir: «Mira, una madera», «Mira, un montón de piedras».

No ha desarrollado ninguna capacidad neurológica que le permita visualizar un espacio acogedor donde preparar desayunos y pasar sobremesas en ese cuadrado oscuro de baldosas sucias y rotas. Desde la ventana ve cómo ahora él mete la mesa. En el estante de

la cocina se adivina el círculo oxidado de la caja metálica de galletas danesas. La caja ya no está. Tampoco los platos que había apilados en el fregadero el día que se marchó. La cocina económica, en cambio, sí tiene restos requemados de las salpicaduras de la salsa de tomate. ¿Era salsa de tomate? A Nina le gustaba que se quemase un poco, que tuviese motitas negras. Tenía sabor ácido y dulce, y amargo y ferroso a la vez. Casi como la sangre. ¿Qué era lo que cenaron aquella noche? No, no quiere entrar en la cocina, le indica a Iván con un gesto de cabeza. Basta con poner la mesa de modo que encaje con el banco de piedra que hay en la pared. «Ojalá el incendio lo hubiese quemado todo», piensa. Las baldosas tienen una buena capa de suciedad. Las limpió muchas veces. Jugaba a que las juntas de las baldosas trazaban el mapa de calles de la Gran Ciudad. Hasta que la muñeca se le quedaba rígida del esfuerzo. Como si lo adivinase, Iván frota con la mano una de las baldosas.

—Por debajo de la mugre, son de ese color azul que tanto te gusta. Tiffany se llama, ¿verdad?

Sabe que *Desayuno con diamantes* es la película preferida de Nina, porque está hecha solo de comienzos.

—Son bonitas. ¿Las escogiste tú?

Nina le responde que no, que las baldosas ya estaban, que deben de ser tan antiguas como los cimientos de la casa original.

—Además de limpiarlas a fondo —dice Iván—, hay que quitar las telarañas del techo, y vaciar los estantes de arriba y retirar los insectos muertos y los excrementos de murciélago.

Habla de todo lo que está fuera del alcance de ella. Es pequeña y hay muchos sitios a los que no llega. El suyo es un cuerpo pensado para ser lanzado hacia arriba y realizar un *tour en l'air*. Se pregunta

qué tiene para ofrecerle. Su profesión de bailarina no sirve de nada en este sitio. En este sitio, ni en ninguna parte.

—¿Me estás escuchando? —dice Iván, que ha interrumpido su lista de cosas por hacer.

Nina simula que sí. Ahora Iván se pierde más hacia dentro y ya no lo ve ni lo oye. La casa está llena de sombras. Incluso con esta luz de mañana, de agosto incendiario. Le pide que le explique qué más ve, que le vaya describiendo los objetos, las paredes, los cadáveres de pequeños animales. De alguna forma, todos necesitamos que alguien nos vaya relatando desde las tinieblas.

La oscuridad es mucho más que la ausencia de luz. Para Nina es una masa densa que, si quisiera penetrar en ella, la obligaría a utilizar el machete como los exploradores de la selva amazónica. Justo donde Iván se pierde, ese fragmento de pared de pasillo a mano derecha, fuera del alcance de la vista de Nina, era el muro contra el que se lanzaba gritando: «¡Casa! ¡Salvada!» cuando jugaba al escondite con Nándor.

Podría pedírselo.

«Iván, ¿jugamos?».

Pasarse la piedrecita de mano en mano.

«Pito pito gorgorito, ¿dónde vas tú tan bonito? A la era verdadera. Pim, pam, ¡fuera!». Nina prefería esconderse que contar. Pero ¿sería capaz ahora de ocultarse en los mismos lugares en los que lo hacía de pequeña? ¿Sería seguro, si Iván la persiguiese para atraparla, abalanzarse sobre aquel trocito de muro del pasillo, donde el yeso de la pared tenía una mancha más oscura de tanto apoyar las manos para salvarse? ¿Resistiría lo suficiente? ¿Cuántas veces, durante cuánto tiempo, serían necesarias para mover la estructura?

En la Ópera también jugaba al escondite. Se escabullía hasta la gran sala, donde sabía que encontraría a Iván trabajando. Analizando las pinturas con las máquinas extrañas y los líquidos y las tiras de papel reactivo.

—¿Crees que se pueden arreglar? —Sentada en el patio de butacas, dirigió las palabras con todo su eco hacia el haz de luz del frontal que resplandecía en lo alto del andamio, como una timonel conduciendo la nave hacia un faro.

—Están muy estropeadas, solo con que respires cerca saltan pequeñas escamas. —Después el haz de luz enfocó hacia el patio de butacas—. ¿No deberías estar en clase?

Nina se hundió más en la butaca para evitar ese chorro de luz que apuntaba hacia ella. Se había delineado los ojos con un trazo grueso y tenía los labios embadurnados con una doble capa de Russian Red, pero aquel «¿No deberías estar en clase?» acababa de echar a perder todo intento de parecer una mujer adulta.

—Pero, aun así, las podrás arreglar, ¿verdad? —insistió ella.

—Yo solo analizo el estado del techo. Después vendrá el equipo de restauradores. No tengo ni idea de pinturas murales, soy geólogo.

—¿Por qué te hiciste geólogo? Las piedras solo son piedras.

—¿Solo? Bueno, el planeta es una piedra enorme, si lo piensas. ¿Sabes que hay piedras que flotan?

—No. —A Nina empezaba a dolerle la cabeza. Llevaba el pelo cogido en un moño alto (se lo hacían llevar así en las clases) y notaba tirones en las sienes de tanto mirar hacia arriba.

—Piedra pómez, se llama. ¿Has jugado alguna vez a hacer rebotar una piedra plana sobre el agua? Me pregunto cómo sería hacerlo con una de estas piedras que nunca se hunden.

La tirantez de su cabeza empezó a expandirse hacia la nuca, los hombros, la espalda. El verbo *hundirse* le hacía pensar en cuerpos. Tenía las cervicales contracturadas. Debería comer más carne roja. La luz de Iván volvió a iluminar los frescos. Habría querido responderle: «Sé de un lugar donde ni siquiera la piedra pómez flotaría». Pero él ya había vuelto al trabajo, dejándola de nuevo en la penumbra. No tenía nada que ofrecerle. Diecisiete años. Ese día era su cumpleaños, pero no se lo dijo.

—Venid —dice Iván. Los lleva a la parte de atrás de la casa—: ¿Veis?

¿Qué se supone que tienen que ver?

—Esta parte de la casa que sobresale, como una panza. Y si la golpeas... —Iván da tres golpes con el puño en la pared—. ¿Oís? Está hueca. Debería haber algo, pero en cambio, por la parte de dentro... Seguidme.

Panzas, estómagos, jugos gástricos. La casa que iba a tragársela puede que, después de todo, tenga un órgano para ello, piensa Nina.

Vuelven a rodearla. Iván y su hijo entran y siguen hasta el comedor.

Nina se detiene en el umbral. Enfrente de ella, la escalera que sube al piso de arriba.

—Ven a verlo —insiste Iván.

Ella sigue sin moverse. Ya ha visto esa pared. Cientos de veces.

Iván se le acerca. Nina se da cuenta de que ahora sostiene un mazo. Se pregunta de dónde lo habrá sacado y si es el mismo mazo que utilizó ella esa noche.

—Pasas de entrar, ¿verdad? Todo esto, todo este puto esfuerzo —dice señalando las paredes que los rodean, pulidas y limpias ya de

telarañas y de manchas de humedad— te la suda.

Con un sonoro suspiro vuelve a la sala. Levanta el mazo y lo apoya contra su hombro. Nina conoce su peso, adivina el sonido seco que producirá cuando lo suelte contra la pared de yeso.

—Apártate —pide a Ariel.

A continuación, suelta el mazo con toda la furia. De un solo golpe, cae la pared entera y la sala se llena de una nube de polvo. Sin embargo, Iván sigue golpeando con rabia encima de los cascotes caídos.

—Papá —grita Ariel por encima del estruendo—. ¡Papáá́á! ¡Ya está! ¡Basta! ¡Que pares!

Entonces sí, Iván se detiene, secándose el sudor de la frente con la camiseta, apoyando el mazo contra la pared. Cuando el polvo se ha disipado, descubren lo que se escondía detrás del tabique; la antigua pared originaria de piedra vista con un agujero a media altura con forma de arco.

—Es bastante grande y tiene una cúpula —dice, metiendo la cabeza—. En algún momento debieron de tapiarlo.

—Es un horno de piedra —le explica Nina.

—¿Ah, sí? ¿Ya sabías que estaba?

—No, cuando vine ya estaba tapiado. Sé que otras casas de por aquí también tenían uno. Lo usaban para cocer el pan.

—Tú sabes hacer pan, Nina. Te encanta, de hecho. Podrías cocerlo aquí —le pide.

Nina calcula los pasos desde donde está hasta el horno. De la misma forma que calculaba la distancia para llegar a la pared donde se salvaba cuando a Nándor le tocaba contar.

Tanteando.

Cuánto está dispuesta a perder y cuánto a ganar.

Ariel trabaja en silencio. No se queja, pero a Nina le llegan las vibraciones de su cabreo, los gestos violentos contra la masa de harina, agua y sal, los chorretones de sudor que le bajan por la cara, las muecas de asco ante los restos pegajosos que se le adhieren a los dedos. Le gustaría poder leer, como en unos subtítulos, las frases de enojo que emanan de su mente adolescente. Si esto le parece una especie de cursillo de supervivencia, unas colonias hippies, una broma macabra. Quisiera hablarle de la hija de Tito Andrónico, violada, mutilada, sin manos y sin lengua. «Intenta hacer lo mismo solo con los muñones». Nina da otro mordisco al trozo irregular de sandía. La ha abierto reventándola contra una piedra. No sabe a nada. Las sandías de supermercado no tienen semillas. Una sandía estéril que no pide esfuerzo. Podrían comerla incluso sin manos. Ariel ha rechazado la sandía, ha rechazado el vaso de agua, ha rechazado la goma para el pelo. Tal vez no sea ira. Tal vez le da todo igual, el crecimiento de la masa madre, los microorganismos y el desarrollo del gluten, la casa en obras, el primitivismo, tener que cagar en un agujero hecho en el suelo con una pala y tener que enterrar la mierda después, cubriéndola con tierra y cenizas, la autocaravana, que huele a pies no importa el tiempo que tengan las ventanillas abiertas.

—¿Ya está? —pregunta Ariel mostrándole la masa de harina, agua y sal, que parece un moco gigante.

—Ahora lo tienes que levantar y golpear contra la mesa. Fuerte, pero sin rabia.

—¿Cómo?

Arroja lejos los restos de sandía, se seca las manos en el pantalón y levanta la masa del pan, con todo su peso de feto alienígena, y la deja caer contra la mesa. La masa hace plaf.

—Así —le dice.

Se da cuenta del montón de cosas que hay que golpear cuando se vive en un sitio como este, y las pocas cosas que podía golpear en la Gran Ciudad. Como la puerta de la lavadora, que nunca cerraba bien y le pegaba patadas. Gritando: «Puta, puta, puta, puta». Hasta que la estropeó.

—Al golpearla haces que se desarrolle el gluten.

—Esto es una rayada atómica. ¿Por qué no podemos ir al jodido súper a comprar el pan?

—Claro, es mejor comprar las cosas que aprender a hacerlas. Así nos volvemos todos inútiles.

Piensa en todo lo que ha aprendido su hijo en la escuela y en el instituto. O piensa más bien en lo que no ha aprendido.

—¿Sabes que para poder escribir los niños primero tendrían que aprender a subir a los árboles?

Saber dónde está la mano, dónde está el pie sin tener que mirar la mano, mirar el pie.

—En mi escuela no había árboles, mamá.

—Me juego lo que sea a que tampoco te hubiesen dejado subir, cosas de los seguros de accidentes.

—¿Por qué me lo cuentas?, ¿qué tiene que ver con todo esto?

—Decían en las reuniones del AMPA: «Los árboles ensucian». Los árboles ensucian. ¿Sabes? Por las hojas, que caían. «Los árboles ensucian». —Se lo repite a sí misma y se ríe.

No es consciente de que la sandía le ha dejado un rastro de pulpa roja alrededor de los labios. Ariel no la sigue. Mira la mesa. Ya no amasa con tanto ímpetu. De hecho, ya ni siquiera amasa. Se quita los trocitos de masa pegados a los dedos que el calor va secando y agrietando.

—¿Qué haces aquí parado? Pon la masa a fermentar a la sombra, si no el sol la resecará y no valdrá para nada —le advierte Nina.

Las paredes verticales, el agua oscura, los matorrales secos, los pinos escuálidos, cual bonsáis, la higuera, el atardecer anaranjado, el inicio del camino de tierra que sale de delante de la casa. Más cerca, la montaña de piedras, la autocaravana erigiéndose, grotesca, en medio del descampado. Como un camerino en el rodaje de una película del Oeste. Como un vehículo del futuro que hubiese aterrizado en un paisaje rural de hace dos siglos. Nina piensa en todo lo que ha dejado atrás y en lo que no ha dejado atrás. Lo lleva encima, entre los omóplatos. Una mochila invisible en la que va metiendo la basura. Levanta los brazos. Coge aire. Se dobla desde las caderas dejando caer la cabeza y apoya las manos en el suelo. Siente cómo crujen las vértebras. Pequeñas burbujas de líquido sinovial que explotan, al liberarse, con el sonido de fuegos artificiales. Crac crac crac.

Se evaluará el trabajo de articulación de espalda, brazos y cabeza, de caderas, piernas y pies.

Se evaluará la conciencia corporal, colocación, alineación y naturalidad.

Se evaluará la potencia muscular.

Se evaluará la capacidad para resolver retos.

Se evaluará la coordinación, musicalidad y fluidez de movimiento.

Se evaluará el desarrollo fisiológico y madurativo del cuerpo.

Se evaluará la capacidad de concentración, así como la capacidad de reacción.

Se evaluará la decisión y ataque de movimiento en los ejercicios de desplazamiento.

Se evaluará la capacidad de memorización y retención de la información.

Se evaluará la capacidad de improvisación.

Se evaluará la capacidad de construir una secuencia de movimiento en pareja en la que se tendrá que haber alcanzado un nivel medio de trabajo de contacto basado en la escucha, la conexión visual, auditiva y táctil.

Se evaluará la utilización de los aspectos espaciales y direccionales.

Se evaluará la compenetración con el grupo.

Cuando Nándor le preguntó, leyendo la lista de requisitos, cómo lograría ser admitida en la escuela de danza de la Ópera, Nina respondió, encogiéndose de hombros y mordisqueándose un mechón de pelo:

—Mira, Nándor, si he sido capaz de sobrevivir en esta casa, es que voy sobrada de todo lo que se me exija.

Ariel pega otro hachazo al tronco.

No consigue nada.

Tan solo una pequeña marca.

«¿Qué coño evaluaban en tu instituto?», le reprocharía Nina, pero se limita a suspirar.

—No puedo.

—Cuando bajes el hacha, saca todo el aire de los pulmones, con un grito.

—¿Un grito?

—Sí, ¡grita!

—Ah.

—¿Ah?

—Sí. Ah.

—AAAAAAAAAAAAAAAAAH. Va, ahora tú.

—Ni de coña.

—Trae.

Nina le quita el hacha. La levanta con ambos brazos y, soltando el aire, aúlla un «¡AH!» que corta el aire al mismo tiempo que resquebraja la corteza dura y rugosa del tronco.

—Saca toda la rabia que tienes dentro —le explica, aún con la voz ronca, y acomodando el tronco agrietado, prosigue—: Imagina que

es la cabeza de alguien a quien odias. Así.

Nina deja caer el hacha de nuevo contra el tronco. La levanta y la deja caer otra vez más. Y otra, y otra.

«La rabia es la emoción más pura».

El cabello empapado se le pega a la nuca. Le cae por delante de la cara. Se le mete en la boca y tiene un sabor salado. Le da la impresión de que parece una gorgona. De vez en cuando le cubre los ojos y la ciega. Da hachazos sin ver a través del antifaz negro del cabello. Del corte saltan astillas.

—Joder, espero que no sea a mí a quien odies.

—Muéstrame —dice, dándole el hacha—, con rabia.

—Mira, paso.

Ariel deja caer el hacha en el suelo y se aleja hacia la autocaravana.

—¿Pasas? —grita Nina, apartándose la cortina de cabello sudado hacia atrás.

—Tú pasas de entrar en casa, yo paso de hacer leña.

—¡Haz el jodido favor de venir! ¡Ariel!

Al oír los gritos, Iván asoma la cabeza por la puerta. Ve a Nina empapada y jadeando.

—¡¿Qué coño te pasa?!

Nina podría correr hacia él, abalanzársele, que él la levantase del suelo, alzándola con sus dos brazos por encima de la cabeza. Recrear la escena final de *Dirty dancing*. Quedarse muy quietos, en ese punto de equilibrio donde la fuerza de uno trabaja para sostener la fuerza del otro.

Pero solo dice:

—Nada.

Figuritas de Lladró. Cajas de música. Degas. Las bailarinas y esta idea de la fragilidad. Nina sabe que no es así. Que todo es mentira. Que el cuerpo de las bailarinas es un latido constante de furia y dolor. Discos intervertebrales expulsando su núcleo pulposo, pelvis dislocadas, la presión de las extremidades más allá de sus límites orgánicos y naturales, el consentimiento implícito a compañeros, profesores, coreógrafos y directores que, en nombre de la estética y sin preguntarle nada, manipulaban ese cuerpo de diecisiete años.

«Levanta los brazos». «Coloca la pierna izquierda sobre mi hombro». «Acércate más». «Un poco más». «Tu pelvis debe tocar la mía». «Tiene que haber contacto, ¿lo entiendes, Nina?». «No bajes la cabeza». «Levanta la mirada». «El resto de las alumnas podéis salir. Dejadnos solos». «He dicho que levantes la mirada».

Nina intentaba pensar en todo lo que tenía de bueno la danza. En la belleza de los cuerpos, así, de lejos, en el reflejo del espejo que llenaba la pared del aula de ensayos. Y Tchaikovsky y *Clair de lune* y el *pas de deux* y los maillots negros y las medias de color carne, el cabello tirante recogido en un moño perfecto, el orden y la pulcritud.

—¡Más! —le exigía—. He dicho que no te separes, ¿me escuchas? La pelvis aquí. Levanta más la pierna, estírate, alárgate.

Su mano con forma de garra en la pelvis de Nina. Intentar pensar que solo lo hacía para corregirla, por su bien, que no tenía lógica el inmenso asco que le subía desde la boca del estómago.

Cuando llegó al piso compartido se quitó toda la ropa y se metió bajo la ducha, frotándose la piel con furia con el cepillo de limpiar las uñas, hasta casi hacerse sangre.

«Con este tipo de rabia», piensa Nina, recogiendo el hacha del suelo.

La mirada cenital de Iván. Como un dios. Como si quisiera protegerla del mundo. «Quizá sea al revés, quizá sea el mundo el que tiene que protegerse de mí», piensa Nina, hacha en mano, frente a la montaña de troncos partidos. «¿Lo ves? Estoy colaborando», le diría ahora. Cortar leña, además, es un trabajo útil que puede hacer fuera de la casa. Sin embargo, la mirada incisiva. De arquero. «Lo importante no es apuntar la flecha, sino aprender a tensar el arco con firmeza». No es más que una lucha contra uno mismo. La mano que estira hacia delante, la mano que tira hacia atrás. «El mejor tirador de tiro con arco del mundo es un surcoreano que es ciego. ¡Es ciego, Iván!». A Nina le costó mucho aprender que bailar no es una acción que se hace con el cuerpo. Que puede quedarse muy quieta, como ahora, cerrar los ojos y en realidad estar danzando. Recuerda la cantidad de tiempo perdido para alcanzar el *grand battement* perfecto. El miedo que le daba el hacha, cuando su padre se la ponía en las manos y le señalaba el tronco. Su cuerpo compuesto por ligamentos y músculos y tendones y partes que podían ser dañadas para siempre, mandando a paseo la beca, cuando hubiese podido danzar incluso sin pies y sin brazos y sin piernas. Hubiese podido bailar siendo un muñón solo de tronco y cabeza. «¿De qué me servirá aprender esto?», pensaba entonces,

frente a la madera. Y es verdad que más adelante no le sirvió para nada, porque vivió en pisos y en ciudades, cocinó con cocinas de gas, con vitrocerámicas, y en el supermercado vendían la calabaza ya cortada en dados. Pero ahora, con cada golpe seco, siente que no es solo la leña lo que se resquebraja, sino algo más dentro de ella.

Qué, cuándo y dónde plantar qué, y junto a qué tipo de planta, en ese cuadrado de tierra que será el huerto pero que ahora solo es una jodida extensión árida llena de piedras, y el compost, los gusanos, y cómo diferenciar los frutos silvestres de las bayas tóxicas, fabricar recipientes de barro que no se rompan, tablas de madera que no se partan, criar a un adolescente, reconstruir una pareja, encontrar el remedio apocalíptico definitivo contra las hormigas de la despensa.

¿Qué coño necesita una casa para convertirse en un hogar? Cuatro paredes. Una puerta. Unas ventanas que den a un afuera que no esté calcinado.

Afuera. Ha dicho afuera. Como si dentro de ella no hubiese también un paisaje arrasado.

Mientras se dirigía a la discoteca donde trabajaba, en un barrio industrial, a su alrededor todo parecía preparado para la ignición. Naves. Fábricas. Chimeneas de ladrillos. El parque de bomberos con sus grandes camiones aparcados. Nina caminaba por encima del agua que salía de las mangueras de los equipos de limpieza y trazaba parábolas sobre el asfalto. Los neones rojos de los locales nocturnos, los semáforos intermitentes de color naranja se reflejaban en los charcos de agua creando luminiscencias incendiarias que ella pisaba con el paso firme de sus Dr. Martens y le recordaban a Luke Skywalker atravesando llanuras de lava líquida en el planeta volcánico de Mustafar.

Trabajar de noche, una vez terminados los ensayos, le permitía deslizarse a través del dolor, las tendinitis crónicas, las llagas en los pies, las contracturas en los isquiotibiales. El dolor le parecía una sensación demasiado abstracta. No había ninguna herramienta con la que medir su intensidad, su persistencia. A veces era difuso y seguido, otras, incisivo y breve. Leyó que había personas que tenían dolor constante sin estar enfermas. Y a quienes les cortaban una pierna y continuaban sintiendo dolor en la extremidad fantasma. También había personas que no sentían nunca dolor y podían sufrir

quemaduras o provocarse heridas graves sin notar nada, porque al final el dolor era un aviso. Pero ¿quién narices quiere el aviso?

Ese barrio a Nina le hacía pensar en el infierno, y jugaba a ser Dido, la reina de Cartago, a la que Eneas había abandonado. «Ven conmigo», le pidió el héroe troyano cuando volvió a buscarla al inframundo, pero ella decidió alejarse de él, caminar sin mirar atrás, cruzar sola las llamas mientras, con el puño en alto, le enseñaba el dedo del medio.

—Putas piedras.

Echa un nuevo cargamento de la carretilla en el montón. Parece un nunca acabar. Saca una capa de piedras y debajo hay otra y otra. Si en otoño quieren plantar el huerto, las semillas necesitarán tierra donde echar raíces. Iván ha dicho que hay cosas más urgentes que hacer en la casa. «Haré como Sísifo y moriré arrastrando piedras antes que entrar en esa casa», escupe sobre la montaña rocosa una baba espesa. Con cada inspiración nota el aire caliente y seco entrándole por la nariz, junto con el tomillo y el aroma de pino y de resina.

A veces, como ahora, cuando tose, la flema que escupe está llena de vetas oscuras. Piensa en el polvo de las obras de la Gran Ciudad. El asfalto reducido a partículas minúsculas que flotaban día y noche en el piso. Decidir ventanas abiertas y morir de la polución o ventanas cerradas y morir asfixiados de calor. El polvo negro sigue acumulado en el interior del pulmón como una película interna. A veces piensa si no sería mejor que llegase el fin del mundo de una puñetera vez. En cierto modo es como si estuviese sentada en una sala de espera de butacas desvencijadas y números del *Hola* atrasados, aguardando la explosión de una nube de plasma solar

que la reventase en trocitos tan pequeños que nadie pudiese decir si son de oreja o de páncreas.

Necesita un vaso de agua. Necesita sacarse el mal sabor de boca. Al abrir la puerta de la autocaravana, ve su bolso en el asiento del copiloto. Lo coge y, del fondo del todo, rescata su móvil y lo enciende. Sin batería. Quita el móvil de Ariel del cargador donde está permanentemente conectado, y enchufa el suyo. Espera unos minutos mientras va dando tragos de agua. Introduce el PIN y, al cabo de unos segundos, aparece en la esquina de la pantalla el persistente mensaje: «Sin servicio». De repente, entra Ariel por la puerta y del susto, a ella se le cae el móvil de las manos. Ariel lo recoge del suelo y se lo da.

—¿Qué hacías? ¿Ya los han arreglado?

—¿El qué?

—Los satélites. ¿Ya hay señal?

Agarra su móvil con la impaciencia de un yonqui y pulsa el botón de encendido. Decepcionado, lo lanza fuera del vehículo.

—¡Vaya mierda! ¡Esto es como el fin del mundo!

—A lo mejor es necesario que haya una especie de fin, que todo recomience.

—¿Y morirnos todos, mamá? ¿Es eso lo que quieres?

—Cuando se extinguieron los dinosaurios, ¿sabes que las serpientes sobrevivieron?

—Nosotros no somos serpientes. Si la tormenta solar lo acaba arrasando todo, no servirá de nada escondernos bajo las piedras.

—No nos quedará más remedio que buscar la manera de sobrevivir.

—Estar desconectados de todo ya es como estar medio muertos.

Nina piensa en la gente de la Gran Ciudad, antes de lo de los satélites, pegados a las pantallas de los móviles, como muertos vivientes.

Imitando a Ariel, lanza también su móvil hacia fuera. Después sale y busca alrededor una piedra lo suficientemente grande, la sostiene en el aire un segundo y, a continuación, la arroja con todas sus fuerzas contra el aparato hasta destrozarlo.

—¿Qué coño haces, mamá? —grita Ariel, que corre a buscar su móvil y lo recoge del suelo, intentando salvarlo del desastre—. Estás loca, ¿lo sabías?

El fin del mundo. Estas cuatro palabras suenan tan familiares para Nina. Toda su vida está llena de finales, y, como una serpiente verde de ojos dorados, ha ido sobreviviendo a todos ellos, reptando a través de las piedras, de las montañas de escombros. Por lo menos aquí los escombros son bien visibles. Pero en la Gran Ciudad no estaban apilados en un rincón, estaban por todas partes, en la cocina, en la habitación, en la sala de estar, en el recibidor. Un día, Nina e Iván se dieron cuenta de que ya no eran esos seres mágicos que se habían conocido bajo una cúpula llena de dioses y de héroes.

—Pareces una sirena, tus ojos tienen el mismo color castaño dorado, ¿te has fijado?

—Tú eres como Teseo, el héroe capaz de acabar con todos los monstruos, que un día será rey de Atenas.

El mundo terrenal, con su precariedad de sueldos menguantes y alquileres crecientes, con las ganas de Iván de tener más hijos y la imposibilidad de Nina de dárselos, con cuerpos hechos para levitar en el aire y crear belleza, obligados a deambular por entre la suciedad del asfalto como palomas con las alas cortadas, se los había tragado. De la misma forma que la radiación de kryptonita debilitaba a Superman convirtiéndolo en un ser débil y mundano. El problema con los escombros metafóricos es que no podían

apartarlos a paladas. Cuando Iván se quejaba de las grietas que atravesaban el edificio de arriba abajo, Nina pensaba: «¿Y las grietas que atraviesan nuestra relación de arriba abajo qué? ¿Acaso no las ves?».

Un día lluvioso, Nina acercó la silla de fórmica al sofá y se sentó frente a Iván.

—Voy a marcharme y Ariel se vendrá conmigo.

—¿Qué cojones estás diciendo?

Pero ¿era realmente Iván el que estaba sentado en el sofá? Hacía un tiempo que Nina ya no lo reconocía. Veía a un hombre que llegaba a casa, que cocinaba, que fregaba los platos, que se sentaba en el sofá frente a la pantalla, que se iba a la cama después de ella, evitando el contacto con su cuerpo, un hombre que había guardado todas las piedras que tenía sobre la cómoda de la habitación en una caja en el fondo del armario.

Y Nina pensaba: «En realidad, lo que hay guardado en el fondo del armario, con las piedras, es Iván».

—Sé que te han apartado de las clases del instituto, pero no es eso, es que ya hace mucho tiempo que no eres el mismo Iván que conocí.

—¿El Iván que conociste? ¿El soñador? ¿El idealista? ¿Sabes por qué me han apartado? Por hablar del cambio climático, por no acatar el nuevo plan educativo. E-du-ca-ti-vo, lo llaman. Hostia, soy geólogo, no puedo seguir dando clases y simular que no pasa nada. ¡Por el amor de Dios!

Nina se levantó de la silla y empezó a caminar de un lado a otro de la sala.

—¿Lo ves? Todo se está haciendo añicos, tú y yo, nuestros trabajos, este piso...

—Lo arreglaremos, ¿vale?

—¿Cómo? Tú has visto las grietas. Este piso no es seguro, ya se han derrumbado dos edificios en el barrio. Y lo de las tormentas solares... No pienso quedarme a ver cómo todo colapsa.

Iván se llevó las manos a las sienes, como si algo dentro de su cabeza pesase más de lo que podía soportar su cráneo.

—¿Y dónde iréis, si puede saberse?

Iván se puso de pie. Nina siempre había creído que un hombre de esas dimensiones podía protegerla de todo.

—¡No lo sé! ¡Donde sea!

—¿Ariel y tú? ¿Los dos solos? ¿Y si os ocurre algo?

—Cogeré la escopeta.

De repente se hizo un silencio y a Nina le pareció tan denso como la pausa que venía entre el disparo de caza y la recogida del cadáver.

—¿Estás hablando de un arma de fuego? ¿De una jodida arma de fuego?

—Sí. Una escopeta.

—¿Qué escopeta?

—La de caza, la de mi padre.

—¿Dónde está?

—Escondida.

—¿Tienes una escopeta de caza escondida aquí en casa?

—Sí.

—¿Y si la encuentra Ariel?

—No puede encontrarla.

—¿En un piso de cuarenta metros?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienes?

—Desde siempre.

—¿Todo este tiempo?

—Sí.

—¿Todas las mudanzas?

—Sí.

Iván se llevó de nuevo las manos al rostro, cubriéndose los ojos. Como si fuese algo terrible. Como si no hubiese cosas más terribles

por las que preocuparse.

—O sea que sabes disparar.

—Sí.

—¿Y contra qué disparas? ¿Qué es lo que cazas? ¿Ciervos? ¿Conejos?

«Contra mi padre, por ejemplo», quería decirle. Pero calló.

—Ya te lo había contado, que cazaba.

—No, no me habías dicho nada. No te irás con mi hijo y una escopeta, y menos en medio de una tormenta.

Hasta ese momento no se había dado cuenta de que llovía con tanta fuerza. El agua golpeaba los cristales cada vez con más violencia, pero eso no la desalentaba. Ya había huido una vez. Podía volver a huir.

—Necesito marcharme.

—No de esta manera.

—¿Pues de cuál?

—Buscaremos la forma. Juntos.

Sabía que no lo haría. Iván era de los que se quedaban y luchaban. Nina se alejó hasta la parte oscura del pasillo. La luz de la sala trazaba una diagonal en el suelo, frente a ella. Le recordaba las esperas entre bastidores, antes de salir a escena. En la compañía de danza ella nunca era la bailarina principal. Era una de las figuras del fondo. Su movimiento debía ir siempre sincronizado con el de otros compañeros. Le daba la impresión de que le ataban un montón de hilos a las extremidades de otros seres. Solo podía desplazarse si estos se desplazaban.

A veces eran hilos. A veces eran sogas.

—¿Qué pasa? —pregunta Iván soltando otro cargamento de escombros en el montón.

—No, nada. Pensaba en que habría que hacer la colada.

Disimula, en realidad estaba mirándolo, pero no como lo miraba antes, ese hombre al que apenas reconocía. Es como si, al abrir la caja de libros que debajo esconden las piedras, hubiese vuelto a salir Iván, el que trepaba por el andamio hasta la cúpula de los héroes desprendiendo un haz de luz, el que cogía impulso y se lanzaba al vacío desde la plataforma de hierro como un trapecista, dando tres volteretas en el aire y, flotando, suspendido de la cuerda del arnés, se giraba risueño hacia Nina, que le aplaudía desde el patio de butacas: «¡Bravo, señor Petrovski!». «Es algo en su verticalidad, en su nuca —piensa—, que antes llevaba escondida entre los hombros, es un fiordo alzándose desde las profundidades».

Nina, de pie, se recoge el cabello, parecido al largo plumaje de un cisne negro, que ya no se peina, que ya no se corta, y se lo enrosca en un moño alto y tirante, dejando a la vista el rostro y los hombros angulosos de musa de retratos de Egon Schiele. Ojalá Iván también pudiese verla como a esa Nina de debajo de la cúpula. Ahora se le acerca quitándose la camiseta para dársela.

—¿No me la lavarías, por favor?

Nina la coge y observa el torso desnudo de Iván, el abdomen, que se ha endurecido, la cinturilla del pantalón, por donde asoma el vello entre canoso y anaranjado. Siente el olor fuerte y terroso de su sudor. Mira a su alrededor buscando a Ariel, pero no lo ve. Se quita ella también la camiseta de tirantes, sudada y sucia. Iván levanta su mano enorme y la acerca al pecho de Nina, le roza el pezón derecho como quien acariciaría el ala de una mariposa, con miedo de quitarle el polvo que le permite volar. Pero, de repente, la mano que se retira. La voz que ordena:

—Vístete.

Nina se da cuenta de que se acerca su hijo. Se pone de nuevo la camiseta y se queda con la camiseta sudada de Iván en la mano. Ya no tiene ganas de hacer la colada. No quiere limpiar nada. Le da un tedio infinito hacer de madre. Solo quiere que una mano enorme le acaricie el cuerpo con la misma fuerza con la que ahora desescombra.

—Podrías hacerte una caña para pescar en el pantano. ¿Qué te parece, Ariel?

Ariel se desliza del sofá de la autocaravana, pasa por debajo de la mesa y salta hacia fuera gritando:

—Podríamos hacer como que somos una familia normal. ¿Qué te parece, mamá?

Vivir como una familia normal.

Cenar como una familia normal.

Hablar de cosas normales.

Una familia normal, de las que tienen un lugar asignado para la basura. Para no ir tropezando con ella por todas partes. Una familia que se puede pasar la bandeja de las albóndigas precocinadas, mientras comenta: «Qué habéis hecho hoy», «Qué haréis mañana», «Parece que será una noche calurosa».

La radio de la autocaravana emite un zumbido. Ariel está intentando sintonizar alguna emisora. Están a oscuras y, a través de la claraboya abierta del techo, se ve un círculo de estrellas. Algunas parpadean. No son estrellas. Son satélites. Nina recuerda la primera vez que llegó aquí, con Nándor, y miró hacia arriba, en plena noche. Nunca había visto la Vía Láctea.

—Es porque nunca hemos estado en un sitio tan oscuro —le respondió.

Y ahora no sabe si lo decía metafóricamente. Nina e Iván se sientan en el banco acolchado. Está forrado de una tela desteñida con un estampado de margaritas. Es un banco estrecho, como todo lo que hay dentro del vehículo. La piel sudada del brazo de ella, de vez en cuando, se frota con la de Iván. Poca ropa. Tanto calor. Le llega la peste a sudado de sus propias axilas sin depilar y se pregunta si, después de todos estos años juntos, a Iván todavía le excitará ese olor o, más bien al contrario, si le resultará desagradable. Quiere apartarse, pero dónde, cómo. Apenas hay espacio para los dos. Ariel se da por vencido y deja la radio para acercarse a sus padres. Es un caos de piernas y brazos intentando meterse en ese reducido espacio. De repente están los tres sentados mirando hacia arriba, hacia el cielo nocturno. Sin decirse nada,

saben que están esperando ese momento. La estrella fugaz. Es absurdo que estén ahí apretados cuando podrían estar fuera, sentados en la hierba seca, viendo la noche en toda su amplitud. Quizás esta claraboya es lo más similar a una pantalla. Al rato, Iván se levanta con un bostezo.

—Voy a acostarme, estoy roto.

Le sigue Ariel.

—Buenas noches, mamá.

Nina se queda allí sola, mirando hacia arriba, hasta que nota la rigidez en las cervicales. Se levanta inclinando la cabeza de un lado a otro para estirar el cuello. Se sienta en el asiento del conductor. A través del parabrisas ve el cielo, pero es otro trozo de cielo. Le hace pensar en las televisiones de los empleados de seguridad que ofrecen distintos ángulos de una misma estancia. Es entonces cuando se da cuenta de que la radio sigue encendida. Solo siente este crepitar, y de vez en cuando un zumbido más estridente, que podrían ser las interferencias de la nevera o tal vez los sonidos provenientes de otra galaxia; señales de náufragos, que han tardado miles y millones de años en llegar hasta ella. La apaga y se queda allí sentada, abrazándose las piernas, imaginando que es la tripulante de una nave espacial. Si tan solo las lucecitas del cielo le sirviesen de mapa, como a los astrónomos de la antigua Grecia, que no necesitaban nada más para guiarse que ojos, manos, pies, cabeza.

Se está meando. Le suele pasar, de madrugada. Cuando todo está oscuro y cruzar la autocaravana desde la cama hasta la puerta, a través del espacio minúsculo que dejan los muebles, parece una de esas películas donde los ladrones deben esquivar rayos láser con una serie de movimientos complicados para evitar caer en la trampa. Afuera el sonido de los grillos es ensordecedor. El primer día decía: «Qué silencio».

Pero ahora este silencio se va disolviendo, cada noche que pasa, bajo capas de ruidos que se superponen unas a otras como en los dibujos de la corteza terrestre. El tictac del reloj de pulsera, el zumbido de la nevera, los grillos, las lechuzas, los zorros, sus propios latidos. Tantea con el pie el escalón metálico y desciende hasta tocar la hierba. La brisa de la noche contra la piel desnuda la hace estremecer. Fuera está aún más oscuro. Le gustaría que estuviese lleno de luciérnagas. Aquí no hay ninguna. Nunca hay ninguna en ningún sitio. ¿Dónde viven? ¿Cuál será su hábitat natural? Si las pusiese en un bote de cristal, ¿servirían para proyectar luz? Si, al morirse, les arrancaran los globos oculares de reflejos dorados, ¿brillarían también en la noche? Se aleja un poco y se agacha. Hace un pis largo y caliente. Busca una mata de hojas con la que secarse, pero ¿y si agarra ortigas? Contempla la silueta de la casa que se alza

ante ella recortándose en la noche. Se acerca hasta el porche. Una gotita caliente de orina le baja por la pierna hasta el tobillo, haciéndole cosquillas. Camina con cautela hasta que sus pies tocan la aspereza fresca del suelo de cemento. Coloca la mano sobre una de las columnas de piedra. El techo del porche está en muy buen estado. Cuando su padre decidió arreglar la casa empezó por ahí. La casa por el tejado. Las vigas son firmes y la madera está intacta y sin carcoma. Es un lugar seguro. Intenta pensar en lugares de los que pueda decir que son un lugar seguro. La lista cada vez es más corta. Con la mano nota la cuerda con la que Ariel ha atado la hamaca a la columna. Se acerca y, abriéndola con las dos manos, se tumba. Ahí dentro se siente ligera, flotando sobre el porche, viendo ahora las estrellas, ahora las vigas de madera, mientras se columpia. Hasta que se le cierran los párpados.

Cuando se despierta está tapada con una sábana. El sol le quema uno de los pies, que le cuelga fuera de la hamaca. Oye las voces de sus dos hombres. «Sus-dos-hombres», sorbe con cuidado las palabras como si estuviesen hechas de cristal. Levanta la cabeza y ve cómo se están lavando la ropa en el cubo de plástico que hay junto al pozo. Desnudos. Sus pieles pecosas, esta mañana, parecen dibujar mapas estelares. El sol las ha expandido y oscurecido del ocre al marrón. En cambio, con sus pechos el sol no ha sido tan generoso. Se los observa en la cápsula de la hamaca, que la oculta como una crisálida. Le recuerdan los higos dejados a secar en el árbol. Debería comer más. Los pechos están compuestos de grasa. Tocino, huevos fritos, queso de untar. Se los aprieta con las manos. Nota, por debajo, el relieve de las costillas. Siguen siendo fibrosos, pero han perdido la apariencia que tenían de albaricoques. El suave tacto aterciopelado. Si le saliese un tumor se daría cuenta enseguida. Mira hacia fuera. Su ropa está en la autocaravana. Desde allí le parece de juguete. Una vez, cuando Ariel era pequeño, le regaló una de Lego. Lo que más le gustaba de la fotografía de la caja no era la autocaravana sino todo lo demás: unos abetos y un lago y un pequeño muelle de madera y un pícnic en la hierba. Como si fuese un paisaje de Quebec. Todo lo que, según se leía en la letra

pequeña, figuraba como «no incluido». Ariel no mostró demasiado entusiasmo. Quería una nave espacial. Pero la nave espacial, en la caja, solo estaba rodeada de un espacio negro. Al final fue Ariel el que ayudó a su madre a construirla y no al revés. Cuando la tuvieron montada, la deshizo para convertirla en una nave espacial. Nina de vez en cuando sacaba las instrucciones de la caja original y volvía a construir la autocaravana. Aquí no puede mantener ese orden. Saber en qué cajón está cada cosa.

—Tenemos que ser muy estrictos con el orden. El espacio es muy pequeño —les dijo.

Hablaba del espacio de dentro. Su hijo solo ve el espacio de fuera. Para él nunca ha habido tanto espacio. Nunca ha podido andar tantos metros al aire libre y decir: «Aquí donde estoy sigue siendo mi casa». Puede que tenga razón, y por eso los utensilios, como la cafetera, que ayer quedó apoyada sobre el banco de piedra del porche y que ahora ya no está, podrían estar en un diámetro muy superior al que puede alcanzar con su mirada. Alguien podría haber hecho café en el fogón de la cocina económica de la casa, o fuera, al aire libre, en las brasas, o haber llevado la cafetera a la gran piedra desde donde se pueden contemplar las vistas del pantano para tomárselo ahí y no haberse acordado de volver a dejarla en su sitio. «¿Y cuál sería su sitio?», le preguntaría Iván. ¿Hay lugares oficiales para las cosas? ¿Quién los ha decidido? Lo que rodea la autocaravana está muy lejos de parecerse a la foto de la caja de Lego. Pero aun así están los árboles, el círculo de agua, el pequeño muelle de madera. ¿Tendrá Ariel aún ganas de desmontarla y convertirla en nave espacial? Un físico cuántico al que oía un día por la radio, en la Gran Ciudad, decía que todo debía relativizarse. La

importancia de las cosas. Hablaba de distancias, que la distancia que existe desde la pupila hasta el núcleo de uno de sus átomos es proporcionalmente igual a la que existe desde su pupila hasta el centro del universo. Quizá lo que quería decir es que el infinito existe tanto hacia dentro como hacia fuera, y eso hace aún más complicado encontrar nada.

Al fin ha encontrado la cafetera.

Ha ido a tomarse el café sola a la piedra que tiene vistas al pantano. Sopla la taza. El café ya está tibio, pero es un gesto que le sale automático. Se mira las piernas, un mapa de marcas y costras de sangre, de hematomas. Cada día se levanta pensando: «Tendría que hacer ejercicio, tendría que hacer estiramientos...». Pero al final se pone la mugrienta camiseta de tirantes blanca, los shorts rotos y se sienta a tomar el café, como ahora. El brebaje que la hace volver a la realidad. Lo dice y se ríe de sí misma. Como si la realidad fuese un lugar amable y fascinante, de los que recomiendan los influencers. Ya no hay sitios amables y fascinantes. Están todos abarrotados. Pronto, a los creadores de contenido ya solo les quedarán los lugares más feos, los que nadie visita. Vertederos, naves industriales abandonadas, cementerios de lodos tóxicos, aparcamientos en polígonos, muelles de carga, incineradoras.

Ya no baila. Ya no hace nada con el cuerpo que implique delicadeza. Mover piedras. Cortar leña. Arrancar malas hierbas. De todas formas, nunca habría triunfado como bailarina.

—Tienes que bailar para el público, Nina, y parece que bailes solo para ti misma, hacia dentro. Mira a tus compañeras, síguelas —le exigía el director de la compañía.

Qué ilusa pensar que dedicándose a un trabajo artístico podría ser una revolucionaria. Pero al final no va de eso, la creación de mujeres. Va de hacer lo que se espera de ellas.

—No eres tú quien tiene que destacar, debe ser el conjunto, la obra, la coreografía.

Recuerda cuando estaban ensayando una performance de Bill Viola, y cómo en realidad la obra no era solo de él, sino también de su mujer. Pero ¿quién conocía a Kira Perov? ¿Por qué las obras no estaban firmadas con los nombres de ambos? A lo mejor en algún momento su marido, y su representante, y los señores que le llevaban los negocios le explicaron, con una palmadita en el hombro: «Debes trascender tu individualidad y estar al servicio de algo más elevado». Al final eso más elevado jamás se refiere al prestigio de las mujeres. Leyendo una entrevista en un periódico, la periodista le preguntaba: «¿Le basta con sentirse cocreadora, no necesita ver su nombre en esas obras?». Kira Perov respondía: «Bueno, habría sido agradable el reconocimiento. Pero está bien. Da igual».

Da igual.

Eso es lo que hacen las mujeres, se suicidan, o renuncian o dicen: «Está bien. Da igual».

Se toma el último trago de café. Ya está frío. Mira hacia el pantano. Ojalá fuese verde, azul, turquesa, palabras festivas y crujientes

como palomitas..., o incluso de ese color del que le habló Iván hace tanto tiempo.

En la cúpula de la Ópera todavía parecía resonar el eco de esa palabra. La que dibujaba una sonrisa en la boca de Nina al pronunciar la última sílaba. «Añil». Cada mañana tenía la esperanza de que encontraría a Iván en lo alto del andamio. Pero no había vuelto. Tampoco lo había hecho el equipo de restauradores con bata blanca y pinceles a añadirle el pie que le faltaba a Teseo. No vino nadie más. Un día se llevaron el andamio, pieza a pieza, y eso fue todo. De vez en cuando seguía yendo al patio de butacas y recreaba la voz de Iván, cuando disponía la luz del frontal de modo que pasase a través de la gran araña de lágrimas de cristal, empeñado en recrear el arcoíris hasta que apareciese ese color.

—¿Tú sabes cuál es? ¿Lo has visto alguna vez? Es un tono de azul aterciopelado, mullido, como de fondo marino, allá donde no llega la luz de la superficie y hay plantas ondulantes que parecen tentáculos.

Pero no fue ahí donde volvió a verlo.

El día no era azul ni aterciopelado.

—Sube.

Un coche con las luces encendidas se había detenido y se había abierto la puerta. La voz gritaba a través de la lluvia. Ignorándola, Nina siguió caminando bajo el aguacero. A pesar de que la noche justo empezaba, ese polígono no era el tipo de barrio donde una se detenía a hablar con desconocidos. Los habían hecho salir antes del trabajo porque el agua entraba con tanta fuerza que había anegado todo el suelo del local. El metro también había cerrado por riesgo de inundación. No había taxis. La carretera era un río. El agua le llegaba hasta los tobillos. Fangosa y sucia. El coche avanzó un poco más, siguiéndola. La voz insistía.

—¡Nina! ¡Sube! ¡Está diluviando!

Sonaba como si emergiese de un fondo marino, pero como si este fondo marino estuviese en lo más profundo de un abismo. Se detuvo.

¿Qué hacía ahí? ¿Cómo sabía dónde trabajaba? ¿La había encontrado de casualidad o la seguía por las noches?

—Soy Iván.

El hombre de la cúpula y la promesa de un cobijo.

Los cristales empañados del coche, su aliento, tan cerca, ese recuerdo, de pequeña, dibujando corazones en la ventanilla del coche y su padre regañándola:

—No lo hagas, joder, que luego quedan marcas.

El amor, como si ensuciase.

La lluvia caía con tanta fuerza que apenas se veía nada a través del parabrisas, solo luces alargadas que dibujaban estelas de cometas. Iván parecía mayor. Se había dejado barba. O era la barba lo que le hacía parecer mayor. Desde ahí dentro la ciudad parecía un cuadro de Dalí de formas distorsionadas y gelatinosas que se derretían. ¿Quién era el geólogo, realmente? ¿Podía confiar en él? Era un hombre adulto y enorme. En un momento dado podría llevarla a un descampado, violarla, estrangularla y seguir con su vida. Ocurría a menudo. «Violencia contra las mujeres», lo llamaban así, en pasivo. Nunca hablaban de hombres violentos. No había sujeto en la frase. Era algo que pasaba a las mujeres venido de la nada. Una plaga invisible. Iván tocó un botón y empezó a salir aire caliente. Eso la tranquilizó. Un hombre preocupado por que no se resfriase era improbable que pensase en violarla. El coche era cómodo y silencioso. Abrió la guantera. Solo había los documentos del coche, bien ordenados dentro de una funda de plástico.

—¿Qué buscas?

—Nada, solo miraba si tenías cedés. Para saber qué música te gusta.

—No funciona con cedés. Y, además, es de mi mujer, así que tampoco sabrías qué música me gusta.

Nina sabía que Iván esperaba la pregunta: «¿Y qué música te gusta, entonces?», pero ella ya no estaba más ahí, dentro de un cuadro de Dalí, sino en uno de Escher, donde las escaleras no llevaban a ninguna parte y venían de todas partes, dando vueltas infinitas sin encontrar la salida. Volvió a cerrar la guantera. Sufría por si el agua que la empapaba traspasaba la tapicería del coche. A lo mejor él no la estrangularía, pero su mujer sí.

—¡Menuda tormenta! ¡No se ve nada! —Se habían detenido en un semáforo en rojo, Iván se puso a frotar el cristal delantero con la mano para quitar el vaho y accionó la palanca del parabrisas para aumentar la velocidad—. ¿Dónde vives? Te llevo a casa.

—Déjame en el centro. Cuando hay tormenta no puedo dormir, voy directa a la Ópera.

—¿Cómo vas a ir a la Ópera ahora? No digas tonterías. ¿Y tus padres? ¿Dónde están?

—En ninguna parte.

—¿En ninguna parte? ¿A qué te refieres?

—Pues eso.

—¿Están muertos? Lo siento, Nina. ¿Hay alguien que se ocupe de ti?

El semáforo ya se había puesto en verde, pero Iván seguía mirándola sin arrancar el coche.

—¿Tengo pinta de necesitar que alguien se ocupe de mí?

Al fin puso el coche en marcha. Conducía como si llevase una carga muy frágil.

—¿Cuántos años tienes? ¿Quince, dieciséis?

—Casi dieciocho.

—¿Casi? De acuerdo, escucha, te llevaré a mi casa y así te doy ropa seca, no tardaremos mucho. Cuando amaine te acompañaré a tu casa. ¿Te parece bien? Con la que está cayendo es peligroso conducir.

—Vale.

Se dirigieron hacia las rondas. Dentro de los túneles, el martilleo de la lluvia se detuvo y el coche se llenó de luz anaranjada. Luego tomaron una salida. Nina miró por la ventana. Fuera del túnel seguía lloviendo con furia.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Muchísimo.

—¿Y nunca vas a tu país?

—No.

—¿Ni a ver a tus padres?

—Mis padres tampoco están en ninguna parte..., como los tuyos —le dijo con una sonrisa amarga.

—Oh, vaya...

—Querías escuchar música, ¿verdad? ¿Qué te gusta? —Iván tocó con el dedo la pantalla del coche, iluminándola.

—Electrónica.

—¿Electrónica? Vale..., a ver qué encontramos.

Fue pasando por un abanico de músicas, de tertulias, de Shakira, de hombres del tiempo, hasta que...

—¡Esta! Déjalo aquí. Sube el volumen. Al máximo.

Una pulsación hipnótica y ensordecedora de decibelios empezó a salir de todos los rincones del vehículo haciendo vibrar su carrocería y, en vez de conducir bajo la lluvia, parecía que lo hiciesen a través de explosiones de asteroides. «Este es el tipo de cosas que se hacen cuando tus padres no están en ninguna parte», pensó Nina.

—Vamos, mamá, salgamos. Sin papá. Salgamos, y bailemos, y bebamos un poco —dice Ariel, mostrándole la botella de mezcal.

—¿De dónde has sacado la botella? —Lo mira fijamente con las manos en las caderas. Justo donde la cintura de la falda muestra dos medias lunas de piel que deja al descubierto el viejo maillot negro de lentejuelas doradas. No es una ropa indicada para representar el papel de madre, pero aun así...

—Enrollada en la toalla de Bob Esponja. Sé dónde escondes las botellas, no soy estúpido.

La voz de Iván en su cabeza. Un martillo hidráulico de reproches. Pero lleva tanto tiempo sin bailar...

—Espérame.

Entra en la autocaravana. Hurga dentro de su bolso para encontrar el neceser de maquillaje. Saca un lápiz de kohl con poca punta. Frente al espejo del baño, esquivando el punteado de manchas de óxido, se delinea los párpados con un trazo grueso. El color negro le ilumina las pupilas, haciéndolas más felinas y centelleantes. El kohl lo habían utilizado los egipcios siglos atrás para protegerse de los malos espíritus, sin saber que las sales de plomo que contenía eran tan tóxicas que morirían antes de eso que de una maldición.

—¿Sabes si funcionan los faros de las bicicletas?

Ariel la mira como si fuese la primera vez que la viese maquillada. Y se queda allí, de pie, inmóvil.

—¿Qué? —dice Nina, parándose delante.

—Hostia, estás muy guapa.

—¡Gracias!

—Es que nunca te pintas ni te pones guapa.

Nina piensa que tiene razón. Que también ha estado guardada en una caja al fondo de un armario criando polillas.

—Así vestida no piensas ir en bicicleta, ¿verdad?

Ariel apoya, desafiante, la palma de la mano sobre el vehículo, e insiste:

—Ya sé conducir, me enseñó papá, yo te llevo. Podemos pasar la noche allá abajo.

—Yo conduciré, tú no tienes carné. Pero espérame que iré a decirle adiós a tu padre.

—Hemos quedado en que no le diríamos nada. Nos perderemos la puesta de sol.

—No podemos desaparecer, pensará que nos ha pasado algo.

—Eres una exagerada. Voy tirando —dice, mostrándole las llaves.

Debería detenerlo, pero a veces está harta de hacer de madre. Las notas mentales. Acuérdate: «Si bebemos no podremos conducir a la vuelta». Acuérdate: «La camiseta que lleva puesta Ariel tiene una mancha que habrá que frotar antes de hacer la colada». Es como si el útero tuviese neuronas.

—Vaaaale, ve. Ahora te alcanzo con la bici.

Detrás de ellos, un cielo que pronto mutará en una textura violenta de nubes destripando el cielo al atardecer. Las auroras

boreales que a Nina le dan miedo. Iván se ríe. Se las describe, para hacerle comprender. Dice que el miedo es la falta de conocimiento. El plasma. Las partículas. Los cinturones de radiación. El viento solar. A menudo le recuerdan la imagen de las ecografías que le hacían durante sus revisiones posparto. La autocaravana, con Ariel al volante, arranca con prisa. Apenas comienzan a aparecer las primeras luminiscencias en el cielo. A medida que se aleja nota los pinchazos en el bajo vientre, donde la cicatriz, y piensa en esas personas a las que cortan una pierna y la siguen sintiendo. Un hijo no se pare una sola vez, con cada separación lo siente salir de sus entrañas, partiéndola en dos con un hacha.

Se acerca a la casa. El agujero del tejado, como una brecha en la cabeza, todavía sigue ahí.

—¿Iván? —lo llama desde la puerta.

Él está dentro, en algún sitio. No lo ve. Dentro está oscuro, y frío. Incluso más que fuera.

—¿Hola? ¡Nos vamos!

Algo cruje bajo su pie; se da cuenta con asco de que es un escarabajo. «Se habrá quedado dormido en alguna parte», piensa, pero es incapaz de adentrarse más. Sale al porche, se limpia la suela de la chancleta frotándola contra el cemento y mira en dirección al pantano. El sol está a punto de esconderse. Tenía razón, se perderá la puesta de sol. Pero si coge el atajo que sale de detrás del cobertizo no tardará mucho. Y es ahí, mientras calcula tiempo y distancias, que le parece ver un punto de luz en el otro lado del pantano, donde la antigua colonia de vacaciones. Es solo un instante. Enseguida la penumbra del crepúsculo vuelve a tragárselo todo.

Deja la bicicleta reclinada al borde de la carretera, junto a la autocaravana. Unos metros más allá distingue la silueta oscura de su hijo. Está sentado en el suelo. Tiene la botella de mezcal a su lado. Tararea algo. Ahora agarra una piedra redonda y plana con la mano, toma impulso con el brazo y la tira hacia la orilla, haciéndola rebotar varias veces contra la superficie del agua. Nina repasa el horizonte, escaneándolo. Al otro lado del pantano, donde el pequeño muelle, donde las casas fantasmas, solo hay un montón de sombras. Podría haber alguien escondido, pero ¿con qué propósito?

—¿Sabes que el mezcal se saca de un cactus? —grita Ariel, que se gira al oírla llegar—. Lo pone en la etiqueta. Los humanos somos capaces de destilar cualquier mierda.

Nina asiente y abre la puerta de la autocaravana. Sabe perfectamente dónde está escondida la escopeta de caza. Debería hacer algo, Ariel podría encontrarla en cualquier momento, de la misma forma que ha encontrado la botella de mezcal. Sobre el asiento del conductor está el estuche de cedés. También su viejo discman. Abre la cremallera del estuche y va pasando las páginas plastificadas hasta que encuentra lo que busca. Lo inserta en el aparato, se pone los cascos y sube el volumen al máximo. *Firestarter*, de The Prodigy, explota contra los cortantes de la

montaña. Los ritmos narcóticos y metálicos golpean cada inflexión de aquella parte del oído interno que le recuerda un fósil de amonita, como los que hay incrustados en los estratos de roca. Y quizá estos también se agitan, vibrando dentro de su sepulcro rocoso de cuatrocientos millones de años.

Nina baja del vehículo blandiendo el discman en el aire.

—¡Estamos solos! —grita.

«Este es el tipo de cosas que se hacen cuando los padres no están», quiere decirle. Entonces se da cuenta de que ella forma parte de estos «padres» y deglute la frase como un eructo con sabor a hiel.

—¡Ven! —lo llama ella.

Ariel camina hacia Nina con las manos en los bolsillos. De vez en cuando hace un gesto con la cabeza para apartarse el cabello despeinado de la cara. Nina se da cuenta de lo bello que es. Se pregunta si Iván era así, un ciervo, a los dieciséis años.

—¿Bailamos? —le propone ella, pasándole uno de los auriculares y poniéndoselo en la oreja.

Él se encoge de hombros. Arranca un junco, se lo mete en la boca y chupa la raíz.

—¡Venga, bailemos! —dice tendiéndole la mano, invitándole a acercarse.

—Cuando bailas me das miedo. No pareces tú.

—De eso se trata. Bailar es tratar de escapar de ti mismo. Será que nunca has bailado de verdad.

Le coge la botella, la destapa y da un trago. El intenso gusto ahumado y terroso le recorre la garganta. Podría imaginar su trayecto por la faringe y el esófago. A cada paso, es como si floreciese una buganvilla con estallidos de sangre.

—¡Claro que he bailado de verdad!

—¿Eso es lo que piensas? Bailar de verdad es vaciarse por dentro, hasta las vísceras, hasta resbalar en tu propio charco de sudor.

Bailar de verdad es moverse como si del movimiento de tu cuerpo dependiera la rotación de los astros, la traslación de la Tierra, el amanecer y el atardecer, las estaciones, los cumpleaños. Es mirarte en el reflejo de un espejo, de una ventana entreabierta, de un retrovisor, por la noche, y pensar que no eres tú, que se trata de algo salido de una cueva o una selva. Es olvidar la forma de tu cuerpo, las letras de tu nombre. Es sincronizarte con el eco de las radiaciones electromagnéticas de Saturno. Bailar de verdad es agitarte hasta convertirte solo en piel, en ganas de abrazarte a algo, de expandirte como un haz de luz. Es convertirte en una bestia con pelo y garras. En el rugido de un glaciar patagónico de reflejos irisados al partirse. Solo entonces —se detiene Nina, que da otro trago de la botella— sabes que has bailado de verdad.

Aparta bruscamente la manta que la ahoga. Está acalorada y mareada. Y con este movimiento, su brazo choca con alguien que duerme a su lado. Es Iván. Sus labios cuarteados, algo abiertos, asomando entre los pelos de su barba rojiza, parecen una planta carnívora. ¿Cuándo llegó? No lo recuerda. Al levantarse, los efectos del mezcal le golpean con un martillazo la cabeza. Se lleva las manos a las sienes y se las aprieta con fuerza. Sale de la autocaravana. Aún es noche cerrada. Ariel duerme fuera, un poco apartado, enroscado en una manta. Necesita algo helado. Se quita la ropa y se dirige corriendo hacia el agua. Se zambulle de un salto. Bucea en apnea hasta que el frío le ha impregnado todos los tejidos, y sale a la superficie. Flotando en el agua, mira hacia arriba, la franja de cielo que queda entre las dos aristas de la montaña. Es ridículo que, siendo el espacio infinito, no tengan más opción que este planeta. Se pregunta si su cuerpo, visto desde la superficie, se verá fosforescente como el de las sirenas de los frescos de la cúpula de la antigua Ópera. Se pregunta cuánta gente nada de noche en pantanos, en lagos, en océanos. Cuánta gente nada en la oscuridad. La cantidad de tiempo que se pierde haciendo cosas sin importancia, y después te mueres. Cosas como aplastar el arroz glutinoso sobre el alga nori, comparar las prestaciones de irrigadores dentales.

Banalidades ridículas. Esto no es solo un chapuzón para quitarse el calor, está volviendo a ese lugar del que vienen las mujeres, oscuro y húmedo, limo y arcilla. Quizás, en el fondo, las mujeres son medio humanas medio reptiles, porque, por muchas cosas que les quiten, las lagartijas a las que cortan la cola, como Penélope y el telar, han aprendido a crear nuevos tejidos para ir llenando esos vacíos. Regresa a la costa. Nota los gemelos endureciéndose por el esfuerzo de avanzar entre las aguas, sobre el suelo arcilloso, donde las plantas de los pies se le aferran como lapas. Llega a la orilla y camina en dirección al vehículo. Regresa a la cama, donde duerme Iván, y desliza la manta un poco hacia abajo, con sumo cuidado de no despertarlo. El agua fría que gotea de su cabello hace que se agite un poco en sueños. Le deshace el nudo de los pantalones tailandeses de algodón. No lleva nada más debajo. Le acaricia suavemente el pene. A oscuras, ya no ve a Iván. Solo ve un cuerpo de hombre, grande y deseable. Un cuerpo que podría utilizar. Servirse. Como se sirven tantos hombres de ellas. Solo para ver qué se siente.

Su cabello también goteaba esa noche, la del diluvio.

—Hemos llegado —dijo Iván, apagando la música electrónica y reduciendo la velocidad del coche. Nina nunca había estado en la parte alta de la Gran Ciudad, donde el cemento dejaba lugar a plataneros centenarios, clubs de tenis, escuelas británicas, embajadas y edificios rodeados de densos jardines: kentias, aves del paraíso, magnolias, que se agitaban con violencia bajo el aguacero. Iván se metió en un aparcamiento. Los vaqueros empapados de Nina se le adherían al cuerpo como un traje de neopreno. Tenía las Dr. Martens cubiertas de barro. Ya no le parecía tan buena idea subir a su casa. Pero el coche se dirigía hacia dentro con ese silencio de los veleros o parapentes. Luces fluorescentes se encendieron emitiendo un zumbido. A ambos lados, coches aparcados grandes, negros y brillantes. Algunos estaban tapados con fundas, como cadáveres en una morgue. Al fondo, junto a una autocaravana antigua de color crudo con dos franjas marrones laterales, Iván hizo una maniobra para estacionar en la plaza vacía y, a continuación, apagó el coche. Nina bajó y fue a mirar a través de la ventanilla de la autocaravana. Se veía una cocina pequeña y funcional, una mesa, un sillón tapizado con una tela de margaritas algo descolorida. De pequeña soñaba con pasar las vacaciones en uno de esos trastos.

Dentro parecía de juguete. Con ese halo de irrealidad de los cuentos. De familias que, de tanto estar juntas y quererse, hasta sincronizaban los latidos de sus corazones.

—Es una Hymer bastante vieja, pero todavía tira —dijo Iván tras ella—. ¿Te gusta?

—¿Es tuya?

—De mi mujer.

—Todo es de tu mujer.

—Soy de Bielorrusia. De pequeños nos enviaban aquí, en verano, de vacaciones, por temas de salud, después del accidente nuclear. Para respirar aire más puro y eso. Su familia me acogía. Tenían una casa en la costa. Más adelante me pagaron los estudios. La universidad. Nos conocemos desde pequeños.

Nina no quiso preguntarle si sus padres murieron por la radiación.

—Sube, te dejaré ropa seca.

—En serio que no hace falta.

Alrededor de Nina se había ido creando un charco. Temblaba. En el aparcamiento hacía un frío helador.

—Sígueme.

Salieron al vestíbulo. Iván le abrió la puerta del ascensor, la hizo entrar y apretó el botón del último piso.

—Ella duerme —le había advertido.

Ella. La mujer. Nina, en cambio, le debía de parecer una niña. Casi dieciocho años. ¿Casi? Juraría que se había burlado de ella. ¿Cuántos años tendría Iván? ¿Veinticinco? ¿Casi treinta?

—Espérate aquí.

Había dejado la puerta entreabierta. Espió por la ranura. En su interior, un enjambre de plantas y un enorme ventanal que ocupaba toda la pared. La hiedra de la fachada se había extendido y cubría algunas partes, pero aun así no conseguía esconder las vistas de las luces de la ciudad a través del agua de la lluvia. Ese salón, otra vez Dalí; *Taxi lluvioso*. En cualquier momento empezarían a subírsele cientos de caracoles por su cuerpo empapado.

Iván apareció de nuevo a su lado. Abrió un poco más la puerta.

—Pasa —dijo en voz baja.

Le acercó una toalla blanca y un chándal, doblados de esa manera en que doblan la ropa en las tiendas buenas. Cuando Nina lo cogió, notó la mano de él que rozaba la suya por entre la ropa plegada, que olía a suavizante de lavanda. La toalla era demasiado blanca. La mano de Iván era demasiado grande. Quizá no era la toalla, quizás eran las manos de Iván lo que era esponjoso y olía a lavanda.

—¿Eres tú?

La mujer a la que no tenían que despertar se había despertado. Se la oía a través de una puerta cerrada.

Tenía que salir de ahí, pensó Nina. Necesitaba aire. Necesitaba sentir el frío, la lluvia, que volvía a caer con fuerza, repicando sobre el follaje que cubría la casa, con un sonido que debía de ser similar al de una tormenta en medio del Amazonas. Salió del piso. Hacia el tramo de escaleras. Doce pisos. La luz se apagó antes de llegar abajo. Con la mano rozando la pared de mármol, fría y lisa, siguió bajando a oscuras, hasta el rellano de la entrada. El vestíbulo. La puerta de cristal. Encima de un sofá chéster dejó la toalla. Se dirigió a la puerta de la calle. Corría con la ropa mojada, las botas embarradas. Llovía, pero no se daba cuenta del agua que la empapaba y le anegaba la vista. Apenas estaba empezando a cruzar la avenida cuando oyó unos pasos corriendo detrás de ella. Se volvió para ver si Iván la seguía y fue entonces cuando escuchó un fuerte grito.

—¡Nina!

Y, a continuación, un brutal tirón hacia atrás. El claxon de un coche que casi se la lleva por delante. El zumbido del motor pasando a toda velocidad cerca de su cuerpo. Estaba cruzando sin mirar. Pero ¿acaso no llevaba años cruzando, corriendo, huyendo sin mirar? Hasta un rato después, cuando su corazón se hubo calmado y su respiración dejó de ser un jadeo acelerado, no se dio cuenta de que estaba dentro de unos brazos. Y cómo ese instante se iba alargando, deteniendo el tiempo. Y la lluvia. Los dos, inmóviles, ante un paso de peatones con un semáforo que iba cambiando de verde a naranja, a rojo y de nuevo a verde. Por unos momentos, Nina pensó

que no era el hombre el que la sostenía a ella, sino que era ella la que sostenía al hombre.

Después —un después que pareció un siglo— él dijo:

—Ven, te llevaré a tu casa.

Y sonaba parecido a cuando era pequeña y jugaba con su hermano al escondite y, tocando con la mano la pared, gritaba «¡casa!» y se salvaba.

—Deberíamos utilizar la autocaravana solo para cosas importantes. Bailar y emborracharse en el pantano no lo es.

Lo ha dicho él y se lo dice la vocecita, la que nunca se calla y le taladra el tímpano.

En cada curva, y hay muchas porque la carretera es una jodida broma serpenteante, a Nina le viene un mareo.

—No quieres entrar en la casa y te metes de noche en el pantano, solo les tienes miedo a los peligros imaginarios.

Su estómago se queja, hace ruidos. Le pide que pare. Abre la puerta y, de un salto, corre hacia unos matorrales. Escupe un chorro de líquido caliente y agrio que queda colgado y deshilachado entre los tallos.

Cuando regresa al vehículo se nota ligera. Cierra los ojos para sumergirse en la sensación de vacío. No hay nada que pese, que palpite. Ningún nudo en el estómago ni en la garganta. Solo se siente así después de sacarlo todo. Por eso se da cuenta de que, de repente, tiene un hambre atroz. Se comería un desayuno de domingo. ¿Es domingo hoy? Tendría que calcularlo. Le da demasiada pereza. Nota cómo le han huido las fuerzas. Ariel e Iván también fantasean con lo que se comerían si estuviesen en uno de esos hoteles de la costa con todo incluido.

«Yo me comería un hígado de pato crudo. Con las manos», piensa Nina. Con esas mismas manos de uñas rotas y roñosas.

Hace mucho que no tienen ingresos suficientes como para poder comer hígado de pato sin sentirse culpables por el dispendio. La gente que sí tiene dinero suficiente, que sí pueden comer hígado de pato con la despreocupación necesaria, que pueden comerlo cada domingo para desayunar, dicen: «No, yo no como hígado de pato por respeto a los patos». Lo dicen en el restaurante con estrellas Michelin, sosteniendo el menú abierto enfrente de su cara, y hablando de justicia animal. Y puede que uno de ellos sea el señor del Mercedes, con el traje de Emidio Tucci, que no quiso arreglar las grietas del edificio porque así podría echar a los inquilinos de toda la vida, reformarlo y alquilarlo a nómadas digitales. Pero los patos, oh, los pobres patos.

A Nina también le dan pena, pero no puede sino salivar pensando en sus hígados hipertrofiados y sobrealimentados.

—Pan —dice, finalmente, recordando que queda pan seco.

—¿Queda queso, mamá?

—No.

—¿Fuet?

—No.

—¿Y huevos?

En el vehículo se hace un silencio. Cada vez quedan menos cosas y nadie sabe si este *menos* llegará a ser en algún momento *nada*.

Lleva días trabajando en el agujero del tejado. Nina toma aire y se encamina hacia la casa, saliendo de su perímetro de seguridad imaginario, cogiendo con las dos manos la bandeja con los bocadillos de tortillas minúsculas hechas con los huevos de las palomas que anidan entre las vigas del cobertizo y los vasos de agua. Se acerca a la puerta, bajo el porche, donde el sol ya no quema, y le llega la atmósfera fresca de la casa y también el olor a humedad, que no sabe de dónde viene ni si se irá nunca. Piensa que en cuanto llegue el frío y pongan en marcha la chimenea..., pero ¿cuánto falta aún para el invierno?

—¿Subes? Estamos muertos de hambre.

Ve la escalera desde el umbral. La estabilidad de los escalones de piedra, que no se hundirán nunca.

Sujetando con una mano la bandeja y estirando su cuerpo de bailarina, flexible como un junco, consigue dejar el plato de los bocadillos y los dos vasos en el segundo escalón sin moverse de donde está ni derramar ni una sola gota.

La auténtica libertad, piensa a menudo, es estar en un lugar donde la gente que la quiere no pueda encontrarla. Ha venido sola al pantano. Nada un metro, dos, seis, quince, hasta que los pulmones la obligan a sacar la cabeza y hacer una gran inspiración. No es hasta entonces que se da cuenta de cómo se ha alejado de la costa. Desde donde está, la orilla se ve más pequeña, encajada en medio de las grandes rocas que se han ido desprendiendo del acantilado. Piensa que todavía puede nadar un poco más, hacia la otra orilla, metiéndose en medio del espejo de agua, justo donde la garganta líquida se traga a la gente. El agua va cambiando de tonalidad, ahora gris, ahora petróleo, ahora negra, dependiendo del fondo arcilloso. De vez en cuando se sumerge, pero no nota ninguna fuerza gravitatoria que la succione.

Ya se ha alejado lo suficiente, piensa, es hora de volver. Se detiene y se dispone a nadar otra vez hacia la línea de piedras, y es entonces cuando le parece ver a alguien. Es solo un instante. Ha entrado en una de las casas de la colonia abandonada y ha desaparecido de su campo visual. Está demasiado lejos para decir si era una persona o un animal grande. Desde que toda esa zona está abandonada se

han avistado incluso osos. Presta atención, pero no oye nada, más allá de la banda sonora del paisaje. De repente tiene prisa por volver, y no es tanto por lo que ha visto sino por otras cosas que le pasan por la cabeza, como que algo desconocido le tire del tobillo hacia el fondo y que nadie pueda oír sus gritos. O quizá sea más por ese alguien desconocido que sí los pueda oír.

Deja el cubo de plástico en el suelo, junto al pozo, se arrodilla e inclina la cabeza hacia delante. A pesar del calor, el agua helada le da migraña. Se huele el cabello para comprobar que esté limpio. El agua del pantano le deja un tufo de algas podridas. Se seca con la toalla y se la pone enroscada como un turbante. Se encamina hacia la autocaravana a buscar el peine. Cuando se lo enjabona, el cabello le queda hecho un lío imposible de nudos. Al meterse dentro, ve el cuaderno de dibujo de Ariel abierto sobre la mesa. Se acerca vigilando si él está cerca..., pero justo en ese momento una mano cierra la página. No se había dado cuenta de que estaba escondido debajo de la mesa.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía calor. Buscaba un sitio donde estar solo.

—Si es por lugares solitarios, estás de suerte. Esto es como un parque temático de la soledad.

Pero se da cuenta, por las dos líneas finitas que se le dibujan en el entrecejo, que su hijo no está de humor. Sale de debajo de la mesa y se sienta en el banco acolchado. Se frota los ojos y bosteza. Nina se pregunta cuántas horas puede llegar a dormir un adolescente. Ariel hace un gesto para acercar un poco más el cuaderno y ponerlo en su cuadrante de mesa, alejándolo de su madre.

—¿Hubiese sido peor quedarnos?

—Quedarnos ¿dónde? Nos desalojaron, no teníamos ningún otro lugar adonde ir —dice sentándose enfrente de él.

Quiere darle espacio. No deben de ser ese tipo de familias que necesitan sincronizar las funciones vitales.

—¿No tengo abuelos? ¿Tíos? ¿Tampoco en Bielorrusia? ¿Por qué no tenemos a nadie? ¿Qué le pasó a tu hermano? —Ariel abre y cierra la tapa del cuaderno. No puede soportar la quietud, igual que ella, tiene que crear de algún modo pequeños movimientos para no sentir el vacío donde rebota el eco de las voces interiores.

—Tenía dieciséis años, como tú. Él pensaba que era mayor, pero era un niño.

Nota cómo le pesa la cabeza, por la toalla que lleva enroscada. O a lo mejor no es solo por la toalla.

—Yo no soy un niño.

—Lo siento, no quería decir eso.

—Siempre idolatras a tu hermano, pero ¿dónde estaba cuando tu padre te obligaba a hacer todo eso que me cuentas? ¡Dime! ¿Hacerte conducir sin carné porque estaba borracho? ¿Ir a cazar y tener que arrastrar los cadáveres de los animales hasta el cobertizo? ¿Limpiar la suciedad de la casa? ¿Dónde estaba? ¿Encerrado en su habitación leyendo? Me has contado que se fue porque no soportaba ese tipo de vida. Te dejó sola, ¿y dónde está ahora? ¿Por qué no ha vuelto nunca? ¿Por qué no ha querido conocerme? ¡Es un cobarde! Cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde...

Nina mira el cuaderno. Cuando se lo regaló pensaba: «Todo lo que vierta allí ya no te lo arrojará a la cara». Pensaba...

—... cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde, cobarde...

—¡Basta! —grita.

Ariel calla.

Alarga los brazos hacia delante por encima de la mesa, arrastrando las palmas de las manos. «Dieciséis años», piensa. Los de Ariel, como los de su hermano. Se pregunta si la mayoría de las personas que se matan no estarán matando a la persona equivocada.

Ha esperado a que Ariel se fuese. Nina abre el cuaderno, lo hojea, y se da cuenta de que lo que no quería que viese no era lo que había dibujado sino lo que no había dibujado. No oye que ha vuelto a entrar hasta que nota el tirón en las manos y el cuaderno que desaparece de su campo visual.

—Te iría bien dibujar un poco todos los días. Como quien escribe un diario —le dice Nina.

—Los que escribían diarios se morían —protesta Ariel, saliendo por la puerta.

—Y los que no los escribían no, ¿verdad? —le grita.

Pero él ya se ha ido.

Recuerda las libretas de tapas negras de su hermano. Las libretas vómito, las libretas montaña de escombros. Su escritura sísmica e ininteligible de zurdo. «¿Y si en realidad tampoco escribía nada? ¿Y si solo eran garabatos sin sentido?».

Puede que Ariel tenga razón y un diario sea como una nota de suicidio en fascículos.

Se mira las manos vacías y se da cuenta de que las sigue teniendo hacia arriba, sujetando un libro invisible. Hay gente que tiene ese don, que puede leer las líneas de las manos como si fuesen un libro de instrucciones sobre el destino. Ella no. No tiene ninguna pista

sobre lo que vendrá. Mira por la ventanilla la silueta de su hijo a contraluz, sus extremidades flacas y largas se confunden con las ramas afiladas de los arbustos por donde se abre paso.

—Todos queremos estar siempre en otra parte. —Y en realidad no sabe si se lo dice a su hijo o a su propio reflejo en el cristal, que se fusiona a la vez con el paisaje de fuera.

A veces duda si está capacitada para ser madre de un adolescente. Se limita a hacer las cosas y a esperar a ver qué pasa.

Tener un hijo. Un hijo que se hiciese hombre, que cumpliese dieciséis años para ser capaz de salvarlo del mundo, como quien recorta una figura de papel, arrancándola del inmenso vacío del espacio en blanco.

Golpea con la azada, pero la parte de hierro sale disparada del mango. Quiere sacar la malva que ha enraizado con furia, pero no hace más que golpear contra piedras enterradas. Sabe que Iván se está mordiendo la lengua para evitar preguntarle si necesita ayuda. Porque ella es una mujer fuerte. Una mujer que sabe cómo apañárselas sola.

Pero de repente está muy cansada. Mira cómo ellos trabajan sin descanso. Tienen la fuerza de un hombre. Nina tiene la fuerza de una mujer y eso no sabe si la capacita para quitar piedras. Pero como los hombres las levantan, ella se ve forzada a levantarlas, como obedeciendo las voces de miles de mujeres que estuviesen detrás de ella gritándole: «Tienes que hacerlo, tienes que demostrar que las mujeres también podemos». Iván en ningún momento ha dudado de ella. No le ha dicho: «Ve a tumbarte un rato que ya lo hago yo». Él desea ser justo en nombre de vete a saber qué mandato igualitario, como si aquí importase demasiado. Toda esta lucha la cabrea. Quiere volver a gozar del privilegio de ser mujer. Él tiene la fuerza física, él debe asumir estas cosas. Él tiene la fuerza de la casa; Nina, la de la zarza que crece a su alrededor.

No ha tenido más remedio que refugiarse buscando el frescor del cobertizo. Hace días que el cuerpo le pesa. Se nota los pechos hinchados y doloridos. Se los abraza. De alguna forma, cuando cierra los ojos, vuelve a estar en ese paso de peatones de la Gran Ciudad, frente al semáforo que cambiaba de color, dentro de los brazos de Iván. Un abrazo que fue mejor que cualquiera de los besos y del sexo que vinieron después y que lleva adherido al cuerpo, como las bolitas de esa planta que se le enganchan a la ropa como un velcro cada vez que se abre paso campo a través.

Ese fue su Everest. Ahí plantaron la bandera. Todo lo que vino a partir de entonces no fue más que un lento y pesado descenso.

«Ven, te llevaré a casa».

Aquella noche Nina deseó que no llegasen nunca a su portal. Parecía que lo deseaban ambos, porque Iván conducía muy despacio. A través del cristal mojado, las luces de las avenidas formaban halos como estrellas de Navidad. Iván cogió las rondas y se encaminó hacia la periferia. Kilómetros más allá, tomó la salida que llevaba a su barrio, una zona de pisos feos, bazares, locutorios, supermercados abiertos las veinticuatro horas y sucursales bancarias llenas de grafitis que habían cerrado para siempre. Se dio cuenta del contraste con el barrio de Iván, rebosante de vida vegetal. Era como si hubiesen descendido al inframundo. En el coche sonaba Radiohead y, según cómo, parecía que fuese la ciudad la que se desplazase por la ventana, y no ellos. El falsete agudo de Thom Yorke parecía decirle: «Comprendo tu devastación», el profundo desengaño de intentar amar a hombres que estaban fuera de su alcance.

—Ya llegamos —le dijo, mirando el punto que le marcaba el GPS del coche.

—Sí, es ahí —le indicó ella señalando un edificio de tres plantas de los años ochenta, de color beige, donde el arquitecto no parecía haber puesto ningún tipo de esfuerzo.

La desolación de los malditos Radiohead que no paraban de lamentarse a través del estéreo del coche. Lo habría destrozado a patadas con las botas militares. «Dejad-de-puto-quejaros». Iván detuvo el coche en una zona de carga y descarga. Al apagar el motor, todo quedó en silencio.

—Deberías haberte puesto la ropa seca que te he dado. Estás temblando.

Un chándal demasiado blanco, demasiado nuevo, demasiado grande para ella, que era tan pequeña, solo para que él pensase: «Le sienta mejor a mi mujer». «¿La quieres?», quería preguntarle. Pero ¿de qué serviría? ¿De qué servía amar? ¿A ella le había servido alguna vez?

—Bueno, gracias por traerme.

Iván también bajó. La acompañó hasta la puerta del edificio.

—Entra rápido. No cojas frío.

Tenía razón, hacía frío. Pero no, no era frío. El frío era en realidad la necesidad de ser abrazada. Pero los brazos de Iván colgaban a ambos lados de su cuerpo y no hicieron ningún gesto para abrazarla de nuevo. Quizá temía que el abrazo le dejase marcas, igual que en los cristales del coche de su padre cuando, de pequeña, dibujaba corazones. (El amor, como si ensuciase). Los corintios, en la Biblia, que era el único libro que había por casa cuando era pequeña, decían que quien tenía amor era capaz de aguantarlo todo, pero ellos ya habían aguantado demasiado y eran como los seres mitológicos de la cúpula que las inclemencias del tiempo habían ido desintegrando.

Cerró la puerta de la entrada dejándolo a él fuera y subió las escaleras de terrazo hasta el segundo piso. Metió la llave en la

cerradura y entró. Se dirigió al balcón de la sala, que estaba a oscuras. Lo espió a través de la puerta corredera de cristal. Las compañeras de piso hacía rato que dormían. El coche seguía ahí aparcado. De hecho, estuvo un tiempo largo.

Ahora ya sabe lo que debía de estar pensando en el coche, esa madrugada. Se diría a sí mismo que la salvaría. Que aquel sería el objetivo de su vida, que por fin había encontrado uno. Salvarla a ella como salvar al mundo. Nunca habría imaginado hasta dónde lo llevaría su decisión y la cantidad de cosas que tendría que dejar por el camino.

—¿Qué haces en el cobertizo? ¿Te encuentras bien?

—Necesitaba algo de sombra, no es nada.

Sin abrir los ojos presta atención a los pozos blandos donde se amoldan sus nalgas. Está sentada sobre un saco que podría ser de harina, o de cemento, o de una arena finísima. A medida que mueve las nalgas, dibuja nuevos relieves, creando un jardincito zen de cráteres.

—¿Nada? ¿NADA? —Iván mira hacia fuera, quizá comprobando estas cuestiones que ocupan a los hombres: latitudes, altitudes, ángulos...—. Mira, Nina, a mí la casa me da igual. Si te parece insoportable este sitio, nos vamos. Pero que sepas que no puedes pasarte la vida huyendo. En algún momento tendrás que quedarte y afrontar la realidad.

—A lo mejor tu realidad es mucho mejor que la mía.

—¿La mía? ¿La tuya? ¿De qué hablas? Somos una familia, Nina. Estamos juntos en esto.

A lo mejor sí, piensa Nina, a lo mejor es más fácil soltarse, hundirse en aquella realidad, que tratar de escapar de lo que sea que intenta tragársela.

—Ya me debería haber venido la regla. No llevo la cuenta exacta, de hecho, no sé ni en qué día estamos, pero... hace semanas.

—¿Estás segura? En el hospital dijeron...

—Sí, sé que es imposible que esté embarazada —dice Nina, interrumpiéndolo—. Tienes razón. Será el calor o la falta de vitaminas...

Iván se ha alejado de la oscuridad, con las manos en los bolsillos, frota la suela de los zapatos contra el suelo de cemento, como si así pudiese borrar las manchas de sangre que solidificaron pasando a formar parte de la misma piedra.

—No lo sé, Iván, hace siglos que no usamos condones. Pero nunca ha pasado nada.

Iván deja de frotar la piedra. Aún con las manos en los bolsillos, mira hacia donde está ella:

—Hace dieciséis años de todo aquello, puede que te hayas curado.

—¿Y si estuviese embarazada? Los médicos dijeron que podría ser peligroso.

—¿Por eso fuiste a emborracharte al pantano? ¿Porque estabas asustada?

Iván apoya las manos en el umbral de la puerta y se inclina hacia dentro, su respiración agitada llega hasta donde está Nina, que sigue sentada sobre el saco, preguntándose si el polvo que contiene será de algo vivo o de algo muerto.

—Solo quería bailar.

Nina evoca las sirenas de los frescos, su capacidad de seducir y, al mismo tiempo, su incapacidad de engendrar, y si era aquello lo que atraía a los marineros, si era aquello lo que sedujo a Iván, esa noche, donde brillaba como las escamas doradas de las criaturas mitológicas que provocaban el ahogamiento de los hombres.

Tenía diecinueve años. Había pasado más de un año desde la última vez que se habían visto. Ya había dejado de mirar cada coche blanco que pasaba, de madrugada, volviendo del trabajo, esperando uno que frenase, abriese la puerta y, por encima de los lamentos de Thom Yorke, gritase:

—¡Nina!

Sin embargo, había algo en esa noche que hacía que no se quitase a Iván de la cabeza. Todo parecía mandarle señales: los destellos cegadores de las luces estroboscópicas, los cercos de las copas en las mesas que brillaban como pupilas dilatadas, las lentejuelas doradas que se había cosido una a una en el maillot negro hasta perder la sensibilidad de los dedos y que le recordaban las escamas de las sirenas de la cúpula. Centelleaba como las botellas de champán que metía en cubiteras y llevaba con un tintineo festivo de cubitos de hielo, escaleras arriba, hacia el reservado donde tendría lugar una fiesta privada. Les habían prometido un montón de propinas. Nina necesitaba el dinero. En la Ópera habían cancelado provisionalmente las funciones de danza porque el techo de la cúpula había sufrido nuevos desprendimientos.

—¿Tú no eras bailarina? —le había preguntado el encargado del local cogiéndole la bandeja al vuelo—. Pues hoy quiero que bailes.

Las yemas de los dedos seguían dormidas cuando se contoneaba al son de la música sobre un podio que se elevaba un metro por encima de la pista de baile, Nina agitaba las manos para hacer circular de nuevo la sangre, pero los dedos y la mano y el brazo y el cuerpo entero parecían disociarse de ella. «Bailar es tratar de escapar de ti misma». Alejó las puntas de los dedos hacia arriba, hacia los flashes de luz, hacia la bola plateada de espejos que formaba pequeños halos con los colores del arcoíris. Un foco iba y venía iluminándolas a ella y a las demás bailarinas, después se desplazó haciendo un movimiento circular por encima del público de la sala para ascender a continuación por las paredes de diez metros de altura hasta el balcón de la zona vip, que, con forma de media luna, daba a la pista de baile. El efecto de los flashes hacía que todo se viese como en un pase de diapositivas en blanco y negro a un ritmo frenético, por eso Nina no estaba tan segura de haberlo visto, ahí arriba, asomado al balcón. Hasta que la voz del hombre la llamó. El bum del tecno hacía imposible oír nada, sin embargo, en sus labios le pareció leer:

«Nina».

Y la magia, la lluvia de Perseidas.

El cuerpo de Nina se detuvo y lo sentía ligero, flotando, y a la vez pesado como un ancla. Una ballena blanca recién cazada y él, el capitán Ahab, en la cubierta de proa observando a su presa. Al cabo de un rato el foco descendió de nuevo hacia la pista, al mar de cabezas en movimiento. Tenía que seguir bailando. Pero se había quedado paralizada. Unas pulsaciones le martilleaban en las sienes y no sabía si era de la música o de los latidos de su corazón. Tenía que comprobar que era él. Que no era una alucinación.

Aterrizó sobre la pista con los zapatos de tacón en la mano. El encargado fue tras ella, pidiéndole explicaciones mientras llamaba a otra de las gogós para que ocupase el podio vacío. Nina se escabulló de su vista, confundiéndose con el mar de gente, y se dirigió hacia las escaleras de la zona vip, pero un empleado de seguridad le cerró el paso. Era una fiesta privada, le dijo.

—Trabajo aquí —dijo ella—. Soy la camarera, me habrás visto todas las noches detrás de la barra.

Que lo sentía, que no podían hacer excepciones. Resignada, fue a buscar sus cosas al guardarropa y se sentó con la chaqueta de chándal abrochada y los zapatos en la mano en uno de los sofás más apartados, junto a una pareja que se magreaba. Al verlos meterse las lenguas en las bocas, los ojos cerrados, las manos perdiéndose dentro de la ropa holgada y llena de orificios donde explorar y adentrarse, Nina comprendió que Iván no estaría solo. Seguramente estaría con su mujer. Tomarían unas cuantas copas de champán francés y después se irían al ático de las vistas a hacer el amor en el sofá de la sala. Él le hablaría, susurrando, en su lengua materna y ella no entendería nada, pero la haría reír, de la misma manera en que la hacía reír cuando eran adolescentes y la visitaba cada verano. ¿Qué hacía allí, entonces? ¿Qué sentido tenía esperarle? ¿Qué le diría? «Hola, Iván». «Hola, Nina, mira, os presento. Esta es mi mujer. Esta es la chica que vino a casa la noche del diluvio, toda empapada». «Ridículo», se dijo. En las sienes empezó esa sensación familiar del hormigueo, las palpitaciones, la tensión. Pronto llegaría el dolor de cabeza. El moño le tiraba demasiado de las raíces del cabello, así que se arrancó la goma y se lo soltó. Desatado, se expandía a su alrededor creando volúmenes

extraños de ondas y nudos que recordaban nidos de pájaros. A su lado, la pareja hablaba en voz baja. A lo mejor se reían de ella. De su aspecto sórdido. La chica la cogió de la barbilla y le hizo girar el rostro para mostrárselo al chico. Hablaban de sus ojos. Ojos amarillos. Ya no sentía que la purpurina dorada que la cubría fuesen las escamas de un pez sino las de un reptil. De un tirón, Nina cogió su bolso, se lo colgó en la espalda y se dirigió hacia la salida. Andaba descalza intentando vencer la gravedad de la masa blanda en la que se había convertido el suelo. Entonces, volvió a verlo. Al fondo, frente a la puerta de salida, bajo el cartel luminoso de EXIT. Se miraron, desde la distancia, y por unos segundos, la bola plateada del techo pareció convertirse en la gran araña de lágrimas de cristal de la Ópera. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para confirmar que era él, el hombre volvió a sonreír y le sujetó la pesada puerta metálica que conducía a la calle. Era casi de día y la ciudad explotaba de luz.

Por unos instantes los dejó cegados.

Nina piensa si las relaciones no son eso, primero ir de la oscuridad hacia la luz y después ir de la luz hacia la oscuridad.

Su hijo se ríe como si tuviese la boca llena de flores.

Así lo hubiese escrito una poeta de las que leía su hermano.

Pero Ariel se ríe con la boca llena de flores, literal. Ríe y le lloran los ojos. Se atraganta y tiene que darle golpes en la espalda para que escupa las pequeñas flores blancas y no se ahogue.

—Pruébalas —dice entre toses, y le acerca una de las que lleva en un ramillete para que se la ponga en la boca—, ¡pican!

—Sí. —Coge una y se la pone en la boca—. Es ajo salvaje. Son flores de ajo salvaje, nacen entre los tréboles. Yo también me las comía. Hacía mucho que no las veía.

Se pregunta si Ariel necesita las mismas sustancias, a la vez narcóticas y estimulantes, que a ella le han permitido pasar de puntillas por la realidad, y si se dedicará a probar todas las plantas que encuentre por los bordes de los caminos. Jugando a la ruleta rusa con los niveles de inocuidad o de toxicidad. De la mano, la lleva a la entrada de un camino estrecho donde un cartel indica, de manera torpe, CAMINO PRIBADO. Arranca más flores y las mete en la boca de su madre. Ella mastica los pétalos, que son suaves y aterciopelados, y también las bolitas crujientes de los brotes. Luego chupa el tallo. Nota las papilas gustativas erizarse por la intensidad

de las moléculas picantes. La necesidad de que el cerebro apague las luces generales para poder penetrar en las zonas oscuras.

Ariel coge un buen puñado para llevárselas a su padre.

Nina piensa cómo será besarse con la boca llena de flores.

Si será como lo describen las poetas. O nada que ver. Un asco de baba con grumos.

—¡Vamos, no te quedes ahí parada!

—¿Dónde? ¿No eran las flores lo que querías enseñarme?

—No, otra cosa.

—Es un camino privado.

—¡Me la suda! —grita Ariel desde la distancia.

No se encuentra bien. Tiene pinchazos en la barriga. Debe de haber comido demasiadas flores. O ha confundido una flor con un lirio de los valles. No quiere asustar a Ariel, que se adentra con el pelo lleno de hojas y restos vegetales por entre las zarzas del camino.

—Mamá, mira, ahí hay moras.

Entre escalofríos, se aleja fuera de su vista y, a medida que llega al final del camino, ve una casa. Parece cerrada de hace tiempo, las contraventanas de madera tienen la pintura desconchada y las paredes están llenas de hollín del incendio. Un candado de hierro y una alambrada que rodea todo el perímetro impiden el paso. Camina alrededor y encuentra, en la parte trasera, un lugar donde la alambrada está medio rota. Al agacharse para meterse dentro, le viene otro espasmo. Se apresura a bajarse el pantalón y las bragas y a ponerse en cuclillas. Cuando ha terminado, se seca con un pañuelo de papel arrugado que lleva en el bolsillo, lo tira encima del charco pastoso y busca con la mirada una piedra lo suficientemente grande para taparlo. Ve una al lado del escalón de la puerta trasera de la casa y es al levantarla que encuentra una llave oxidada debajo. La mete en la cerradura empujando con fuerza y, después de insistir un buen rato, consigue hacerla girar con un ligero chasquido metálico. Venciendo la resistencia de las bisagras, la puerta se abre con un

fuerte chirrido. «No debería entrar», piensa, pero ya está dentro. Se gira para comprobar si ve a Ariel, pero debe de seguir en el camino recogiendo moras. De estar ahí, no podría entrar así como así, tendría que actuar como su adulto de referencia. Las famosas neuronas espejo. Cierra la puerta tras ella. «Será rápido —se dice—, solo necesito un poco de agua para refrescarme la cara».

Las contraventanas dejan entrar rayas de luz que trazan líneas alargadas en las paredes, oscurecidas por el humo. Sin embargo, el incendio no parece haberla afectado demasiado. Tampoco hubiese tenido qué quemar. Un sofá destartalado que no hace juego con el sillón, una mesa baja de madera, media docena de sillas de mimbre alrededor de una mesa de comedor, una estantería vacía llena de polvo y telarañas. Avanza hasta la cocina. Hay un fregadero de piedra, una chimenea y una franja de pared cubierta de baldosas con motivos geométricos que podrían ser flores. Abre el grifo, pero no sale ni una gota de agua. Debajo del fregadero hay unos estantes tapados con una cortina polvorienta y descolorida. En el primer estante, un montón de platos Duralex, unas cuantas tazas, la mayoría agrietadas, y vasos de cristal llenos de polillas muertas. Mira en el estante de abajo. Una sonrisa le ilumina la cara al ver que está lleno de latas y botes de conserva. Legumbres, guisantes, espárragos, salsa de tomate, atún, melocotón en almíbar, sardinas en aceite de oliva. Mira la fecha de los envases y comprueba que la mayoría están caducados. Recuerda que hace un tiempo recuperaron un montón de latas de conserva de un barco de vapor que se había hundido en el río Misuri a principios del siglo XX y, cuando las abrieron, descubrieron que la comida seguía intacta. Coge dos latas de guisantes y se las mete en el bolsillo. Puede venir

más adelante con las bolsas de Ikea y tratar de llevarse el resto. Sale de la casa, da una vuelta de llave y la deja debajo de una maceta con un aloe vera agonizante. Luego, empieza a correr.

Cuando se detiene para recuperar el aliento, se da cuenta de que se ha desorientado. A estas alturas ya debería haberse cruzado con su hijo, ver la autocaravana. Necesita agua, tiene la boca seca. Agarra unas cuantas moras de las zarzas del borde del camino. Cuando abre la mano, ve que entre las moras se pasea una araña violinista. Sacude la mano, asqueada, y las deja caer al suelo. Lo más inofensivo puede esconder cosas monstruosas. Se agacha para recoger las moras y entonces lo oye. Son los acordes de una guitarra. Podría tararear la canción, aunque no recuerda de quién es ni cómo se llama. Es una música que proviene de una guitarra de verdad, porque se detiene, vuelve a empezar, repite varias veces un acorde, como si no terminase de recordar las notas. Al instante piensa en Ariel, en la imposibilidad de la ecuación, porque no tiene ninguna guitarra y, si la tuviese, no sabría cómo tocarla. No podría enlazar esta nota con esta otra hasta formar una melodía que le recuerda... No sabe por qué le inquieta ese sonido, y ahora sí, aprieta el paso rehaciendo el camino para volver a la autocaravana. A medida que se aleja, la música se va perdiendo hasta desaparecer bajo el ruido de los pájaros y de las cigarras. Es entonces cuando se ve los pies y piensa: «Qué horror». Sin querer ha pisado las moras con las chanclas, tiñéndose los pies de un morado rojizo, como si se hubiese hecho una carnicería.

El fuego crepita y ataca sin piedad al gran tronco de leña que supura burbujas de savia. Las llamas lo rodean, haciéndole una emboscada. Poco a poco la leña va mutando. El tronco se hincha y se deshincha, como si respirase, una luz se enciende a través de las grietas, para finalmente irse apagando, desmenuzándose en trocitos parecidos a piedras blancas y angulosas. Es en este momento cuando Iván añade un tronco nuevo. Nina se pregunta si para reavivar la llama hay que añadir algo nuevo. Si él no lo ha hecho siempre así. Ella hubiese cogido un palo y hubiese removido la brasa, hubiese aventado el fuego con cualquier cosa plana moviéndola con la violencia necesaria. Una llama nunca está muerta del todo.

—¿En qué piensas? —le pregunta Iván.

—En nada, estoy mirando el fuego.

—¿Cómo puede ser que nunca pienses en nada? Es imposible. Tendrías que ser un molusco.

Cada vez que Iván le pregunta en qué piensa, se lo imagina haciendo como ella esta mañana, dando vueltas alrededor del alambrado que rodea el perímetro de su cabeza, buscando un agujero por el que penetrar.

Entra otra mano en su campo visual. Lleva un cazo. Alguien (no sabe si esa misma mano u otra) ha vertido los guisantes de una lata

y le parece, también, un poco de salsa de tomate. Está a punto de alertar de que se quemará el fondo del cazo si lo ponen directamente en las brasas, pero la voz de Iván interrumpe sus pensamientos.

—Mirad cuántas estrellas.

Nina no mira hacia arriba, solo piensa que, a oscuras, no sabrá si, entre las bolitas de guisantes, estará comiendo hormigas o escarabajos. A veces, teme haberse convertido en una de esas mujeres amargadas de mediana edad que tienen un rictus en la boca y se quejan por todo, porque ahora le respondería: «No son estrellas. Son los jodidos satélites».

—¿Había más cosas en la casa, mamá?

—Latas.

—Podríamos volver mañana.

Ariel mete la cuchara en el cazo, la saca llena de guisantes y comprueba con la punta de la lengua si ya están calientes.

—Nadie volverá a esa casa. No seremos unos salvajes.

La voz ensoñadora de Iván se ha volatilizado y se ha vuelto airada y acusatoria. Nina ha vulnerado una de sus grandes normas sociales y éticas y que parecen hechas solo para que las cumplan ellos, los pobres, no los de arriba, los señores de las corbatas, que se cagan en las normas sociales y éticas. Ha traspasado un límite y, una vez traspasado, ya no hay vuelta atrás.

—Podríamos ocuparla —dice Ariel.

—No —contesta su padre. Y su «no» resuena como las palas de los jugadores chinos de ping-pong tomándose una revancha.

—¿Por qué tenemos que vivir en una casa que se cae a pedazos si podemos vivir en una casa normal?

—Porque no es nuestra.

—Está abandonada. Nadie vive ahí —protesta Ariel, volviendo a apoyar el cazo directamente sobre las brasas. Nina busca con la mirada una parrilla, intentando distinguirla en la oscuridad. Le suena haber visto una por los alrededores de la casa, pero ¿dónde exactamente?

—La libertad no es eso, no es hacer lo que nos dé la gana.

—A nosotros también nos echaron de nuestra casa.

—No era nuestra, era de alquiler. Y da igual, no hemos venido aquí a vengarnos.

—Deberías remover los guisantes, deberías sujetar el cazo para alejarlo un poco de las brasas, hijo.

Tiene que darle instrucciones prácticas, piensa Nina, a los adolescentes hay que hablarles con términos que entiendan, explicarles que deben hacer tal cosa o no hacer tal otra. Cuando tienen que reclutar a futuros terroristas siempre eligen chicos y chicas de la edad de su hijo. Les dicen: «Ve a esta sala de conciertos y detona el cinturón de explosivos que llevarás puesto, y serás un héroe». Y lo hacen. Les dan instrucciones específicas.

—Ya estarán calientes, apártalos del fuego.

Ariel enrolla un extremo de su camiseta en el mango del cazo, lo quita del fuego y lo pone sobre una piedra. Nina le acerca los platos y va vertiendo cucharadas de guisantes en cada uno. Se van pasando el plato de uno a otro hasta que los tres están sentados comiendo. En silencio. Solo Ariel musita, con la boca llena, un comentario apenas comprensible, pero ella sí lo entiende:

—Aquí solo faltaría una guitarra.

Intenta peinarse los nudos del cabello como si fuese el argumento de una historia que tuviese que desenredar. Estira con el peine tan fuerte que se rompen las púas, hasta que parece una boca desdentada. Lo tira al suelo y se da cuenta de que Iván se ha dejado la navaja con la que ha abierto la lata de guisantes apoyada sobre una de las piedras de la hoguera. La abre, la limpia contra los shorts y empieza a cortarse mechones de cabello enredado serruchando con la hoja desafilada. No sabe dónde están las tijeras, ni si aquí las ha habido nunca. Su padre nunca les hizo cortarse el pelo. Se limitaba a ordenarles con tono autoritario, por las mañanas: «¡Peinaos!». Era como si se hubiese encontrado unos cachorros de perro mestizo y no los llevase nunca al veterinario, ni les hubiese puesto nombre, ni chip, ni collar, y pensase que ya hacía bastante dándoles comida de vez en cuando para mantenerlos con vida. Coge los mechones de cabello amputado, que tienen la longitud de un brazo, y los echa a las brasas. El cabello crepita y huele extraño. A rata quemada. Dice por decir. No sabe a qué huele una rata quemada. Iván tira a las brasas una ramita con la que se estaba limpiando las encías y se acerca. Cree que la regañará, no le gusta que le coja la navaja. Pero no dice nada. Puede intuirlo, detrás de ella, de pie, buscando algún lugar donde sentarse, una piedra, otro

tronco. O solo mira su ritual. *La toilette* de Degas. Esta fascinación de los hombres por sorprender a las mujeres en su intimidad. Y no sabe si es esto o, más bien al contrario, el deseo de las mujeres de que las sorprendan en su intimidad. Ariel se ha quedado dormido delante del fuego y ella lo ha tapado con una manta. No es por el frío. Es más bien ese instinto materno de protegerlo. Ahora siente las manos de Iván en sus hombros. Ásperas, robustas. Piensa que si apretase con fuerza, bastante rato, alrededor del cuello, no podría hacer nada por liberarse. Pero Iván solo agarra su melena para llevarla hacia atrás. Después, aparta la navaja de su mano y la vuelve a dejar sobre la piedra. Tantea por el suelo hasta encontrar el peine, lo coge y empieza a pasarlo poco a poco por el cabello de Nina, intentando deshacer los nudos con pequeños tirones, tan suaves que no parecen las mismas manos que pueden romper piedras, tirar tabiques, levantar muros, sostener el peso entero de su cuerpo entre dos anillas.

—La autocaravana... no la cogiste a escondidas, ¿verdad, Iván? Se la pediste a tu mujer. ¿Tengo razón? Tú no serías capaz de llevarte nada sin permiso. ¿Me equivoco?

—Toma —responde él, devolviéndole el peine—, los nudos son imposibles, lo siento.

Iván se aleja con pasos cansados hacia la autocaravana.

—¿A cambio de qué? —grita ella.

Él no responde.

—¿Te pidió un hijo? ¿Tu semen? ¿Es eso?

Silencio.

Ella se queda ahí sola mirando el fuego. Ojalá pudiese ser una de esas mujeres, como Kira Perov, que dicen: «Está bien. Da igual».

Se fueron pensando que dejarían la mierda atrás. No enredada en unos mechones de cabello negro recién mutilados. A veces, a Nina le pasa como ahora, recuerda cosas que la ponen de mala hostia y al mismo tiempo le dan tantas ganas de follar.

—Se te ha vuelto a enredar —dice, mientras pasa los dedos abiertos por entre el cabello y nota cómo ofrece resistencia. Más que cabello parece un ecosistema, en cada nudo: pasto, cadillo, bardana, abrojo, resina, semillas aladas de dientes de león, pétalos de flores diminutas. Tira de él y le da un beso en la boca. Sus lenguas se enredan con la melena, como si las tuviesen llenas de pelusas.

Están dentro de la autocaravana. La manta está en el suelo dibujando un paisaje de mesetas. El calor condensa el aire, empañando los cristales cerrados para evitar los mosquitos, y llenándolos de pequeñas gotas perladas.

—Quiero mostrarte una cosa.

Iván se levanta y, dándole la espalda, abre la claraboya del techo. Nina contempla su desnudez. Los trapecios que se tensan, dibujándose bajo la piel curtida por el sol, la extensión pecosa de la espalda, las nalgas redondeadas que le recuerdan un melocotón de viña, mucho más pálidas, las piernas anchas y fuertes. Cuando se gira de cara a ella, el pelo púbico ligeramente anaranjado, rodeándole el pene, el escroto de un rosa pálido, Nina piensa en lo bonito que sería el mundo si se pasease así, desnudo. Iván recoge la camiseta del suelo y se la pone. Una nube cubre el sol, en ese

mismo instante, porque el interior de la autocaravana, y el paisaje entero, se hacen algo más oscuros, algo menos brillantes.

Él señala, desde ahí, el agujero del techo de la casa.

—Ven. Ven a verlo. Pronto... —dice, con esa camiseta blanca que no llega a cubrirlo del todo, dejándole parte de la polla al aire. Su forma le recuerda una de las lágrimas de cristal de la araña de la Ópera. Tan frágiles, pero a la vez capaces de desprender tanta luz. Él le tira del brazo. Nina protesta, haciéndose la remolona. En realidad, no quiere acercarse, no quiere mirar hacia arriba. Se remueve sobre el colchón de espuma buscando ese lugar donde está más hundido y se acopla al ligero cráter. Se tumba de espaldas a él.

—¿Te acuerdas de la historia que te conté del barco de Teseo?

Nunca le había contado ninguna historia de ningún barco. Nina sigue tumbada mirando la cortina mugrienta que tapa la ventana que queda a la altura del colchón.

—Los atenienses conservaron el barco con el que había vuelto Teseo victorioso de Creta. A medida que pasaba el tiempo, iban cambiando las piezas que se pudrían y se estropeaban. Al cabo de los años, el barco ya no era el barco de Teseo. Era un barco completamente nuevo.

Lo está contando por la casa, como una metáfora. Nina odia las metáforas. Un barco es un barco. Una casa es una casa. El barco de Teseo, aunque no tuviese ninguna parte original, seguiría siendo el barco de Teseo para siempre.

Aunque Iván esté trabajando en ello, el agujero siempre estará ahí. En el tejado, en el pantano, en su vida. Piensa en su agujero. Donde él ha entrado hace un rato con el miembro, ahora ya flácido, que le cuelga por debajo de la camiseta blanca. Como un títere al

final de la función. Y piensa que ojalá, cuando tapen el agujero del tejado, se abra un agujero en otro sitio. En lo alto de su cérvix. Que su matriz deje de ser un callejón sin salida, como si alguien le diese un buen golpe de mazo.

—¿Sabe papá que hemos venido?

Ariel lo está revolviendo todo, entrando y saliendo de las habitaciones, abriendo y cerrando cajones, puertas de armarios, apartando a manotazos las telarañas.

—No, no se lo he dicho. Ya sabes que no le parece bien que vengamos —le dice desde la habitación.

Dentro del único armario, lleno de carcoma, ha encontrado un par de mantas de lana polvorientas. Pasa la mano por la capa áspera de fibras de la superficie. Hace tanto calor que todo su cuerpo rechaza el tacto. El invierno le parece en esos momentos tan lejano e inalcanzable. «Pero vendrá —piensa—, con sus tormentas y diluvios, atacando el fino armazón de la autocaravana».

—O sea que le mientes.

Las lleva a la cocina y ve cómo Ariel abre las cortinas que hay debajo del fregadero, donde los estantes, y saca una taza para inspeccionarla. La huele, frunce la nariz y la vuelve a guardar.

—Mira, Ariel. —Deja las dos mantas sobre la mesa—. No es necesario contarle todo. Tenemos ideas distintas de lo que está bien y de lo que no.

—Ya, así que cuando dices que es bueno que nos contemos las cosas, no hablas por ti.

Ha encontrado las latas. Coge una y frota el polvo con la mano para leer la etiqueta. Hace una mueca de asco y la vuelve a guardar.

—Déjalo, habrá cucarachas y vete a saber qué más, Ariel.

—Papá no me obliga a mentirte, ¿sabes?

Nina cree que las familias son posibles porque nadie lo explica todo, porque hay ciertas partes de cada uno que no quedan expuestas a los demás.

—No te estoy pidiendo que mientas. Solo digo que no hace falta pedirle permiso para venir aquí, ¿de acuerdo? Tú podías venir o podías quedarte, y has elegido venir.

—¡Como si fuese tan fácil! ¿A quién más tengo aparte de a vosotros dos?

Parece que ha encontrado algo ahí al fondo porque lo coge y lo acerca hacia la luz.

—¡Dámelo! —le ordena al ver que tiene en las manos un envase de cartón descolorido con el dibujo de un rayo que lo atraviesa de lado a lado y unas letras grandes en negro—. Es raticida.

«Hematomas y sangrado bajo la piel. Presión arterial baja. Hipercalcemia. Confusión. Letargo. Alteración del sistema nervioso. Hemorragia nasal. Hemorragia cerebral. Convulsiones. Muerte». Lee.

Busca con la mirada un sitio donde esconder la caja. Cuando Ariel no la mira, la mete en uno de los cajones vacíos de la cocina, al fondo.

—Todo es horrible, mamá, las sillas, la mesa, las butacas... —dice Ariel echando un vistazo al comedor.

Piensa en cuántos trastos son necesarios para que, como el barco de Teseo, la casa no sea la misma casa. Quizás habría que llamar a los buldóceres. Prenderle fuego.

—¿Quién viviría aquí? —pregunta, mientras se aleja por el pasillo.

—No lo sé. Parece una casa de veraneo. ¿Dónde vas? Ya he ido a la habitación, no hay nada que valga la pena —le dice desde la cocina.

—¿Te imaginas que tu hermano no se ha ido y está por aquí? ¿Que un día se acerca paseando hasta la casa y te encuentra?

Ariel vuelve de la habitación del fondo con dos almohadones viejos y sucios.

—¿Qué te pasa, mamá? Estás blanca.

Nina siente un sudor frío que le sube por las vértebras. Se seca la frente con la camiseta. Se dispone a abrir el grifo, pero se acuerda de que no hay agua corriente. Deberían irse. Señala los almohadones que lleva Ariel.

—Déjalos, tendrán chinches —le advierte.

Ariel se encoge de hombros y los mira, analizándolos.

—No las verás. Salen de noche. Chupan la sangre. Los machos no copulan, perforan a la hembra con un miembro que es como un martillo hidráulico y eyaculan dentro, donde sea que la hayan agujereado.

El hijo tira los almohadones al suelo. Luego se sacude la ropa con violencia.

—Hostia, mamá, ¿por qué siempre tienes que ser tan macabra?

—Te cuento las cosas como son. Es mejor así, has dicho, ¿verdad?

—No hay nada aprovechable. Todo está hecho un asco.

—Ya te lo dije. Cogeremos unas latas de comida.

Salen. Aún está la piedra que tapa sus excrementos. ¿Seguirán ahí debajo? ¿Se habrán descompuesto? ¿Se los habrá comido un animal?

—Mamá, ya sé por qué nunca dejas que vaya a la colonia abandonada.

Y entonces, de un salto, es de un salto porque pasa muy rápido, sale de la casa, coge la bicicleta apoyada en la pared y se va pedaleando a toda leche.

Supone que Ariel debe de haber ido a la antigua colonia, por eso Nina ha pedaleado hasta aquí y ahora está frente a la valla de hierro que impide el paso. A diferencia de hace unos años, que tenían que trepar y saltarla, ahora la valla está entreabierta y el candado cuelga roto, oxidado e inútil. Avanza con la bicicleta, paralela a la orilla, donde se extiende una barandilla de madera que ha ido perdiendo la pintura blanca. Los arbustos, que ya no poda nadie, han crecido de forma desordenada creando volúmenes extraños y amenazadores. Pronto aparece el grupo de casitas de estilo inglés. Tejados a dos aguas, piedra y ladrillo visto, ventanas con marcos de madera. Bonitas. Vacías. Cerradas. Las flanquean sauces llorones que arrastran las ramas por el suelo. Deja la bicicleta apoyada contra un matorral bajo que se inclina con el peso. Las casitas desembocan en una cala de piedras donde el viento ha arrastrado un montón de ramas y troncos. Ahora no hay nadie que se preocupe por limpiarla. Desde ahí se desdibuja un caminito con cenefas hechas de cantos rodados mal puestos que lleva hasta el comedor comunitario de la colonia. Una construcción de una sola planta con grandes ventanales, ahora cerrados con tablones, y un porche alrededor. De pequeños, ella y su hermano jugaban a que eran unos de sus huéspedes más ricos y pedían caviar y langosta a camareros

imaginarios. Comidas que, de haberlas probado de verdad, piensa, les hubiesen producido un asco infinito. Ahora, ese lugar no podía ofrecer más que cristales rotos, basura de excursionistas, heces de rata, el aullido del viento, como un perro perdido. El porche es impracticable, las enredaderas lo han invadido extendiendo sus tentáculos alrededor de las columnas y a lo largo del techo y se han metido por entre las aberturas de las maderas que cubren las ventanas. En la puerta de entrada, un cartel publicitario de una inmobiliaria anuncia un apenas legible EN VENTA. De un tirón, Nina arranca el cartel y lo tira entre los setos. «Seguro que intentan reconvertir la colonia en un complejo turístico, a pesar de las leyendas del agujero del pantano que se traga a la gente», piensa Nina. «Primero dirán que conservarán el sitio tal y como está. El estilo colonial. Parte de la historia. Patrimonio cultural. Bla, bla, bla. Luego vendrá una excavadora y lo tirará todo abajo». Siempre fue su sitio secreto. En el umbral de cada puerta, detrás de cada arbusto, entre la alambrada de la pista de tenis abandonada, dentro del nicho de la piscina vacía, en todos esos lugares se había ocultado su hermano cuando jugaban al escondite. Los más previsibles. Ella era más atrevida y forzaba puertas y ventanas, se metía dentro de los armarios, a oscuras, entre telarañas y roedores muertos. Él nunca la encontraba. Si esa fuese su última partida, de todas formas, esta vez habría ganado Nándor.

—¿Estás aquí? —grita—. ¿Dónde te escondes?

El eco le devuelve las preguntas: «¿Dónde te escondes?» y, según cómo, parece como si una voz también la estuviese buscando a ella.

—¡Nándoooor! —grita de nuevo.

«Pero es Ariel a quien buscas, ¿recuerdas?», se dice dándose cuenta de su confusión. «Estás buscando a Ariel».

Es inútil que se oculte. Nina conoce todos los escondites posibles.

Se vuelve a acercar al antiguo comedor comunitario. Es la única puerta que nunca había logrado abrir. La cerradura era firme. Fue el último edificio en quedar deshabitado. Se da cuenta de que ahora ya solo puede ir con el pensamiento hacia atrás. Ya no proyecta. «Iremos aquí o iremos allí o haremos esto o esto otro o viviremos en Borneo». «¿Borneo? ¿Y eso dónde queda?». «Lejos. Lo suficientemente lejos». Ya no es capaz de construir de la nada, reconstruye del cubo de basura de los recuerdos, que tiene moho y huele a cerrado.

Pronto el sol se esconderá detrás del acantilado. Todo quedará en penumbra.

—Ariel. Ariel. ¡Arieeeel! ¡Sal ya, por favor, está oscureciendo!

Vuelve a gritar su nombre desde el pequeño muelle. Nadie responde, solo el agua moviendo lo que queda de las barquitas contra la piedra, como un telégrafo repitiendo «frío, frío». Regresa hasta la puerta de entrada del comedor comunitario para comprobar que, efectivamente, está cerrada. Y lo está. Pero por un momento tiene esa sensación absurda de que quizá no está cerrada por fuera, sino que está cerrada por dentro.

Nota que le falta el aire. Como si no hubiese suficiente oxígeno o la atmósfera fuese demasiado densa. Tiene que bajarse de la bicicleta y empujarla camino arriba como una jodida anciana. No ha encontrado a Ariel. Se ha torcido un tobillo. A lo mejor solo bromeaba, a lo mejor no ha ido a la colonia. Solo quería jugar, que lo persiguiese, para reírse un rato. Qué sabemos y qué no sabemos de lo que saben o no saben los demás. En esto se basan vidas enteras. En la cantidad de información que arrastramos. La que nos ha sido revelada y la que no. Las consecuencias de saber o las consecuencias de no saber.

—¿Dónde estabas? —pregunta Iván cuando Nina aparece por el camino jadeando y empujando la bicicleta—. Parece que vengas de escalar el Himalaya.

Le coge la bicicleta por el manillar para que descanse. Nina nota las mejillas calientes y a punto de estallar. Mira alrededor por si hay algún rastro de Ariel. Sabe que no puede perderse, que este paisaje tiene sus propios límites naturales, y eso la tranquiliza. Porque los suyos, sus límites, los que a veces le querría imponer, tienen la consistencia de las estelas de los aviones. De todos modos, Iván le ha preguntado «Dónde estabas», no «Dónde estabais», no «¿Dónde está Ariel?».

Aparece con el pelo mojado, su maraña de rizos que, a falta de suavizante, se han ido convirtiendo en un inicio de rastas, secándose con una toalla, sonriendo, inocente, con el aspecto de niño que vuelve a tener cuando acaba de salir de la ducha, limpio y puro, y dice:

—Hola, mamá.

—¿Dónde estabas? —le pregunta, enojada, con los brazos en asas.

—¿Y tú, mamá? ¿Adónde has ido?

—¿Alguna idea de qué haremos para cenar? —pregunta Iván, que pasa arrastrando una rama larguísima de pino seco y medio chamuscado que se lleva a su paso todo lo que encuentra, como una escoba gigante.

—Pediremos unas pizzas —replica Ariel con tono de burla mirando a su madre, que desvía la mirada hacia el cielo, el aspecto violento que le da la puesta de sol. El pantano, que refleja el cielo, parece una entrada al infierno. Un paisaje así debería hacerles olvidar todo. Ahora se abrazarían y dirían: «Mira qué inmensidad, qué pequeños son nuestros problemas». Pero hay puestas de sol en todas partes, algunas más jodidamente bonitas que esta, y nunca han servido para solucionar nada. «No tenemos Telepizza pero tenemos este atardecer», quisiera decirle imitando la voz de una de esas madres que va a terapia y a conciertos zen de gong. Pero Ariel ya no está. Se ha metido en la autocaravana.

Entra tras él. Está haciendo la mochila. Metiendo de cualquier manera cuatro camisetas mal plegadas, media docena de

calzoncillos, el libro de *El señor de las moscas*, con las páginas que se han despegado y sobresalen de forma desordenada.

—Esto es horrible, mamá. Quiero volver. Quiero largarme de aquí.

—Ya no tenemos ningún sitio al que volver. Allí.

—Puede que el edificio donde estaba nuestro piso aún no se haya derrumbado. Puede que hayan inyectado hormigón en los cimientos, que lo hayan arreglado.

—Lo siento, Ariel.

—Pero seguramente algún día cambiarán las cosas y todo volverá a ser como antes y aquí no nos enteraremos de nada porque estaremos incomunicados.

Coge también el cuaderno de dibujo y duda por unos momentos si meterlo en la mochila o no, al final lo descarta y lo tira sobre la cama.

Nina lo abraza, aunque él no hace ningún gesto para acompañarla en la coreografía. Sus brazos cuelgan, larguísimos, a los lados de su cuerpo.

—Un día, dentro de mucho tiempo, recordarás estos días aquí, en el pantano, pero no recordarás ninguno de los días en la Gran Ciudad.

—Ya...

—¡Claro que sí! Precisamente son los días que tú llamas «de mierda» los que nos convierten en lo que somos. —Y agarrándole el libro de la mochila—: ¿Cuántas páginas crees que tendría esta novela si Ralph y sus compañeros hubiesen sido felices en la isla? ¿Eh? ¡Sería una basura de historia! Es la ira, y la rabia, y la infelicidad lo que nos permite avanzar. Si no seríamos amebas.

—Estoy demasiado hambriento, mamá, como para aguantar tus rollos trascendentales.

Y piensa que tiene razón. Ambos permanecen en silencio. Miran por la ventana. El espectáculo de la aurora boreal les hace pensar en mozzarella caliente deshilachándose hasta el infinito.

El viento de poniente mueve las ramas de la higuera como si fuesen brazos terminados en cientos de manos de membranas interdigitales. El mismo viento que arrastra la arena que recubre las piedras y retuerce los troncos de los pinos. A través de las finas paredes de la autocaravana, que se tambalea a cada embate, se oyen aullidos como si se tratase de una manada de lobos hambrientos. Nina ha encendido un par de velas y las ha puesto dentro de unos vasos. La llama tiembla, aunque ha comprobado que las ventanas de la autocaravana están cerradas. Ariel está tumbado en la cama de abajo, junto a ella.

—¿Este ruido es del viento o de los árboles? —pregunta.

—De ambos. Del viento entre los árboles.

—Es espantoso.

Nina piensa lo contrario, que mientras el viento ulule, mientras los árboles se agiten, mientras la estructura de la carrocería del vehículo cruja, no podrá oír, ahí a lo lejos, debajo de todas esas capas de frecuencias, el grito que emanan las cadenas oxidadas de los columpios de la colonia.

—¿Dónde está tu padre? ¿Por qué no viene?

—Estaba metiendo cosas en la casa. Dice que se avecina una tormenta.

—El viento de poniente nunca lleva agua.

—A lo mejor es otro viento.

—La casa aguantará —dice ella.

Y se da cuenta de que Ariel no se lo ha preguntado, que ha sido ella. La voz dentro de su cabeza.

—¿Y el techo, mamá? —pregunta mirando por la ventana la silueta negra que se levanta unos metros más allá.

—¿El techo?

—La otra vez. El rayo. La tormenta.

Pero Nina ya no escucha. La luz de las velas hace bailar las sombras de las paredes. Intenta concentrarse en esa danza, aunque sea siniestra, rechazar la amenaza de la tormenta.

—¿Los fantasmas son gente que ya no está pero que sigue creyendo que está?

—O a veces somos nosotros los que no queremos que se vayan.

De repente se abre bruscamente la puerta y los dos pegan un salto en la cama.

—¡Papá! —exclama Ariel, aliviado.

—Levantaos. Se acerca la tormenta. Vamos dentro —ordena Iván.

Entra deprisa, sopla las velas, coge la colcha de patchwork, de la que cuelgan los harapos de parches que se han ido descosiendo, le pide a Ariel que le ayude a cargar los colchones. Ya empiezan a caer las primeras gotas repicando contra el techo metálico. Habría jurado que era de poniente, pero ahora duda. Los rayos iluminan la fachada de la casa, y por unos momentos parece tener ojos y boca. Nina se levanta para que se puedan llevar el colchón.

—Toma. —Le da también las almohadas.

Se queda ahí de pie, observando el ajetreo. Iván solo se detiene cuando llega al umbral. Justo cuando un rayo enorme baja del cielo y se estrella contra el suelo, entonces le hace un gesto a Ariel para que lo siga y arrancan a correr bajo la lluvia, hacia la casa. Pero ella eso ya no lo ve.

Sabe que arriba...

Sabe que en una noche de tormenta...

Iván habrá vuelto a bajar, a correr bajo la lluvia, porque aparece de nuevo por la puerta. Las gotas parecen pequeñas piedras preciosas entre su cabello y su barba. Trata de dejar de pensar en aquella noche. Quiere pedirle que la abrace, que la arrope en el vacío que ha dejado la ausencia de colchón. Directamente sobre el somier, con la pátina de suciedad. Iván habla. No, no habla, la está regañando. Grita. El estruendo de la tormenta y de los truenos no deja oír lo que dice. De todas formas, Nina no quiere oírlo. Porque ahora Iván insiste, la coge de las manos, tira de ella hacia él, le indica la puerta. El rectángulo negro de noche que se recorta a través de ella. ¿Una boca? ¿Un túnel? Ella lo aparta. La toma de nuevo, con fuerza, pero Nina se deshace de sus garras. Le tira del brazo.

—Me haces daño —se queja.

Pero él sigue apresándola.

—¡ME HACES DAÑO! —protesta de nuevo, escupiendo cada palabra.

No tiene que protegerla de nada, dice. Que la deje en paz, dice. Iván no la suelta. Entonces Nina quizá lo insulta. Quizá lo araña. Porque él se enfada, se lleva la mano a la boca y se chupa la sangre.

—¡¿Qué coño pasó ahí arriba?! ¡Solo fue un rayo! —grita por encima del estrépito de la tormenta.

Ya no la intenta agarrar. Se ha rendido. Se dirige hacia la puerta.

—Arderá todo. Como la otra vez. Esto será una puta pira funeraria —la advierte.

«Ya se quemó todo, ya no queda nada por quemar», piensa Nina.

Iván pretende que todos cumplan sus normas. Aquí radica su poder. Nina dice: «La autocaravana es un lugar seguro», y nadie la oye, o la escucha. Hay un efecto en la carrocería que los protege de los rayos. Está convencida. Solo debe mantener los cristales cerrados. Era eso, ¿verdad? ¿O tiene que dejarlos abiertos apenas un poquito? A veces le ha indicado, mientras conducía: «Es por este desvío», él ha cogido el otro. «Es algo en las voces de las mujeres», piensa. De repente, un rayo atraviesa el cielo y cae a unos pocos metros, con la violencia de un proyectil. Y después el BUM, la explosión del trueno que hace tambalear hasta su alma. «Tengo que apresurarme —se dice—, antes de que vuelva a arder todo, antes de que el lodo nos empuje montaña abajo».

Sale a la intemperie. Corriendo. Encogida. La higuera. Se agacha debajo. El agua chorrea de las ramas como si fuese una gran ducha. Cava en la tierra con las manos. La tierra ya no es tierra, es barro. Se le mete dentro de las uñas, rompiéndoselas aún más, le lastima las yemas de los dedos. Nina no se detiene. Sabe que allí están enterradas las libretas de su hermano, pero solo encuentra barro y piedras. Es consciente de lo peligroso que es estar ahora mismo debajo de la higuera. En plena tormenta eléctrica. Tiene que apresurarse. El agua la empapa y la ciega. Pronto hace un agujero lo

suficientemente grande. La escopeta, a su lado. La mete en el hoyo, y es entonces cuando nota el tacto de un bulto sólido que sobresale de la base del agujero. Lo desentierra. Es una libreta metida en una bolsa de plástico. La coge y lo vuelve a tapar todo con tierra para esconder el arma.

Pronto una mano tira de ella. Primero cree que se trata de la higuera, que las ramas han cobrado vida y la están capturando. Con la fuerza de mil hombres, la levantan hacia arriba y la apartan de allí. La desplazan bajo el aguacero, hasta que deja de notar la lluvia. Ve el techo del porche, el umbral de una puerta; después tiene la sensación de que sube unas escaleras, escalón tras escalón. Un, dos, tres, cuatro... Los socorristas de alta montaña advierten: «Para salvaros, id siempre hacia abajo». Ahí arriba algo vivo la comerá. Incapaz de liberarse, con los brazos y las piernas apresados, abre la boca y clava los dientes en la carne del ser que la sostiene. El ser aúlla, pero no la suelta. La abraza más fuerte de forma que su cara queda aplastada contra su pecho y sus dientes no pueden morder más que ropa. La conduce a través del desván porque ahora oye la lluvia rebotando contra las tejas. Alguien le quita la libreta, le saca la ropa empapada y la seca con una toalla, limpiándole el barro de las manos y los brazos. Ahora ya no pelea, ha agotado todas las fuerzas, así que se deja hacer. Un muñeco de trapo. Una paciente en coma. La tumban. Reconoce la esponjosidad austera del colchón de espuma y se remueve buscando ese lugar donde está más hundido. A continuación, le meten un comprimido en la boca. Le acercan el borde frío de un vaso de agua. Le mantienen la cabeza levantada para que se lo trague. La fuerza la abandona y deja de luchar. Le liberan los tobillos. Nota la boca pastosa. Los músculos de plastilina.

Tiene frío, pero pronto la cubren con la colcha, que está llena de puntos de luz que traspasan a través de los pedazos descosidos del patchwork. O quizá los puntos de luz solo están en sus ojos. Una mano le acaricia el cabello. Le besa la frente. Después, todo funde a negro.

Sueña que está en la casa saqueada, pero esta vez tiene muebles de diseño, como los de las revistas de decoración. Se adentra por el pasillo. Es corto, pero le da la impresión de que camina mucho rato. Cuando, finalmente, llega a la puerta que hay en el fondo y la abre, ve que, en vez de la habitación, ahora hay un baño, las paredes de baldosas dibujan geometrías negras. Según cómo parecen flores, y según cómo, caras con la boca abierta y desencajada. Quiere marcharse de ahí, pero está demasiado oscuro y no encuentra la puerta, en su lugar hay ahora una bañera. También es de color negro. Decide darse un baño. Tiene frío. Abre el grifo del agua caliente. Oye unos golpes en la cañería y después el agua empieza a salir a trompicones. Deja que corra un rato mientras se desnuda de cara al espejo. En la oscuridad no se puede ver el rostro. Cada prenda que se quita cae al suelo con sonoros plofs. Está empapada. La ropa mojada y helada se le ha pegado al cuerpo. Y es entonces, cuando se vuelve para meterse en la bañera, que se da cuenta de esa presencia. Dentro, vestida y sentada, con agua hasta el ombligo, hay una mujer con una prominente barriga de embarazada.

—¿Eres tú? —pregunta la mujer alzando la voz, como si hablase con alguien que estuviese del otro lado del pasillo.

Y dirigiéndose a Nina:

—Me habéis despertado —se queja. Y, a continuación, añade—: Os he seguido hasta aquí. ¿Has visto qué buen escondite? Sabía que tarde o temprano encontrarías la llave.

Aunque no la haya visto nunca, ni siquiera en ninguna fotografía, Nina sabe que se trata de la ex de Iván. Su piel se le eriza aún más cuando, con horror, comprueba que la mujer empieza a tocar unos acordes de guitarra. Porque ahora lo ve, tiene una guitarra en las manos que sostiene con una correa sobre su hombro. Se levanta del agua, con el cuerpo desnudo y mojado, solo cubierto por el instrumento, y se pone a hacer equilibrismos en el borde de la bañera. Nina quiere pedirle que baje, que está embarazada. Un hilo finito de sangre le baja desde la pierna hasta el tobillo. Quiere alertarla del peligro, pero cuando se acerca más descubre que hay otro cuerpo hundido en el agua. Aunque su piel presenta un aspecto amoratado, sabe reconocer sus rasgos, tan familiares; las piernas musculadas, el esternón plano y ancho, el cabello largo y azabache, ondeando como tentáculos. Y es entonces que el grito, desde lo más profundo de sus entrañas, logra abrirse paso a través de la masa blanda que le bloquea la garganta.

—¡Despierta! ¡Despierta!

Alguien la sacude. El eco del grito sigue resonando en el desván. Nina se pregunta si es su voz o es la voz de la casa. Si quitasen la cal raspándola con espátulas, debajo encontrarían bocas. De nuevo, ese alguien que la intenta sacar de la pesadilla. Pero ¿de cuál de todas? Las pesadillas son matrioskas. Una pesadilla dentro de otra pesadilla dentro de otra pesadilla. Nina, sin abrir los ojos, intenta viajar por el interior de la membrana de su piel. Buscando dentro del

vientre algo que se mueva. Pero un cosquilleo húmedo en las mejillas la distrae.

—Hay una gotera. Tendremos que arreglar mejor el agujero.

La voz tranquilizadora de Iván. La seca de nuevo con la toalla y empuja el colchón desplazándolo por el suelo de la buhardilla buscando un lugar seco. Luego le susurra a Nina que vuelva a dormirse. Que solo era una pesadilla. Y a Nina le gustaría responderle que ojalá.

Se frota los ojos recién abiertos. Por unos segundos cree estar en la Ópera, tumbada en el andamio, a escasos metros de la cúpula de los frescos. Tan cerca que siente incluso el olor a pintura, la intensidad química del acrílico y el disolvente. Pero no, está en la casa, en el desván. Sin embargo, ahí está Apolo y más allá las sirenas. Del ojo de una de ellas caen gotas de agua, sin duda restos de la gotera, pero a Nina le parece como si llorase. La lluvia que ha caído ha hecho que la pintura se humedeciese, deformándole los rasgos de la cara. Una sirena con resaca y rímel corrido que acaba de despertarse de una mala noche.

—Te entiendo —musita Nina.

Pronto se da cuenta, por los trazos enérgicos, por la simplicidad geométrica de los claroscuros, por las miradas penetrantes y airadas, que son obra de Ariel. Querían darle una sorpresa. Por eso Iván estaba tan enojado por que no quisiese subir al desván. Debajo de la pintura, un círculo más oscuro indica dónde estaba el agujero. En su lugar está Teseo, al que se le vuelan las sandalias. Teseo tiene la cara de Ariel que tiene la cara de Iván. En el suelo, un cubo de plástico recoge el agua que aún gotea del techo. A través de la ventana, en esa parte de la habitación con el techo inclinado que la obliga a andar encogida, entra la luz del sol dibujando un pequeño

escenario en el suelo. Se levanta del colchón y se acerca, desnuda y agachada, hasta situarse dentro del cuadrado de luz. Nota el calor en la piel. Cierra los ojos. Se pregunta si esa es la sensación que tiene la gente que dice «me siento como en casa».

El cuadrado de sol se desplaza poco a poco y Nina se mueve con él, avanzando en cuclillas, encogiéndose cada vez más, a medida que el techo se acerca a su cabeza, hasta que llega a la pared y desaparece. Busca con la mirada algo que ponerse. Va hasta la montaña de ropa que hay en el suelo. Está empapada. Debajo de la ropa encuentra la libreta negra de Nándor. Se apresura a sacarla del plástico sucio. De alguna manera, el agua ha traspasado la bolsa y ha empapado las tapas, ablandándolas. La abre por la primera página. Reconoce la caligrafía sísmica y apenas legible de su hermano. La tinta de bolígrafo se ha escurrido y difuminado, pero aun así todavía puede distinguir las letras. Es la historia que estaba escribiendo Nándor, hecha solo de comienzos. Pasa las siguientes páginas, que se han adherido unas con otras por la humedad, pero están en blanco.

—¡Ninaaaaa! ¡A desayunar! —oye que la llaman desde abajo.

Arranca la página escrita, la dobla en cuatro pedazos.

—¡Voy! —responde a través de la ventana abierta.

Se dirige a la bolsa donde Iván ha metido toda la ropa de la autocaravana y, cogiendo unos shorts vaqueros al azar, mete el papel dentro de uno de los bolsillos y vuelve a dejar los shorts en el fondo de la bolsa.

—¡Ninaaaaa!

Agarra al vuelo un vestido negro y corto de tirantes que está encima de todo y se lo pone.

Baja las escaleras tratando de ignorar el eco en su cabeza, empeñado en contar los escalones siete seis cinco cuatro tres dos uno, como cuando era adolescente. Los pies de Nándor bajándolos deprisa y corriendo, sieteseiscincocuatrotresdosuno. Decepcionada. ¿Comienzos que, ordenados en el orden correcto, escribirían su historia? Un texto sin sentido, eso es lo único que le queda de su hermano. Pero ¿qué esperaba? ¿Una carta? ¿Una explicación? ¿Una respuesta a sus porqués? Oye las voces de Iván y Ariel y un tintineo de platos y tazas y se acerca al umbral, a la luz de fuera. Están sentados en el banco de piedra del porche. Inhala. El olor del campo después de la lluvia la ayuda a ahuyentar las nubes negras de su cabeza. Iván tenía razón, en la Gran Ciudad, cuando llovía, seguía apestando a ciudad. Del tejado todavía caen gotitas, regando el suelo de cemento, por donde en breve volverá a crecer el musgo, asomarán las flores de color violeta pálido de los cardos. Enfrente del banco hay una mesa hecha con un viejo tablón sobre ladrillos apilados. Encima de la mesa, una cafetera humeante, tres tazas, tres platos, un cuenco con moras, un vaso con miel y una fuente con lo que parecen tostadas de Santa Teresa rebozadas de azúcar y una pizca de canela.

—Buenos días, amor. Te has puesto muy bonita.

—Parece canela, pero no lo es —le dice Ariel señalándole la fuente —, son restos de hormigas muertas que había en el paquete de azúcar.

—No pasa nada por comer hormigas —dice Iván dando un mordisco—. Pura proteína y hierro. ¿Nina? ¿Dónde tienes la cabeza? —añade, al ver que Nina no se ríe y tiene un aire ausente.

—Perdón, ¿qué celebramos? —les pregunta intentando contagiarse de su entusiasmo, haciéndose sitio ella en el banco.

La piedra está helada. Intenta cubrirse la parte de atrás de los muslos con el vestido, pero la falda es demasiado corta.

—Nada en especial —dice Iván, vertiendo el café en las tazas.

En la base de su cuello ve la señal violácea de un mordisco. También tiene las marcas de unos arañazos en el dorso de la mano. Nina aparta la mirada. Prefiere concentrarse en el olor del campo después de la lluvia mezclándose con el aroma del café recién hecho. Del café le gusta más el olor que el sabor. Podría quedarse así, abrazando la taza caliente con las manos, oliéndola toda la mañana. Los ojos cerrados. El cosquilleo de una mariquita paseándose por la cara interna de su brazo.

—Gracias —les dice—. Las pinturas. Son preciosas.

Ellos sonríen. Iván se acerca y le da un beso en la boca. La tostada con miel que lleva en la mano deja gotitas por la mesa. Le hace pensar en el camino de baldosas amarillas de *El mago de Oz*, un camino que no es para llegar a ninguna parte más que a uno mismo.

—Pinta —le ha pedido Iván—. Pintar te irá bien.

Es casi como limpiar. Apartar escombros. Arrancar zarzas. Aunque eso puede hacerlo enfadada y pintar no. Pintar es deslizar. Es buscar la armonía. Es tapar lo sucio y estropeado. Arriba y abajo. Una suave ondulación articular de la muñeca. Aquí luz, allá sombra.

—En el cobertizo tiene que haber latas de pintura —le ha dicho. Que busque alguna que no esté seca.

Ahí, casi a oscuras, Nina abre botes y olfatea. Comprobando si nota el olor fuerte y dulce de la resina. La pintura seca no huele. Y es rebuscando entre las latas que se tropieza con una herramienta apoyada en la pared. Antes de sopesarla, reconoce el tacto del mango de madera. Es el mazo. Lo toma notando la familiaridad de su peso. Se le ocurre que, en vez de pintar, podría picar los restos de yeso de las paredes hasta llegar a la piedra. La piedra desnuda. A Iván le da miedo que golpee las paredes. A Nina, en el fondo, también. Teme no poder parar. Golpear hasta echarlas abajo.

—No lo hagas —le advierte Iván cada vez que la ve salir del cobertizo con una herramienta de las grandes.

Él intenta hacer las cosas como deben hacerse, no como él cree que deben hacerse, sino según un criterio universal. Hay una gran diferencia entre cómo hace las cosas Nina y cómo las hace él. Ella

cree que la vida le debe algo y en cambio él cree que le debe algo a la vida. Cuando se dispone a salir, choca con Iván.

—¿No has encontrado las pinturas? —le pregunta.

Ya ha visto el mazo. Así que en realidad no es una pregunta, es una forma de rogarle que no lo haga, sea lo que sea.

—Podríamos llevar la comida a la cocina. Y la estantería de hierro, si la limpio bien —le dice Nina, escondiendo el mazo detrás de ella y tratando de desviar la atención de Iván. «La estantería —piensa— también podría golpearla hasta destrozarla».

—Ariel ha aparecido con unas latas de comida y un par de mantas roídas y mugrosas. Sabes de dónde las ha sacado, ¿verdad, Nina? ¿Te niegas a entrar en tu casa, pero asaltas casas ajenas?

No puede verle la cara, no puede leerle en los ojos, en las líneas que se le forman entre las cejas, su grado de enfado, tampoco puede verle las marcas y arañazos que lleva en el cuello, en las manos y en los antebrazos, pero las siente como si estuviesen en su propio cuerpo. A veces querría preguntarle, en estos silencios, cuando no le ve la cara, si no fantasea con cómo habría sido su vida si se hubiese quedado con su ex, en el ático del gran ventanal, sacando a pasear el coche silencioso por las avenidas arboladas al ritmo de *Everything in its right place*. Apoya una mano en la estantería sin darse cuenta de que la está apoyando sobre la de Iván. Él no la retira, la deja ahí debajo. Quisiera decirle que en todas las elecciones se ganan y se pierden cosas. Pero si pusiese las dos opciones en una balanza, en una Nina, en otra su exmujer, «¿de qué lado habría más pérdidas, Iván?». Quisiera decirle: «Hubieses podido tenerlo todo». Quisiera gritarle: «Gracias» hasta quedarse afónica. Quisiera decirle que ella también se lo ha dado todo, pero

es otro tipo de todo, diferente a la idea de todo que uno imagina cuando fantasea. Pero lo único que hace es cerrar ligeramente su mano sobre la de él, como si estuviese cogiendo un pájaro delicado que tiene el ala rota.

—¿Tu casa, has dicho? Yo nunca he tenido mi casa. Nunca he tenido algo que fuese mío.

—Nos tienes a mí y a Ariel y, por mucho que te niegues a aceptarlo —Nina nota cómo, por debajo de su mano, la de Iván se tensa—, ¡esta casa es tuya!

—Nunca quise venir a vivir aquí, ¿sabes? Ni de pequeña. ¡Odiaba este sitio!

—¿Y por qué tenías la llave? ¿Por qué la has conservado durante todos estos años? ¿Eh? ¡Dime! La hubieses podido tirar, deshacerte de ella. Pero nunca lo has hecho. Porque en el fondo, sabías que volverías. ¿Verdad?

Nina retira la mano. Se aleja hacia la parte más oscura del cobertizo.

—¿Qué me escondes, Nina?

—Era una noche de agosto, negra, densa, sin luna. Cuando sacabas el brazo por la ventana, el aire tenía la viscosidad pegajosa del petróleo. También había tormenta, pero ni siquiera el agua conseguía refrescar el ambiente, que ahí arriba, en el desván, era irrespirable. A lo lejos, si prestabas atención, se oía el chirrido de los columpios de la colonia movidos por el viento. Era un sonido que me angustiaba, así que le había pedido a Nándor si podía dormir con él. Dormir es un decir. Él parecía no dormir nunca. Siempre estaba leyendo. Ese día leía un libro muy finito, con las tapas gastadas y páginas sueltas. "Shakespeare es como una navaja suiza, solo tienes que saber por dónde abrirlo", dijo. Quería que me durmiese, pero en realidad me hacía reír: "¿Qué tenemos aquí? ¡Puah! Huele a pescado", bromeaba oliéndome los pies y haciéndome cosquillas. "¡Tiene piernas como un hombre! ¡Y aletas como brazos! Esto no es un pez, sino un isleño que acaba de ser herido por una centella. ¡Ay de mí, vuelve la tormenta! Lo mejor será meterme bajo su capa. La necesidad hace al hombre compartir lecho con bien extraños camaradas. Me encogeré aquí hasta que pasen las heces de la tormenta". Nos cubrimos los dos con la sábana, abrazados, como hacíamos cuando éramos pequeños y nos debimos de quedar dormidos. Lo siguiente que recuerdo es a mi padre gritando (que si

las luces encendidas, que quién pensábamos que pagaba todo ese dispendio) y luego arrancándonos la sábana de encima, nuestra capa. Estaba fuera de sí. Cualquier persona ebria habría estado balbuceando, tambaleándose, pero él no. Él se crecía. Daba miedo. Podía hacerte cualquier cosa. Como buen militar que había sido, estaba acostumbrado a la violencia. Agarró a mi hermano del pelo, que llevaba tan largo como yo, lo arrancó de mis brazos fuera de la cama y lo arrastró por el suelo de la habitación, hasta la puerta. Solía ser Nándor quien se llevaba los palos. Por eso me extrañó cuando lo dejó fuera y trabó el pomo por dentro con el respaldo de una silla. Quizá nos había confundido, nos parecíamos tanto... Se acercó de nuevo, arrastrando su pie cojo. En el fondo, pensé, está bien que por una vez el castigo sea para mí, podré soportarlo mejor. Siempre me he llevado bien con el dolor. El dolor físico. Nándor no. Eso mi padre lo sabía. Usaba el cinturón con el puto emblema militar. La hebilla metálica tenía la silueta de un águila con las alas abiertas. Le dejaba esta forma de alas alrededor de las heridas. Me tapé con la sábana, para hacerme invisible. Esperaba el latigazo del cuero. El chasquido metálico. Pero no usó el cinturón para eso. Me agarró los brazos y me ató las manos por detrás de la espalda. Eso era nuevo. Me dejé hacer. No forcejeé. Lo único que me preocupaba era que agarrase el libro de Nándor. Estaba ya demasiado roto. Yo tenía todo el rato la cabeza tapada con la sábana. Por eso tengo esa imagen de falta de aire. Las palabras de Nándor: "Llegará un día, en esta casa, en que dejaremos de respirar, y entonces habrá terminado todo". Intentaba hacerlo, con todas mis fuerzas. Respirar a través de la tela. Pero era una sábana muy gruesa, de las de antes, de franela. ¿Has intentado respirar a través de un trozo de

franela metido en la boca? Pues al final eso fue lo que me ayudó. Lo que me hizo desconectar de lo otro. De mi padre. Del crujido de la carne. De su respiración agitada. Sonaba como si el aire que me faltase a mí se lo intentase quedar todo para él. Su peso me aplastaba las piernas, y mi cabeza, en medio de esa demencia, creía estar en el pantano, unas manos agarrándome las piernas en medio de la oscuridad, succionándome hacia abajo, mientras Nándor me llamaba por mi nombre. De hecho, en realidad, lo estaba gritando. Muy fuerte. Y pegaba patadas y puñetazos a la puerta. Se abalanzaba contra ella sin parar de repetir mi nombre. Eso me hizo reaccionar. "Tengo que salir a la superficie", me dije. Forcejeé para liberar las manos hasta conseguir quitarme el cinturón y después la sábana de la cabeza. Usando todas mis fuerzas, empujé el cuerpo pesado de mi padre haciéndolo caer de la cama y me dirigí hacia la puerta. Ahí estaba su escopeta. Apoyada en la pared. Mi padre siempre se paseaba de noche con la escopeta, dormía con ella, "por si tenemos que protegernos", decía. "Protegernos, ¿sabes?". La agarré y disparé. Y por primera vez, a diferencia de cuando íbamos de caza, al apretar el gatillo no tuve miedo. Así que disparé varias veces. A su pierna buena. No sé qué pretendía. Que se desangrase. No se movía. Creo que al caer se había golpeado la cabeza con la mesita, porque no gritó ni nada. Había ese silencio, de repente... Incluso con la tormenta, con los truenos, con el chirriar de los columpios ahí a lo lejos...

»Ese silencio.

»Ya no se oían ni siquiera los gritos de Nándor. Aparté la silla de un puntapié y abrí la puerta. No estaba. Bajé corriendo y salí de la casa. Diluviaba. Su bicicleta tampoco estaba en el cobertizo. "El

pantano", pensé. Una idea, como un rayo: "Cree que él me ha disparado a mí. Cree que estoy muerta". Pedaleé todo el camino hasta el pantano. Los faros apenas iluminaban. Encontré su bicicleta tirada en las piedras, sus zapatillas Victoria en la orilla. Lo llamé: "¡Nándor!". La superficie del pantano, siempre tan plana, se agitaba en una furia de olas negras. Sin pensármelo, me tiré al agua. Me zambullí hasta el fondo, a ciegas, intentando dar con él, como cuando jugábamos a que el agua nos tragaba. Serían solo cuentos de abuela, porque lo único que encontré ahí en el fondo fue una paz densa que me abrazaba. Sentí que resultaba tan fácil dejarme ir... (¿Cómo decía ese poema?, ¿"donde está el peligro crece también lo que salva"?). A lo mejor mi hermano siempre supo nadar bien pero fingía que no, para dejarme ganar cuando hacíamos carreras en el pantano. Lo he estado pensando todo este tiempo. ¿Y si no fue un accidente? ¿Y si ya lo tenía decidido cuando bajó esas escaleras? Esos siete escalones. Esos siete segundos en los que yo podría haber gritado su nombre. Haber gritado: "Nándor, ya está, estoy bien". Siete malditos segundos.

—¿Está enfadado conmigo papá?

—No. Está enfadado y punto.

—¿Por qué?

—Te hice caso, sobre lo que decías de contarnos las cosas. Ocurre que a veces las palabras son como cuchillos. Ven.

Nina lo invita a pasar a la autocaravana. Apenas queda nada. Han ido metiendo a la casa todo lo aprovechable. Camina hasta el fondo, donde antes estaba el colchón. Se agacha y busca por la parte de abajo. Arrastra un bulto hacia ella. Es la caja de los libros. La abre y va sacando volúmenes. Debajo están las piedras de Iván. Y, debajo de ellas, tres cascotes rectangulares del tamaño de una mano.

—Ni siquiera son piedras, mamá. Son escombros.

—No, fíjate.

Frota bien una de las caras. Están sucios y desgastados, pero, sin embargo, se distinguen los dibujos de unos ojos.

—Tienen las pupilas como las tuyas.

—Eran de los frescos de la Ópera. La echaron abajo, ¿recuerdas? Un banco se quedó el edificio, dijo que lo restauraría, pero terminaron haciendo apartamentos turísticos.

—Sí, lo sé, por eso tu compañía de danza se fue a pique y te quedaste sin trabajo.

—El mismo banco que hacía aparecer bailarinas en sus anuncios de televisión, ¿te acuerdas?

Bailarinas con trabajos precarios, desórdenes alimenticios, múltiples partes del cuerpo lesionadas, sin seguros de vida. Bailarinas a las que solo querían para sacarlas en los anuncios, para representar la belleza, la elegancia, la delicadeza, pero no para darles ayudas, créditos, subvenciones. De todos, el arte más inútil.

—Sí, el anuncio, me acuerdo... Pero ¿y estos cascotes? ¿De dónde los sacaste?

—Justo después del derribo, salté el cercado y me subí por la montaña de escombros, hasta lo más alto, para ver si encontraba, entre los restos, parte de los frescos. Lo único que pude recuperar fueron las pinturas de estos dos ojos amarillos —explica Nina mientras deja dos fragmentos de escombros en el suelo— y ese dibujo de una sandalia. —Deja el tercer fragmento al lado—. Era al amanecer, cuando la luz del sol es dorada, y parecía que los ojos te mirasen. Ahora la fachada de esos pisos turísticos duele de tan blanca y lisa.

—Pero ¿qué tiene que ver todo esto con que papá esté enfadado?

Quisiera explicarle que el amor solo se puede concebir a partir de la destrucción, pero se limita a poner los tres trozos de escombros en fila.

—Podríamos jugar al tres en raya.

Ariel niega con la cabeza. Nina vuelve a meter los libros en la caja, la cierra y la empuja otra vez debajo del somier.

—¿Quieres que te haga un café?

—No, gracias.

—¿Tienes hambre?

Se levanta. Necesita hacer algo. Busca la cafetera, unas tazas, pero recuerda que Iván lo ha llevado todo a la casa. Los armarios están vacíos, en su base se dibujan cercos que aún hacen más evidente la desnudez del espacio.

Ariel se sienta en el escalón de la autocaravana. Ha cogido una ramita y remueve con aire distraído la tierra a su alrededor dibujando ochos. O infinitos. Nina se acerca y se agacha detrás.

—Es mejor que esté enfadado y no que finja que está contento, ¿sabes?

Durante un rato no se dicen nada. Están ahí sentados viendo los dibujos que traza la ramita en la arena. En esa zona no ha crecido la hierba. La han pisado demasiado. Después arranca pequeñas ramitas que le salen y se dibuja en las piernas con el extremo puntiagudo, trazando líneas blancas sobre la piel seca.

Nina se levanta a recoger los tres fragmentos de los frescos, se acerca y se los da.

—¿Los quieres?

Ariel los mira y dice que no. Que son de su madre.

—A veces es necesario que todo se hunda. Meterse en medio de la montaña de escombros. Así sabes qué es lo que realmente tienes que salvar de la derrota.

Aparca la autocaravana y baja las bolsas del supermercado. Llama a Iván, a Ariel, para que la ayuden, pero nadie responde. Se dirige al cobertizo y ve que no están las bicicletas. Iván se va al pantano a menudo.

—Necesito estar solo. Necesito asimilarlo.

Como si lo que le ha pasado al cuerpo de Nina también le hubiese ocurrido al de él. Ariel lo habrá seguido. Debería empezar a cocinar el arroz para la cena. Carga las bolsas y camina esquivando charcos que el sol todavía no ha secado. Se detiene en la entrada. Las cerillas, la olla, la bombona de butano. Todo está ahí dentro.

Se acuerda del cuento: Hansel y Gretel, siguiendo el rastro de las piedrecitas.

Pero a veces, para llegar a casa, según relatan los hermanos Grimm, uno debe encontrarse primero con las brujas.

Toma una inspiración profunda y cruza el umbral.

Pronto encuentra las dos bicicletas aparcadas junto a la carretera, donde se levanta una de las paredes verticales de piedra. Todo el desfiladero es la cicatriz petrificada de la separación, hace millones de años, de dos placas tectónicas. Se pregunta si la parte más profunda del pantano no será todavía una herida abierta.

Detiene el motor y baja del vehículo. La pared sigue conservando las marcas de antiguas vías de escalada que, hace tiempo, atraían hasta ahí a grupos de escaladores, con las cuerdas enrolladas al hombro, las mochilas llenas de material: cascos, pies de gato, mosquetones, magnesio. Nándor y ella se burlaban de todos ellos. Calzados con las Victoria, que tenían que durar todo el verano y que en julio ya tenían la suela desgastada, se agarraban a los clavos y salientes de las vías y subían como monos. Al igual que está haciendo ahora Ariel. Lo ve desde allá abajo, detenido en un saliente. Quizá pensando si sigue o no y hasta dónde. Nina mira a su alrededor. ¿Dónde están ahora los escaladores? ¿Sus cuerdas? ¿Los pies de gato? ¿Por qué no vienen ahora que todo se hunde, que las placas de pared se desprenden cada dos por tres, que el incendio los ha dejado sin troncos seguros a los que aferrarse para recuperar el aliento? Ahora sí que sería un reto, trepar por las paredes verticales.

Con la vista puesta en la pared, se quita las chanclas. Todavía recuerda cada saliente donde ponía primero la mano, luego el pie.

—Mamá, no subas, ¡está muy empinado! —le advierte Ariel, al verla.

—La he escalado miles de veces. No te muevas de donde estás —dice Nina, que ya ha empezado a trepar.

La pared está llena de pequeños relieves angulosos y punzantes que se le clavan en las plantas de los pies. Sin embargo, los tiene acostumbrados al dolor. Hay ciertos puntos en los que ni siquiera tiene sensibilidad. Poco a poco va alejándose del suelo y acercándose a donde está él. No se atreve a mirar hacia abajo. Cuando está en lugares muy altos es como si algo allá al fondo quisiera absorberla.

—Recuerdo cuando tendría... unos ocho años... —empieza a contarle, porque hablar la distraerá del miedo a caer, aunque del esfuerzo las frases le salen de forma entrecortada—... que un compañero mayor de la escuela... —coge aire—... nos dijo que los Reyes no existían... —vuelve a coger aire—, que eran los padres... —más aire—, y el disgusto de todos los niños y las niñas.

Se detiene un momento para recuperar el aliento. Ariel está cada vez más cerca. No sabe si la escucha, está arrancando trozos de romero del matorral que tiene cerca y, para alcanzarlo, se inclina un poco más abajo de donde está. Si resbalase, se la llevaría por delante con la caída y se matarían los dos.

—... y en cambio recuerdo qué contenta me puse... —coge aire—, porque si los Reyes eran los padres... —coge aire otra vez—... y los Reyes no existían... —vuelve a tomar aire—, puede que mi padre tampoco y ese señor con el que vivía solo fuese un impostor

disfrazado de padre... —y toma aire por última vez—, porque era evidente que no tenía ni puta idea de hacer de padre...

Ariel no se ríe.

«Te ponen un bebé en las manos y te dicen: "Búscate la vida". Hay un momento, pequeño y fugaz, mientras sostienes ese bulto de carne caliente a medio formar, en el que piensas que acabas de cometer un error terrible».

Ya casi está. Ariel se aparta un poco, con desgana, para hacerle un hueco en el saliente de piedra. Es un lugar peligroso para sentarse a hablar. O quizá las conversaciones con adolescentes deberían tener lugar siempre al borde del abismo y no cómodamente en el sofá.

—¿Y papá?

—Ha querido seguir subiendo —dice encogiéndose de hombros—. Quería mostrarle las vistas desde aquí —dice señalándole el pantano, las casitas de la colonia entre los muros escarpados del desfiladero, la pureza casi indecente del paisaje.

—Son increíbles.

—¿Cómo es tener un hermano, mamá?

—¿Por qué me lo preguntas?

Nina teme que Iván le haya podido contar algo acerca de su retraso, de sus sospechas.

—Por nada... ¿Sabes por qué ya no dibujo? Porque no tengo a nadie para quien dibujar. Tú tenías a Nándor, tienes a papá. Yo estoy solo. Ya, ya sé que me dirás que tengo a papá, que te tengo a ti, pero siempre me dices: «¡Oh, es precioso! Tienes taaanto talento y bla, bla, bla», porque eres mi MADRE. Necesito que ALGUIEN me vea.

Nina le acaricia la cabeza, recorriéndole con los dedos la espesura del bosque de rastas.

—Tú bailabas, había un montón de gente que te veía —sigue diciendo.

—¿Un montón de gente? Me ponían detrás del todo, decían que tenía más aspecto de cuervo que de cisne.

Piensa en la cantidad de gente, de intelectuales, del mundo de la cultura, de los que asignaban presupuestos, gestionaban subvenciones, programaban espectáculos, de los señores del banco que debían salvar la Ópera, que nunca había ido a ver danza. Jamás, ni una sola vez.

—Mira, Ariel, ahí fuera está lleno de imbéciles.

—Bueno, pues necesito que ALGUIEN me vea. Aunque sea un imbécil.

Tira la ramita de romero con rabia al abismo. A Nina también le dan ganas de arrojar algo. Coge una pequeña piedra del saliente y la tira con fuerza apuntando al pantano. No la ha tirado lo suficientemente lejos, así que coge otra más grande.

—¡No tires piedras! —dice Ariel, de repente.

—¿Por qué? ¿Qué hay allá abajo?

Parece incómodo y le pregunta si bajan ya, que se está haciendo tarde. Empieza a descender y Nina va detrás. Tiene las plantas de los pies raspadas y pone los cinco sentidos en cada paso, en cada saliente, pero aun así vuelve a oírla. La guitarra. Agarrada a los salientes, siente el vértigo como una bofetada. Desde aquí el sonido del viento, que empieza a soplar con el atardecer, se le mete en el tímpano como un silbato, pero distingue claramente sus acordes. Mira a lo lejos, donde el pequeño muelle de la colonia. Hay alguien

caminando hacia allí, tocando. Solo le ve la espalda. Le parece que lleva una sudadera oscura con la capucha puesta.

Sigue bajando para alcanzar a Ariel, que ya casi está abajo, y, de un salto, se monta en la bicicleta y pedalea subiendo por la carretera hacia la casa. Apresura el paso y se desliza junto a un montón de piedras que caen como granizo. En el último tramo, se suelta y se planta, de un salto, en la carretera. Se detiene para escuchar de nuevo. El sonido de la guitarra ha desaparecido. Se calza las chanclas y corre hasta la colonia, atravesando la valla, el caminito de cantos rodados. En el muelle no hay nadie.

Por unos momentos piensa... Pero sabe que es imposible.

—¡Arieeeel! ¡Arieeeeel! ¡Para!

Ariel frena la bicicleta. La noche les ha caído encima como un velo envolviéndolos en silencio.

—¿Has hecho todo este camino corriendo?

—Hay alguien en la colonia —dice Nina, casi sin aliento, inclinada hacia delante y con las manos apoyadas en las rodillas, tratando de coger aire—. Por eso no querías que tirase piedras, ¿verdad? En el muelle..., con una guitarra...

—Lo sé.

—¡¿Qué es lo que sabes?! ¿Desde cuándo?

—Creía que era tu hermano, ¿sabes? Pero quería estar seguro antes de decirte nada.

—¿Mi hermano? ¿Qué estás diciendo?

—Sí, sí, tienes razón, era una locura. Pronto me di cuenta de que no era él.

—¿Y quién es, entonces, el chico de la colonia?

—Es una chica, mamá.

—Deberías habérmelo contado. Esa noche, llevándote en el coche. Tu silencio. Y después tu cuerpo, que era como una casa cerrada.

Iván le masajea la espalda. Están tumbados en el colchón, en el desván, bajo los frescos. «Cómo explicar a otro lo que no te puedes explicar a ti misma». Pensaba que un día se moriría y entonces se acabaría todo, y eso la tranquilizaba. Ella se da la vuelta y le acaricia el pene. Es como un pez mágico. Le pide que le haga el amor. La penetra con mucho cuidado. Nina lo empuja suavemente contra el colchón y sube encima de él. Lo cabalga. Se mueve adelante y atrás rozando el pubis contra su pelvis. Ojalá su polla abriera un boquete que echase el muro al suelo. Como los chicos de veinte años vestidos con vaqueros derribando el muro de Berlín con los picos que habían cogido de casa de sus padres. Iván la aparta y sale de ella.

—No puedo.

Se sienta en el colchón y, como está a ras del suelo, las rodillas dobladas le quedan a la altura de los hombros. Apoya los brazos y se tapa la cara con las manos. ¿Está llorando?

—Tendrías que habérmelo contado, hubiésemos podido denunciarlo, hubiese podido venir y matarlo...

—A lo mejor lo hice. A lo mejor lo maté. Puede que se desangrase por las heridas.

Iván niega con la cabeza. Nina se inclina sobre él, le aparta una mano y le besa las lágrimas.

—Ya ha pasado todo, amor mío, ya ha pasado todo —le susurra, muy bajito.

—¡No! —grita—. ¡No, no, no, no, no!

Agarra la camiseta del suelo y la arroja contra la pared. No hace ruido. Parece un pájaro blanco. Da la impresión de que tarda una eternidad en aterrizar de nuevo. Nina se sienta sobre él y se amolda a su forma. Así es como hacen el amor cuando están cabreados. Los movimientos de olas. Doblándose como un barco en la tormenta. Se corre. Le gustaría contarle que «orgasmo» proviene de la palabra griega *orgé*, que significa «cólera».

Todavía tiembla cuando Iván sale de ella. La polla se le ha aflojado sin vaciarse. Se agarra el prepucio y tira de él. A Nina le hace pensar en un jersey de cuello alto. Que tan pronto abriga como no te deja respirar.

Coge un plato y lo hunde en el cubo de plástico lleno de agua y jabón. Rasca con las uñas los restos de comida. Las tiene tan estropeadas que le da igual estropeárselas más. Luego se lo da a Iván, que le pasa un trapo por encima y lo deja apoyado sobre la barandilla de piedra del pozo.

—¿Una chica? ¿Estás segura? —le pregunta.

Le pasa otro plato. Iván lo coge rodeándolo con el trapo.

—Sí, estaba en el muelle, con una guitarra. Ariel me dijo que no era la primera vez que la veía.

Le pasa un tercer plato, pero Iván aún está secando el que le ha dado antes. Se fija en que el plato que sostiene en la mano es el que tiene una grieta fina que lo atraviesa por la mitad. Era el plato que elegía siempre para comer. Esperaba que un día se partiese en dos, esparciendo toda la comida por el mantel. Y mira por dónde, aquí sigue. De una pieza.

—Ya está seco, Iván —protesta, impaciente.

—Tal vez necesita ayuda.

—Si está sola es porque quiere estar sola.

Suspira haciendo más ruido del necesario. Esperando que él se dé cuenta de su lentitud.

—Tenemos espacio de sobra. A Ariel le gustaría, siempre se queja de que está solo.

Nina se pregunta, si fuesen personajes de un cuento, la chica del muelle ¿quién sería? ¿La bruja? ¿El hada? Pero no dice nada.

—¿Ya te ha venido la regla?

—No, joder, ¡no me ha venido! ¡Haz el favor de no preguntármelo cada día!

Cuando han terminado, vuelca el cubo en el suelo para sacar toda el agua.

—Solo me preocupo, no hace falta que te pongas de esta manera.

—No deberías haberle dejado ir solo —le dice, brusca, volviendo a dejar el cubo sobre el borde del pozo.

Cuando se inclina hacia el fondo del agujero negro, se ve a sí misma reflejada dentro del círculo de agua, como una aparición.

—Has dicho que solo es una chica —dice Iván a su lado—, ¿qué quieres que le pase?

«Solo es una chica solo es una chica solo es una chica solo es una chica solo es una chica», rebota el eco dentro del pozo como la voz de cientos de hombres, saliendo del fondo de la tierra desde el inicio de los tiempos.

—Me ha parecido oír el motor.

Iván le devuelve con prisa el trapo y el último plato y se aleja por el camino que sale de la era. Nina suelta poco a poco las manos hasta que el plato se resbala y cae al suelo. Y ahora sí, la grieta hace como el desfiladero, resquebrajándose y dividiendo el plato en dos mitades casi idénticas.

El primero en bajar es Ariel, que lleva los brazos extrañamente levantados hacia arriba. Iván exclama:

—Qué coj...

Pero calla cuando, por detrás del hijo, ve aparecer a la chica, vestida con una sudadera gris oscura y con la capucha puesta. Nina se pregunta si no se estará muriendo de calor. Como si la oyese, la chica se quita la capucha, llevándola hacia atrás y mostrando una cabeza rapada. El cráneo le luce brillante bajo el sol. Pero no es eso lo que más llama la atención de Nina, sino la navaja que lleva en la mano, extendida hacia delante, apuntando la espalda de Ariel («solo es una chica solo es una chica solo es una chica...», si presta atención le parece oír todavía el eco del pozo). Una navaja que le es familiar. La puede reconocer desde la distancia porque siempre la ansía. ¿Por qué la tiene ella? ¿La llevaba Ariel? ¿Se la ha quitado? ¿Y por qué la llevaba Ariel? Si Iván ni siquiera se la deja coger a ella. La chica apunta primero a Ariel y después a los dos adultos. De repente le parece cómico que Ariel se sienta amenazado por este puñal de pacotilla, porque, además, tiene la punta rota de tanto utilizarla para abrir latas. «Tendría que clavártela veintisiete veces como mínimo para matarte —quisiera aclararle a su hijo—, te morirías antes del tétanos». Con un cuchillo de ese tamaño, la única opción sería ir

directamente al cuello. Por ejemplo, haciendo un corte profundo en la yugular, también se podría hacer un corte en la arteria, que sería más espectacular porque sangraría más, pero la muerte sería mucho más lenta.

De repente, Nina estalla en una gran carcajada. Es consciente de que todos la están mirando, pero no puede parar de reír. Unas gotas de pis le humedecen las bragas. Se agacha para tratar de calmar sus espasmos. Los ojos le lloran. La chica, perpleja, se acerca más a Ariel. Coloca la navaja contra su plexo solar y grita en una lengua que no entienden. Increpa. Está nerviosa. Da pasos adelante y atrás agitando la mano donde lleva el arma. Desde el suelo, Nina se fija en que va calzada con unas chanclas medio rotas, que salen de debajo de las perneras de un pantalón hindú largo y ancho de color negro.

Nina se incorpora de nuevo. Poco a poco, con las manos en alto. De pie, frente a la chica, Nina se ve aún más pequeña. Aunque la chica no tendrá más de veinte años. Tiene la cara redonda y pálida, los labios, carnosos, agrietados por el sol, unos ojos grandes y negros, algo separados, que miran fijamente como un depredador.

Su hijo y su gusto por las chicas bonitas, de piel nacarada y cabello liso, que a Nina le parecían todas iguales y que Ariel decía que era porque utilizaban el mismo filtro. «¿Filtro? ¿Qué filtro?». «El de la aplicación. Es una herramienta que hace que la cara parezca de cera». Él se las mostraba en Instagram. A Nina le gustaban las demás, las que no tenían cara de cera. Las de gesto hastiado. Las de pelo encrespado sin peinar. Las de mirada cansada. Las que podían estar apuntando a su hijo, fuera de plano, con una navaja oxidada y

con pinta de que las había escupido el agujero del fondo del pantano.

Ahora la chica libera una mano de la navaja y se toca la barriga y después la boca. De repente, la entiende.

—Tiene hambre —aclara a los demás.

Los dos ojos negros la escrutan. Son dos huecos. Es como si la mirara el abismo. Se acerca y le tiende la mano.

La chica cruza la era llevando una mochila con un saco de dormir y la guitarra dentro de una funda cruzada en la espalda. La han convencido para que deje la colonia y se instale en la casa. Ella ha dicho que no, pero ha aceptado el cobijo del cobertizo. Nina le ofrece un vaso de agua, una taza de café, y ella declina amablemente. Ariel, a escondidas, se asoma por el umbral de la puerta de la casa. La espía. La chica lo sabe y por eso se le escapa una sonrisa que le dibuja dos hoyuelos en las mejillas. Los hombres, que las escrutan. Que a veces las temen.

Nina se dirige a la casa y ve cómo Ariel se esconde escaleras arriba. Oye ruido en la sala y se encamina por el pasillo oscuro, de paredes rugosas. Al recorrerlo con la palma de la mano, se da cuenta de que cada relieve, cada cráter en el yeso desconchado, tiene memoria. Le hace pensar en un duodeno. Se detiene. Al fondo, el rectángulo vertical de luz. Dentro de la luz ve a Iván, que limpia el horno de piedra con el cepillo de una escoba que ha desenroscado del palo. Todo está cubierto por un polvo blanco, que se hace más evidente dentro del rayo de luz que entra por la ventana. Es ceniza. Por unos momentos es como si estuviese viendo una escena de Vermeer.

—Hola —dice él—. Ven.

Solo con un paso, podría sumergirse también ella en esa escenografía barroca. ¿Qué podría pasarle en un cuadro de Vermeer? ¿Acaso no está todo dispuesto, cada plato, cada manzana, cada baldosa, cada paño de algodón de calculadísimos pliegues, de modo que ahuyente lo malo?

—Ven —repite.

—Tienes que prenderle fuego.

—¿Fuego?

Nina señala el horno.

—Por unos momentos pensaba que hablabas de la casa.

—Es lo que suele hacerse. Para limpiarlo.

—Claro.

Iván suelta la escoba en el suelo, levantando otra pequeña nube de polvo.

—Nunca me contaste que quisiste ponerle Ariel porque era un personaje del texto que te recitó tu hermano antes de desaparecer.

—Te parecía un buen nombre.

—Pero eso no quita que me hubiese gustado saber la historia. Ahora, cada vez que lo pronuncio, me viene a la cabeza esa noche...

Nina piensa que qué suerte, que solo sea un nombre lo que le haga acordarse de esa noche. Que no sea cada piedra, cada grieta, cada reflejo en cada cristal.

—Esta sala es muy bonita, así, con el horno, ¿sabes? Acércate —dice Iván al cabo de un rato, ofreciéndole la mano, tendiéndola en la penumbra del pasillo, donde está ella, de pie.

Nina extiende poco a poco el brazo.

Mueve los dedos para coger el círculo de luz que traza juguetona la esfera del reloj por la sábana blanca que cubre el viejo sofá de la sala. Ya hace días que se le terminó la pila y las agujas permanecen quietas en un tiempo detenido. Nina está tumbada y tiene la cabeza apoyada en el regazo de Iván. Él, sentado, le hace cosquillas con el dedo, bajándolo por su tripa.

—La chica me recuerda a ti..., según cómo...

—Yo nunca he sido tan...

Se coge los pechos, dos pequeñas colinas, y se los junta, tratando de simular un escote generoso con el pliegue de piel que se le hace en el esternón. Iván está demasiado serio o triste como para que le haga gracia.

—Lo digo en el sentido de que parece que no necesite a nadie. Cuando conoces a alguien así, tienes unas ganas locas de hacer que te necesite.

Él sigue descendiendo con su mano hasta la media luna de la cicatriz de la cesárea. Nina se la aparta, un poco brusca, se sienta, se acomoda la camiseta y, cogiendo los shorts del suelo, se los empieza a poner.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Tienes frío?

—Puede.

«O a lo mejor no es frío sino la necesidad de ser abrazada», piensa. Se desploma sentándose de nuevo junto a Iván. Los muelles del sofá están demasiado gastados y quedan los dos hundidos, atrapados entre el relleno de lana y espuma.

—Sé que no quieres hablar de ello, pero deberíamos hacerlo.

—De acuerdo.

Nina deja de abotonarse la bragueta de los shorts, que se abren mostrando un triángulo de bragas, coronado por un pequeño lacito de satén.

—En el hospital dijeron que era imposible que me volviese a quedar embarazada.

—Improbable.

—¿Improbable?

—Dijeron *improbable*, Nina, no *imposible*.

—Dijeron *imposible*. Estoy segura. O *irreversible*. Sí, *irreversible*. Hablaron de la cicatriz, de los daños, de las secuelas.

—Hace dieciséis años, Nina —dice, finalmente, mirando la pared de piedra que se levanta al lado del sofá, siguiendo sus rugosidades con el dedo.

—*Improbable* no es una palabra definitiva. *Improbable* no es lo mismo que *imposible* o *irreversible*. *Improbable* contiene en su interior alguna probabilidad.

—Puede que no sea un retraso, Nina.

Iván le vuelve a poner la mano en la tripa, buscándole el triángulo de piel que dejan al aire los shorts desabrochados.

Nina lo aparta de nuevo.

—No lo hagas, ¿de acuerdo?

—¿El qué?

—Esto.

Nina se levanta, camina de un lado a otro de la sala.

—... lo que estás haciendo. Me costó mucho asumir que no podría tener más hijos. Tal vez estoy anémica y estamos haciendo una montaña de todo esto.

En la habitación del padre de Nina ahora duerme Ariel. La ha escogido él. Ha dicho que no quería seguir durmiendo arriba, junto a sus padres. La habitación da a la sala. Tiene la puerta cerrada. Nina teme que, si la abre, las paredes y los muebles que están dentro vomitarán el olor rancio que recuerda. Nina apoya la mano en el pomo metálico de tacto frío. La puerta, con un chirrido, cede y se abre un poco. La cama está vacía. Nina reconoce el cabezal de madera de pátina brillante con textura de aguas, la mesita de noche a juego sigue teniendo una figurita de la Virgen, pero está decapitada. Las sábanas están revueltas. Encima de la cama, un libro abierto boca abajo, sin tapa. Nina empuja un poco más la puerta y estira el brazo todo lo que puede para cogerlo. Son los cuentos de los hermanos Grimm que leía a Ariel cuando era pequeño. Historias circulares que siempre comenzaban con un personaje que tenía que recorrer un camino a través del bosque y superar un montón de pruebas, para volver a casa convertido en alguien más sabio. A las mujeres de los cuentos las cortaban a menudo en trocitos. Piensa en los que viven en la Gran Ciudad, en su trayecto para volver a casa. Atrapados en algún atasco. En un vagón de un tren de Cercanías con incidencias técnicas. Y cómo la casa a la que llegan nunca es el lugar donde uno quiere convertirse

en alguien más sabio sino donde quiere dejar de pensar, esperar a que funcionen de nuevo los satélites para poder volver a conectar Netflix y basta. Abre el libro en aquel cuento del hombre que tiene que descuartizar a la princesa en trocitos pequeños y meterla en una botella para poder salvarse. Hacerle hijos a una mujer también es descuartizarla, en cierto modo. Nunca será libre del todo. Siempre tendrá pequeñas partes que vivirán dentro de esas personas a las que ha traído al mundo. En las guerras, lo leía en los periódicos, lo hacían. Les decían a las mujeres: «Vete, te soltamos, eres libre». Pero no las dejaban irse con sus hijos. Ninguna mujer se iba.

Hay un aire solemne esta noche en torno al fuego. Han rebañado los cuencos de sopa, donde la chica ha echado romero y tomillo, como si fuese una bruja de los cuentos preparando brebajes. El calor del cuenco de sopa, el ardor del fuego les colorea las mejillas. Pero quizá no sea solo de la sopa, del fuego. También es algo que emite Ariel, que está sentado junto a la chica, al otro lado de la hoguera. Ya no es ese adolescente que se sentaba como si se estuviese protegiendo de un ataque inminente, abrazándose las piernas, hundiendo la barbilla entre las rodillas. Esta noche parece expandirse y se sienta con las piernas estiradas. Las plantas de los pies tan grandes, tan cerca del fuego. Está inclinado un poco hacia atrás, los brazos abiertos, las manos apoyadas en el suelo. El brazo que queda detrás de la chica está algo más alejado de él, algo más cerca de ella, lo que hace que su postura transmita una ligera sensación de desequilibrio. Pero ¿quién no ha dormido incómodo una noche, durante la cual ha perdido del todo la sensibilidad del brazo, y no se ha atrevido a retirarlo solo porque la persona amada tenía la cabeza apoyada encima? ¿Quién no ha pensado: «Da igual, solo es un brazo, todavía me queda otro»? La chica ha sacado la guitarra de la funda y ahora la tiene sobre las piernas y afina las cuerdas. Es un juego hermoso. Atornillar, tocar, vibrar, tensar.

Cuando se inclina hacia delante, a través del cuello holgado de la camiseta se le vislumbra un pecho con un pezón liso y negro, como un ojo. Por un momento Nina piensa: «La chica sabrá besarle, sabrá hacer lo que hay que hacer». Poco a poco, los acordes desordenados se van transformando en notas, y estas notas se van enlazando unas con otras, mediante sus dedos acróbatas, en melodía. Las voces de los humanos se van quedando en silencio. Solo el fuego crepita. La guitarra canta lo que ninguno de ellos se atreve a decirse.

Se cubre con la manta y se duerme.

Cuando tuvo a Iván desnudo encima por primera vez, ella no había sabido qué hacer. Se quedó inmóvil. Más que un cuerpo, parecía un cadáver esperando la autopsia.

—¿Es la primera vez? —le había preguntado Iván al ver que se había detenido de repente.

Habían entrado en el piso de Nina tratando de no hacer ruido para no despertar a las demás compañeras. Con la boca rebosante de saliva, se ofrecían los labios y las lenguas. Se secaban con el dorso de la mano, que sabía a la piel del otro. Nina se afanaba por llegar hasta la habitación, por abrir la puerta y estar los dos a solas, mientras Iván le mordía el pezón que salía del escote del maillot de lentejuelas doradas. Un ojo negro. También. Pero pequeño. Un ojo de pez. De calamar. El aliento de Iván sabía a champán, pero también a hierbas silvestres, a dentífrico de menta. Nina se reconocía en ese sabor. Verano. Saltar olas. Burt Lancaster y Deborah Kerr. Por momentos era la mujer que se arrancaba la ropa y en otros era una chica que estaba sentada al borde de la cama contemplando la escena, amasando el hachís hasta que pareciese plastilina, viendo cómo una pareja se besaba con violencia,

desabrochaba botones, bajaba braguetas, sacaba zapatos y bregaba con calcetines, sintiendo un tedio infinito.

Cuando se lo preguntó estaban ambos tumbados en la cama plegable. Apenas cabían en el colchón individual, en aquella habitación tan estrecha. Iván le había quitado las bragas, que era la última prenda que llevaba puesta. Nina pensaba que el miembro de Iván y la escopeta que tenía escondida bajo el colchón trazaban dos líneas paralelas perfectas y que ambos la encañonaban a ella. Intentó relajarse, pero su cuerpo era una puerta cerrada. Calculaba el tiempo que le llevaría saltar de la cama y deslizar el brazo bajo el colchón para cogerla.

Él, mientras, le quitaba lentejuelas que se le habían quedado adheridas en la piel.

—Si quieres que pare, me lo dices.

—No. Sigue.

Y entonces fue bajando, poco a poco, hacia su sitio oscuro. Le decía que hasta ahí abajo tenía lentejuelas. Que era toda luz y estrellas. Su lengua un poco áspera. Nina oía el sonido de un chapoteo. Una especie de líquido espeso le salía del coño. Visualizaba a Esther Williams y sus bailarinas acuáticas haciendo volteretas, yendo y viniendo en zigzagueos, trazando figuras con las piernas y los brazos, primero de estrellas, luego de flores, entre nenúfares blancos eclosionando, y había un estallido de bengalas y un salto de agua, y los brazos, *cambré* hacia dentro y hacia fuera, parecían de serpientes o de diosas hindúes, y a la vez, entre la coreografía, allí al fondo, distinguía la amenazadora aleta de un

tiburón. Tiró de Iván hacia ella, haciéndole ascender y deslizándolo por encima de su cuerpo sudado y lo besó. Notó el sabor salado de su sexo en la boca del hombre. Tenía que acabar con todo eso de una puñetera vez. Así que, soltándole, le ordenó, de nuevo:

—Sigue.

Él hizo el gesto de volver a descender hasta su pubis, pero lo sujetó fuerte.

—No, así no.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—Sí.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños clavando las uñas en las almohadillas de la mano. Cuando Iván se soltó con todo el peso del cuerpo sobre ella, notó el bulto alargado y rígido del cañón de la escopeta bajo el colchón, justo a lo largo de su columna vertebral.

Se mordió los labios, hundiendo en ellos los dientes hasta hacerse sangre.

Pela patatas. Le dice a Ariel:

—Toma. Ayúdame.

Él coge una patata y le da varias vueltas sobre sí misma, como buscando un lugar por donde empezar. La patata tiene la superficie arcillosa y sucia.

—¿Sabes que de un montón de patatas se puede extraer energía?

—¿En serio?

—Lo vimos en una exposición en el Museo de la Ciencia, hace tiempo, con el instituto. Un montón de patatas conectadas entre sí eran capaces de encender una bombilla.

Se queda pensando si quiere decirle algo simbólico con eso. Pero no añade nada más. Al rato vuelve a hablar.

—Papá me ha contado que tu hermano se ahogó en el pantano. Soy un imbécil por haberte dicho que era un cobarde. Por haberlo odiado todo este tiempo. No entendía por qué no había vuelto nunca.

—Tenías razón, Ariel, sí era un cobarde. Se fue y me dejó sola en medio de todo ese caos.

Él se saca la navaja del bolsillo. Le abre la hoja. Ella sigue pelando con un cuchillo de cocina, observando los tirabuzones de las pieles.

Le parece recordar que en los campos de concentración hacían un festín de las pieles. Muerde una. Tiene sabor a jabón y arena.

—¿Sabes qué me parece la hostia de irónico? Te dije que necesitaba a alguien con quien hablar, en este jodido sitio, que no fueseis tú o papá. Y lo único que he conseguido es un tío desaparecido y una chica que no habla nuestra lengua.

Nina para de pelar patatas. Quisiera que este montón de pieles que tiene en la mesa también fuese capaz de proyectar luz.

Como la que irradia el rostro de su hijo, atento a la puerta del cobertizo, donde la chica todavía duerme. Desde que están aquí, las pecas que tiene a la altura de la nariz y las mejillas se le han oscurecido sobre la piel nacarada. También se le han ensanchado los hombros y le ha crecido una sutil extensión de vello castaño en el pecho. Se pregunta cómo serán las partes de su cuerpo que siempre lleva escondidas, y si las demás madres también tienen esta curiosidad por los cuerpos de sus hijos cuando se están haciendo hombres.

—No es bonita. No como las chicas bonitas que conozco.

Ariel sigue dando vueltas a la patata, buscando el ángulo correcto, a lo mejor.

—Pero es una especie de cosa que desprende...

—¿Electricidad? ¿Como las patatas?

Ariel se ríe, pero a continuación vuelve a ponerse serio.

—Cuando me apuntó, con esta navaja, y me hizo conducir hasta aquí con la hoja a un centímetro de mi pecho, pensaba: si pillamos un bache, si freno demasiado bruscamente... Estaba muerto de miedo y al mismo tiempo...

—¿Al mismo tiempo?

—Te parecerá una tontería, pero...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Te gusta?

En ese momento la chica sale del cobertizo, desperezándose, y se gira hacia ellos. Ariel deja la patata intacta en la mesa y se aleja de su madre.

Cómo explicarle, piensa Nina, que sí, que el amor es precisamente eso, un acto de dependencia donde hay algo puntiagudo apuntando al corazón.

La chica lava unas braguitas manchadas de sangre menstrual en un cubo en el porche. Nina se acerca y le da una pastilla de jabón. La chica se lo agradece y sigue frotando. La sangre solo sale con agua fría. No sabe la razón. Se sienta en el banco de piedra, a su lado. Ha oído decir que cuando dos mujeres conviven sus ciclos se sincronizan.

—Sangrar es bueno —le dice, y le da igual si la entiende o no—, es bueno que la sangre salga. A los hombres se les queda dentro, en el hígado. Por eso dejan que se hundan los edificios, las cúpulas con frescos centenarios, los glaciares patagónicos. Por eso invaden países, expolian obras de arte, bombardean templos. La sangre arrastra fuera la angustia. Los hombres, en cambio, se golpean en el hombro y se dicen unos a otros, con voz ronca: «Hay que ser fuertes», y se van a hacer deporte, pádel, squash, para ver si todo eso que acumulan dentro sale por algún lado.

Quizá por eso Nina se nota esa bola subiendo a la garganta. Es la angustia que no ha salido con la sangre y que la inunda como la lluvia un campo de arroz. «Que no es tan grave», le dice, disculpándose, a la chica, frotándose los ojos con el dorso de la mano. Seguramente no es nada, estaré anémica. O es el clima, el bochorno. Pero no, no le baja la jodida regla y ya debería haber

bajado hace días, semanas, no sabe muy bien cuánto tiempo ha pasado, porque no tiene ningún calendario. Porque la medida del tiempo ya solo funciona con el móvil, que ahora es un caparazón vacío y deshecho. Y en realidad no sabe ni qué día es hoy. O no quiere saberlo. Por eso, por no tener que ponerse a contar. Porque está muerta de miedo y el miedo le parece como masticar papel de aluminio tratando en vano de hacerlo digerible... La chica, que hace un rato que ha dejado de frotar, tiende las braguitas en el borde del cubo y se agacha a su lado. Le habla con voz suave, en su lengua, y le pone la mano en el bajo vientre, como si la comprendiese. Y Nina la escucha como escuchaba de pequeña las conversaciones que oía en la distancia, en lenguas extranjeras, a veces, cuando descolgaba el teléfono fijo del piso que tenían alquilado sus padres en la ciudad. «Interferencias», se quejaba su padre, y llamaba a la empresa telefónica, mientras que Nina deseaba que no lo arreglasen. Saber que esa gente estaba allí, en el auricular, le hacía mucha compañía.

Tenía más o menos la edad de la chica cuando le pidió a Iván:

—Quiero que me hagas un hijo.

Él se volvió en aquel colchón *king size* de un hotel de las afueras, un hotel donde uno solo iba a hacer lo que hacían ellos, a escondidas, porque más allá de esas paredes había una esposa o un marido, y la miró como si acabase de pedirle: «Saltemos por la ventana del octavo piso». Un hijo que tapase el agujero de vacío que sentía dentro. Iván se levantó y se puso a caminar de un lado a otro, enfrente del espejo que cubría una de las paredes, y todavía llevaba puesto el condón que iban a usar. Nina no lo miraba a él, miraba su reflejo en el espejo, y era así como hablaban. La mujer hablaba con el hombre del espejo y él hablaba con la mujer del espejo. Un espejo de cuerpo entero que adquiría todo su significado cuando tenía a Iván dentro. Un cuerpo entero. Un cuerpo grande, con toda esa luz irreal que reflejaba, ahora sí, ahora no, como un ser espectral.

—No soy yo, es del luminoso de la fachada encendiéndose y apagándose —decía Iván.

Y ella insistía:

—¡Qué va! Eres tú, amor.

No sabe si fue esa noche u otra, se confunden a menudo porque tenían la misma coreografía, la misma luz parpadeante que entraba por la ventana, cuando Iván, en un momento dado, en ese caminar de un lado a otro, se quitó el condón y lo arrojó contra el espejo, que hizo un sonido agudo y breve como un «sí».

Han ido a la antigua colonia en bicicleta. Las dos solas. La chica ha querido que Nina la acompañase. Las paredes del desfiladero ya ocultan la luz del sol. Con un alambre que ha cogido de detrás de una piedra, la chica forcejea con la cerradura del antiguo comedor comunitario hasta que consigue abrirla. A Nina le da la impresión de que es alguien habituado a forzar puertas. Dentro todo es polvo y muebles viejos y una barra de bar llena de suciedad y papeles de periódico y botellas de cristal vacías por el suelo. En un rincón hay un colchón viejo con ronchas oscuras. La chica pide que la espere fuera y entra. Empieza a recoger ropa tendida de una cuerda, atada a ambos lados, y la va metiendo en la mochila. Cuando lo ha guardado todo, sale, deja fuera la mochila y vuelve a cerrar la puerta utilizando el mismo alambre. De alguna manera, piensa, ha querido mostrarle que se irá. Busca algo en sus bolsillos. Se aleja de nuevo hacia la mochila, revuelve por dentro, saca ropa, la vuelve a meter y se detiene, pensativa. Finalmente se encoge de hombros y regresa donde está Nina limpiándose las palmas de las manos en los pantalones hindúes, y se sienta a su lado. La mira de reojo y sonríe. Hace como si se sacase algo del bolsillo, se lo pusiese en la palma de la mano, lo desmenuzase y lo envolviese en un papelito invisible. Mediante gestos, le pide a Nina un mechero. Siguiendo el juego,

Nina se pone la mano en el bolsillo de los shorts. Es entonces cuando encuentra el papel doblado. Lo saca, lo desdobla y lo alisa sobre su regazo. La chica sigue su mímica imaginaria con unas cerillas invisibles. Después da una larguísima calada y, a continuación, se lo pasa a Nina, que, sosteniendo el texto de Nándor con la otra mano, se dispone a enfrentarse a él de nuevo:

> Era un verano extraño, sofocante. La casa estaba desierta y vacía. El muchacho rubio descendió un último trecho de roca y comenzó a abrirse paso hacia la laguna. Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, ¿encontraría a la Maga? Ir de paseo aquel día fue imposible, pero quería vivir peligrosamente, ir lo más lejos posible —nunca estamos infinitamente lejos de aquellos a los que odiamos— y luego ver qué sucedía cuando llegara allí.
>
> Las cosas podrían haber sucedido de cualquier otra manera y, sin embargo, una historia no tiene ni principio ni fin: uno elige arbitrariamente un momento de la experiencia desde el cual mirar hacia delante o hacia atrás.

Y es entonces, no sabe si es por la magia de la sustancia invisible que le pasa la chica y que inhala llenándose los pulmones hasta el fondo, que todo cobra, de repente, sentido.

Los hombres limpian lo que han pescado: media docena de truchas. Iván mete los dedos en los peces y saca de ellos todo lo que no se come. Alrededor de sus dedos se enrollan las tripas. A Nina le hacen pensar en un cordón umbilical en miniatura. Corre hasta el inodoro de la autocaravana, pero no llega a tiempo y el vómito acaba esparcido por los bordes de la taza, por el suelo, por las paredes de plástico. Coge papel higiénico e intenta secar los charcos ácidos y grumosos. En la cocina, se sirve un vaso de agua de la jarra. Tiene el sabor arcilloso de las paredes del pozo. Le gustaría lavarse los dientes para quitarse el sabor a podrido de la boca, pero ya no queda dentífrico. Mira hacia fuera y ve cómo la chica está en la explanada del huerto. Arranca hierbas y se las va metiendo en los anchos bolsillos del pantalón. Podría pedirle que le trajese un puñado de menta. Para masticarla. Abre un poco más la ventana, que suelta un chirrido agónico, y la chica levanta la cabeza. Sin que le haya dicho nada, la mira y asiente. Se saca las hojas del bolsillo y se las muestra, desde la distancia. Diría que es ruda, pero las demás no puede identificarlas. Ariel le ha explicado que sabe muchas cosas sobre plantas, que cuando pasean le dice los nombres en latín, levantando el dedo pulgar para indicarle que son buenas o bajándolo para indicarle que son tóxicas. Nina deja el vaso en el fregadero y

vuelve a comprobar que Ariel e Iván sigan distraídos preparando los peces para hacer a la parrilla. Abre la pequeña nevera y coge una lata de cerveza. La nevera ya no enfría. La lata está caliente. Pero le da igual. Tira de la anilla, que se abre con una explosión sorda. «Debe de haber perdido el gas». Con cuidado de no derramarla, pasa por encima de los asientos de la autocaravana y se sienta en el lugar del conductor. Enciende el aparato de música. Coge la cinta de Julio Iglesias y la inserta en la ranura. Mira a través de la ventanilla. El contraste de la música festiva y la desolación de fuera. No hay más que el paisaje de plantas agonizantes renaciendo del incendio. Se lleva la mano a la tripa. En algún momento puede que necesiten más dinero. En algún momento necesitarán un hospital. En algún momento necesitarán la sociedad, de nuevo. No sabe cuánto puede prolongarse en el tiempo esta vida, no sabe si durarán hasta la estación de las grandes lluvias, si estarán preparados para sobrevivir a ella. Ya no hay primaveras ni otoños, los veranos incendiarios dejan paso a los crudos diluvios donde la lluvia pasa a través de los tejados, de las paredes, de las maderas de las puertas, de las juntas de los cristales de las ventanas. Arrastrando aludes de barro. Llevándose pueblos enteros. Sobrevivir. Nina pronuncia el indicativo y estalla a reír. Que a lo de aquí lo llamen sobrevivir y a lo que hacían antes en la Gran Ciudad... A veces vuelve a tener esta sensación, de haberse olvidado de algo importante. Y se da cuenta de que sí lo ha hecho. La sensación que la asaltaba en momentos como estos, en los que de algún modo se boicoteaba pensando: «Hay un montón de cosas angustiantes, no puedo permitirme ignorarlas, no puedo permitirme ser feliz, tararear *Volver a empezar* como si no ocurriese nada». En eso está pensando cuando oye un

ruido al otro lado de la autocaravana y ve que es la chica, que se acerca. Apaga la música y se da cuenta de la ridiculez de su gesto, como si así pudiese entender lo que sea que ella tenga que decirle.

Cuando ya se ha alejado lo suficiente, se sienta en una piedra con cuidado de que la taza no se derrame. El líquido es aguado como un té, aunque no lo lleve, sino el puñado de plantas que la chica le ha mostrado. Ruda, ajenjo, artemisa, regaliz. Son las que ha podido reconocer. Pero algunas le son desconocidas. Se acerca la taza a los labios, arde. Tendrá que esperar a que se enfríe un poco. Observa el dibujo que le ha hecho la chica en el reverso del texto de Nándor: un muñeco con pelo largo que la representa a ella, una flecha hacia abajo entre las piernas y, debajo, un muñeco más pequeño que sale de dentro. Es una mañana fea, con nubes negras que hacen que el pantano tenga el color de la sangre coagulada. Está sentada en una roca llena de líquenes negros con pequeñas pinceladas de líquenes grises. A su alrededor crecen matorrales bajitos de ramas puntiagudas. Son los responsables de que tenga las piernas llenas de finas líneas de sangre otra vez. Ha dejado el camino de tierra para alejarse un poco de la casa, de la autocaravana, de la ruta que alguien de su familia podría tomar para ir a cualquier sitio. Aquí no había estado nunca. No puede decir: «Después de esto está eso otro». No le gusta andar por fuera de los caminos. Las plantas pinchan. Las ramitas se clavan como dagas. Sin embargo, no piensa en la muerte, quizá porque siempre piensa en ella, la tiene metida

dentro. En cierto modo, ya murió a los dieciséis años, con su hermano. Siente que ahora tiene más miedo de otras cosas, como de volver y dejar este sitio. «Será una vida muy corta», dice hablándole a algo en el interior de su tripa, pero ¿quién dice que la suya vaya a ser larga? Cuando las estrellas están a punto de morir todavía ven su resplandor durante miles y miles de años. Perder cosas para ganar otras. Hacer espacio en su cuerpo. Su cuerpo que finalmente es un lugar suyo, que ha reconstruido de la nada, un lugar con puerta, con ventanas, con tejado, un lugar donde estar a salvo. Un refugio. Se pone de pie sobre la piedra. Mira en dirección a la casa. Desde aquí arriba se parece a una de las que dibujan los niños, con el tejado a dos aguas, las montañas al fondo, el camino de arena serpenteando hasta la puerta y el árbol que se levanta a su lado. La higuera. De sus ramas salen ramas y de las ramas, más ramas, y de las ramas, ramitas, y de las ramitas...

«... ¿qué es eso que sale?».

Cuando se acerca, yendo campo a través, porque ya no le da miedo arañarse más las piernas, ya le da igual, se fija en que, de la punta, entre esas hojas que parecen manos abiertas, cuelga un higo que ya debe de estar maduro. No se equivocaba. La higuera, que siempre había sido estéril, ha germinado y está sacando fruto. Deja la taza en el suelo y se acerca. Lo coge, lo hace girar entre los dedos, lo arranca y lo abre por la mitad. Su interior, carnoso y lleno de vellosidades de un rojo intenso, le hace pensar en una matriz, donde un entramado de capilares han colonizado las paredes yermas y desconchadas, ramificándose como la hiedra, como una buganvilla estallando de flores, irrigando vida. Y por un momento, cuando se pone el higo en la boca y lo saborea, y siente el ligero crujido de las

minúsculas semillas, no piensa en otra cosa. Es un momento muy breve, pero, en definitiva, qué es la vida sino pequeños instantes que se prolongan repetidamente en el tiempo, en ciclos, hasta ese punto donde ya no se sabe si lo que termina es un final.

Tal vez sea un comienzo.

Agradecimientos

Esta historia ha podido hacer su camino gracias a Maria Montserrat, su primera lectora, y a Roser y Montserrat, hermanas sabias. No sé qué haría sin vosotras.

A Marta, por ponerle luz, a Aniol por la confianza. A Araceli y María por los tés y las tardes. A Antonia, bibliotecaria de cabecera, por conseguirme todos los libros. Al Parque Astronómico del Montsec. A *la padrina*, que me contaba historias. A la Noguera. A Rayo por la compañía. A Edu, por construir con sus manos la mesa donde escribo y sostenerme, siempre.

Nota de la autora

Los versos que aparecen en la página 217 son de «Patmos», dentro de *Himnos*, de Friedrich Hölderlin (traducción de Federico Gorbea, Ediciones 29).

El fragmento que aparece en la página 214 es de *La tempestad*, de William Shakespeare (traducción de Celso García, en *Tres comedias escogidas de Guillermo Shakespeare*, Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús).

Las citas de las páginas 89 y 90 son de *El señor de las moscas*, de William Golding (traducción de Carmen Vergara, Alianza Editorial).

Los comienzos de la libreta de Ariel que aparecen en la página 254 son, por orden, de *La campana de cristal*, de Sylvia Plath (traducción de Elena Rius, Edhasa); *La princesa de hielo*, de Camilla Läckberg (traducción de Carmen Montes, Maeva Ediciones); *El señor de las moscas*, de William Golding (traducción de Carmen Vergara, Alianza Editorial); «Nos han dado la tierra», en *El llano en llamas*, de Juan Rulfo (Anagrama); *Rayuela*, de Julio Cortázar (Cátedra); *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë (traducción de Benjamin Briggent, RBA); *El Palacio de la Luna*, de Paul Auster (traducción de Maribel de Juan, Seix Barral); *La piel fría*, de Albert Sánchez Piñol (traducción de Claudia Ortego, Alfaguara); *El camino*, de Miguel Delibes (Destino);

El final del affaire, de Graham Greene (traducción de Eduardo Jordá, Libros del Asteroide).

La música que escuchan Iván y Nina en el coche es del disco *Kid A*, de Radiohead.

A veces es necesario que todo se hunda. Meterse en medio de la montaña de escombros. Así sabes qué es lo que realmente tienes que salvar de la derrota.



Nina debe abandonar su hogar en la Gran Ciudad junto a su pareja y su hijo adolescente por amenaza de derrumbe. Deciden instalarse en una casa de campo en la que vivió de niña y que está abandonada desde hace tiempo. Sin embargo, para ella, su pasado familiar, cada una de las piedras que sostienen la casa, el pantano al fondo del desfiladero son agujeros negros de combate y violencia de los que le resulta imposible escapar y que atrapan cualquier atisbo de luz.

«Seré libre», «No querré nunca a nadie», «No tendré hijos», «No tendré casa», dijo Nina cuando logró huir de ahí. Pero al final, a su historia de mujer sola haciendo grandes cosas, o haciendo cosas

minúsculas, qué más da, le han salido muchos desvíos, como si fuesen las ramas de una higuera. Piensa en lo fácil que hubiese sido todo esto sin ellos. Sin Iván y sin Ariel. Ahora mismo ni siquiera estaría aquí, donde juró no volver, intentando encontrar un comienzo que dé sentido a todo.

Los templos solemnes es un grito contra la frustración, contra un camino vital preestablecido y contra el poder de la familia y la sociedad. Y también es el retrato de la vida de muchas mujeres que se ahogan en la cotidianidad y que quizás anhelan tener una escopeta y una botella de licor para salir a cazar monstruos.

La crítica ha dicho sobre *El instante antes del impacto*:

«Se tiene que leer. En su absoluta quietud hace que te den ganas de volar».
Leonor Watling

«He encontrado entre sus páginas una angustia, una crudeza y una verdad similares a las que sentí con obras como *Estupor y temblores*, de Amélie Nothomb. Su crítica a la precariedad laboral, a las falsas famas y a los hilillos de baba de la posverdad se pasean por este libro que también es un homenaje a las cansadas, a las reprimidas, y a las que en definitiva nos hemos ganado el derecho a hacerlo saltar todo por los aires».
Luna Miguel

«Una autora revelación, considerada ya la voz de una generación».
Harper's Bazaar

«Devastador y emocionante a la vez».
Alba Dalmau

«Un libro diferente, de ritmo ágil, donde el estilo atrapa desde la primera página».
César Suárez, *Telva*

«Una novela incisiva, radical, que da voz a una generación dispuesta a rebelarse contra una sociedad hiperconsumista».
Enrique Bueres, *GQ*

Glòria de Castro Pascual (Caldes de Montbui, 1974) es, según ella misma se define, «una mujer normal y corriente que escribe, como decía Angélica Liddell, para evitar salir a matar a gente». Hija de un empleado de banca y de una maestra de lengua, pasó su infancia rodeada de libros. Estudió Ciencias de la Comunicación en la Universidad Autónoma de Barcelona, trabajó como redactora creativa en agencias de publicidad mientras asistía a cursos de escritura en el Ateneu de Barcelona, y para una empresa de telefonía, experiencia que sirvió de base para su primera novela, *El instante antes del impacto*, ganadora del premio Llibreter y finalista del prestigioso Premio Clarín (presentada con el título inicial de *No compro nada*) pero que sin embargo fue rechazada por varias editoriales, lo que la llevó a autotraducirse al catalán para presentarse a un premio literario. No ganó, pero fue descubierta por Periscopi, junto a la que Lumen inicia la publicación de su obra. Actualmente vive en Llubí, un pequeño pueblo de Mallorca, trabaja en una fundación de educación holística e imparte clases de yoga.



Titulo original: *Els temples solemnes*

Primera edición: junio de 2025

© 2025, Edicions del Periscopi S. L. U. y Glòria de Castro
Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2025, Glòria de Castro, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Ignasi Font

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-2656-7

Compuesto en: M.I. Maquetación, S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: LumenEdit
Twitter: @LumenEdit
Instagram: @LumenEdit
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Los templos solemnes

Agradecimientos

Nota de la autora

Sobre este libro

Sobre Glòria de Castro

Créditos